

DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES EDUCATIVAS – CINVESTAV

LOS ENTRAMADOS DE LA FORMACIÓN EN OCTAVIO PAZ: NIÑEZ Y JUVENTUD
DE UN POETA

TESIS QUE PARA OBTENER EL GRADO DE MAESTRO EN CIENCIAS CON
ESPECIALIDAD EN INVESTIGACIONES EDUCATIVAS, PRESENTA:

GEMPO DOMÍNGUEZ PEDRAZA

DIRECTORA DE TESIS: DRA. SUSANA RUTH QUINTANILLA OSORIO

Esta tesis fue realizada con el apoyo de una beca CONACYT

Febrero de 2015

Dedico este trabajo:

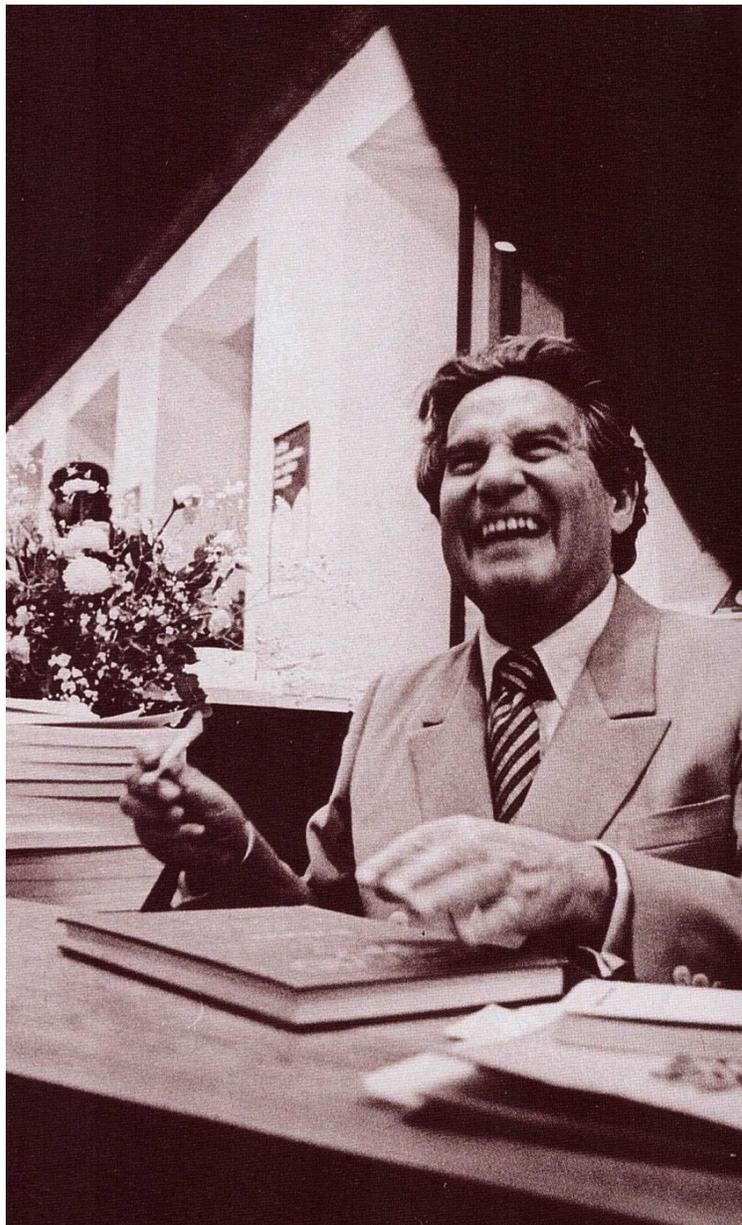
A quienes me han otorgado con generosidad, lo valioso.

A mis queridos abuelos María Padilla Lobera y José Cruz Domínguez López

A mi noble y hermosa colega, Erika Cristina Nicoli Lagos

A María Teresa Atrián Pineda, poesía hecha amistad

A la idea de un Estado Mexicano Nacionalista Benefactor, con la esperanza de que algún día La Providencia nos ayude a que sea realidad.



ÍNDICE

I INTRODUCCIÓN

II GENEALOGÍA DE UN POETA.

III NIÑEZ. PRIMERAS ESCUELAS. SURGIMIENTO DE LA VOCACIÓN LITERARIA.

IV ADOLESCENCIA. COLEGIO DE SAN ILDEFONSO. FORMACIÓN POLÍTICA.

V PRIMEROS TRABAJOS LITERARIOS. PRIMEROS VAGABUNDEOS. "BARANDAL".

VI A MANERA DE CONCLUSIÓN.

VII BIBLIOGRAFÍA.

“El objeto de la biografía es convertir al personaje lejano en un amigo más o menos íntimo.”
(Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*)

LOS ENTRAMADOS DE LA FORMACIÓN EN OCTAVIO PAZ: NIÑEZ Y JUVENTUD DE UN POETA.

I INTRODUCCIÓN

El *objeto* de estudio de esta investigación es la formación, específicamente, la formación del poeta y ensayista, Octavio Paz Lozano (1914-1998), desde la niñez y hasta la publicación de sus primeros trabajos literarios.

Otra manera de definir el objeto de estudio, sería: el joven Octavio Paz, desde el trayecto formativo inicial hasta que publica sus primeros poemas, su primer ensayo y funda la revista literaria *Barandal* (y un poco más allá), cuando se encuentra todavía en la primera juventud.

Pero, ¿qué es formación en el ámbito educativo?

De las varias definiciones que nos proporciona el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* en su edición de 1992, podrían servir como punto de partida las siguientes:

Criar, educar, adiestrar. Poner en orden. Adquirir una persona más o menos desarrollo, aptitud o habilidad en lo físico o en lo moral.

Principio activo que con la materia prima constituye la esencia de los cuerpos; tratando de formas espirituales, sólo se llama así al alma humana. Principio activo que da a la cosa su entidad, ya sustancial, ya accidental.

En lo anterior existen ecos aristotélicos: formación entendida como adquisición y desarrollo de las virtudes éticas y las virtudes intelectuales; proceso de perfeccionamiento del alma y del cuerpo; construcción del carácter, morada espiritual del hombre; en este sentido, *Heráclito de Éfeso, conocido como El Oscuro por lo impenetrable de su doctrina, dijo (fragmento B-119): aquello en lo que el hombre mora*

– *su ethos –es el dios*. Formación dentro del ámbito del saber filosófico de la Grecia Clásica: adquisición de valores éticos y adquisición de saberes aplicados o habilidades prácticas. Obtención de *ethos* y obtención de *tekné*.

Al respecto, nos dice Concepción Naval en el preámbulo de su libro *Educación, retórica y poética. Tratado de la educación en Aristóteles* (1992):

El núcleo de toda cultura es ético y estético; es un *ethos* que se hace operativo a través de una *paideia*, es decir, de una formación de la sensibilidad y del carácter que se decanta en un modo de percibir.

En términos de la moderna psicología formación hace referencia al desarrollo de aptitudes, a la potenciación de facultades para obtener conocimientos, capacidades, habilidades y destrezas.

Así, indica Gilles Ferry en su libro *El trayecto de la formación* (1997):

Formarse, como señala la definición de formación, es siempre adquirir o perfeccionar (que también es adquirir) un saber, una técnica, una actitud, un comportamiento, es decir, lograr una capacitación. Capacidad de hacer, de reaccionar, de razonar, de sentir, de gozar, de crear...

Como puede apreciarse, formación, dentro del campo educativo, es una categoría con fuerte densidad conceptual y en construcción, un cruce de saberes que remite a la filosofía, la psicología, la historia e incluso la literatura; al momento, no existiría una definición precisa o exacta, ni mucho menos una reflexión o teorización exhaustiva al respecto; sin embargo, dicha categoría cobra significación y se devela al desplegarse a lo largo de las investigaciones de carácter biográfico, histórico y educativo de la *Dra. Susana Quintanilla*; investigaciones que se plasman en diversos artículos, y, particularmente, en sus libros: *Nosotros, la juventud del Ateneo de México* (2008) y *A salto de mata: Martín Luis Guzmán en la Revolución Mexicana* (2009); en la primera de estas obras dice la autora, en la presentación:

Si alguna palabra resulta apropiada para nombrar el tema central ésta es formación, pues remite a algo siempre en proceso, nunca acabado del todo, indefinido.

En efecto, formación es una categoría en búsqueda de elucidación, categoría que remite a la concepción de madurez intelectual pero que va más allá, apuntando a la madurez ética y estética; categoría un tanto inasible porque implica actualización, cambio permanente, entrecruzamiento de familia, educación formal e informal y la *atmósfera* cultural de la época.

Por tanto, para realizar esta investigación perteneciente al ámbito educativo, recuperé los planteamientos de la *Dra. Quintanilla* contenidos en los libros mencionados y en el artículo *La formación de los intelectuales del Ateneo (1991)*; así, realicé un recorrido por la genealogía, la infancia, la rutina familiar, las primeras lecturas, las escuelas, el ambiente estudiantil, las amistades, los primeros viajes e incluso la vida bohemia; indagué acerca de la educación del niño y el joven, ya que ésta nos habla de las expectativas, normas, significados y valores de su entorno, y de cómo el joven Paz se apropió de ellos o luchó por transformarlos para lograr una expresión original. Todo lo anterior como una manera de aproximarme a la trascendencia de la categoría formación en el campo educativo, a través de un entramado biográfico. En este caso la trama biográfica del Nobel de Literatura Mexicano (1990), Octavio Paz.

Formación: devenir que hace referencia a un armazón educativo e intelectual, a un entramado o cruce de aprendizajes, saberes e influencias, articulados en un trayecto biográfico, de los cuales se apodera el individuo para llegar a construir reflexiones propias, y que utiliza para crear obras originales; en el caso de Octavio Paz, obras poéticas y ensayísticas de gran belleza y relevancia.

Y, ¿por qué Octavio Paz como *objeto* de esta investigación?

Algunas razones:

Porque Octavio Paz es un poeta que sabe recrear nuestras emociones y jugar con nuestros estados de ánimo con singular maestría, y nos susurra, y nos grita, y nos conmueve, cuando nos dice que el amor es compleja invención.

Porque es un clásico contemporáneo, del linaje de *Sor Juana*, uno de los más grandes poetas de una tierra de magníficos poetas, como lo es México.

Al respecto, cito el recibimiento que le dio Joaquín Soler Serrano en el programa *A Fondo, de la televisión española*, en 1977:

Uno de los grandes de la lengua hispánica, cuya obra está reconocida como uno de los más impresionantes esfuerzos de creación y de interpretación cultural de la modernidad.

Los críticos han señalado que Paz como poeta posee el caudal de voz de Neruda, el panteísmo surrealista y pasional de Aleixandre, la fabulación metafísica de Borges, el aliento épico de Huidobro, la gallardía verbal de Vallejo; su obra sólo cobra sentido en este marco, en el de los colosos, en el de los gigantes.

Porque Octavio Paz fue discípulo, amigo y protegido de *José Gorostiza*, poeta también enorme.

Porque Octavio Paz quiso el bien, y, siendo un mexicano universal, amó profundamente a México, y dedicó buena parte de su obra a reflexionar su devenir y su sentido, para contribuir a mejorarlo.

Porque, muchos, le debemos incontables horas de aprendizaje con deleite al adentrarnos en su poesía, en su prosa y en su palabra.

Porque, Octavio Paz, sin pretender constituirse en un filósofo académico o *sistemático*, entabla un diálogo abierto con filosofías diversas y con las ciencias sociales, lo cual le permite ayudarnos a clarificar el mundo moderno y, por ende, a nosotros mismos. Porque nos ayuda a pensar al Estado y la forma de mejorarlo.

Paz fue un lúcido intérprete de la política y el momento político; insobornable defensor de la democracia afincada en el respeto a los derechos humanos, la crítica permanente y el pluralismo; y, desde una irrevocable vocación humanista, denunció, desde muy temprano, los horrores y las mentiras del totalitarismo, del socialismo falseado; así mismo, denunció la injusticia, el consumismo y la destrucción planetaria y del alma que genera el capitalismo desbocado.

Porque Octavio Paz piensa con lucidez, sin engañarse, los problemas de la condición humana; y nos ayuda a pensarlos.

Porque, desde la adolescencia, fundó, animó y dirigió, revistas literarias y culturales. Así mismo, me interesó particularmente el diálogo que Paz entabló con el psicoanálisis, en especial con la obra postrera de Freud; *el de la ingente mitología pulsional: la dialéctica psíquica Eros – Tánatos*.

Preguntas que guiaron esta investigación:

¿Cuál fue la formación temprana o cuáles fueron las raíces formativas de Octavio Paz, desde la niñez hasta la publicación de los primeros trabajos literarios?

¿Qué experiencias formativas vivió el joven Octavio Paz durante sus “años preparatorianos” en el Colegio de San Ildefonso?

¿Qué lecturas, qué discusiones, qué apropiaciones principales hay en las obras de juventud? ¿Qué experiencias de trayecto biográfico se traslucen en ellas? ¿Qué obra posterior prefigura el trabajo de juventud temprana?

Y, a partir de lo anterior, ¿qué se puede colegir acerca de la categoría *formación*?

La gran pregunta, en términos *nietzscheanos*, sería: ¿cómo se llega a ser lo que se es? Así pues, ¿qué es amor? ¿Qué es poesía? ¿Qué es el hombre? ¿Qué es voluntad? ¿Qué es una estrella? ¿Qué es formación? Un inicio, un cenit, un acaso, un ocaso, un devenir, una búsqueda, un tránsito: biografía que significa finalmente encuentro con uno mismo.

Enfoque o procedimiento para realizar la investigación:

La lectura directa, sistemática y crítica de buena parte de la obra de Octavio Paz, para extraer y rastrear los elementos y el desarrollo de su formación, poniendo énfasis en los artículos, ensayos y poemas primeros.

Para obtener una *visión de conjunto* de la literatura de Octavio Paz, acudí a publicaciones especializadas relativas a su obra, ideas y biografía; busqué la trayectoria y el despliegue de la formación del poeta en biografías consideradas “clásicas”; así mismo, me guíé por lo que él dijo, explícitamente, en prólogos, entrevistas, intercambio epistolar, remembranzas y poemas.

Dicho lo anterior, es momento de iniciar el recorrido por la genealogía, la niñez, la juventud, los años preparatorianos, las amistades, la militancia política, las tempranas fascinaciones, los primeros amores, los primeros afanes literarios y la vida bohemia estudiantil de Octavio Paz; en suma, es momento de *viajar* por el entramado formativo, la trama biográfica y el tiempo del poeta, a ver si logramos convertirlo en un amigo.



Coronel Ireneo Paz Flores
1836 - 1924



Josefina Lozano Delgado
1893 - 1980



Licenciado Octavio Paz Solórzano
1883 - 1936

II GENEALOGÍA DE UN POETA

Octavio Ireneo Paz y Lozano nació el 31 de marzo de 1914 en la Ciudad de México. Hijo del abogado Octavio Ireneo Paz Solórzano y de Josefina Lozano Delgado; así lo dio a conocer el periódico vespertino *La Patria* en la edición del primero de abril de 1914:

Con toda felicidad, (en su domicilio de Venecia número 14, en la colonia Juárez) tuvo esta mañana su primer alumbramiento (doña Josefina Lozano) la esposa del licenciado Octavio Paz (Solórzano), hijo de nuestro director, dando a luz un robusto infante.

Mucho lo celebramos, y que sea bien de la familia y de la Patria, que contarán con un nuevo defensor de su autonomía. (Gálvez, 1986: 39)

El director del periódico al que se alude, no es otro que el abuelo del futuro poeta, el periodista, político, militar y editor: Ireneo Paz; así, a las pocas semanas el matrimonio Paz Lozano registró al que sería su único descendiente.

Los abuelos paternos de Octavio Paz Lozano, fueron: Ireneo Paz y Rosa Solórzano; él, oriundo de Jalisco, y ella de Colima; y los maternos Emilio Lozano y Concepción Delgado, españoles avecindados en México, originarios de Andalucía; él, de Medina Sidonia y ella del puerto de Santa María. (Ruy Sánchez, 2013: 23)

En 1914, año del nacimiento de Octavio Paz, estallaron las tensiones políticas y económicas entre las potencias europeas, mezcladas con reivindicaciones nacionalistas de varios pueblos. Comenzó la “política por otros medios”, esto es: la

confrontación bélica. Inició *La Gran Guerra* o Primera Guerra Mundial, que costó millones de muertos y heridos, y que provocó la caída de imperios, el triunfo del bolchevismo, el surgimiento del fascismo, el inicio de la hegemonía de los Estados Unidos como potencia mundial y el reacomodo del *mapa europeo* (preludio de la aún más devastadora Segunda Guerra Mundial).

En este año, México vivió también un tiempo de guerra. La Revolución Mexicana entró a una etapa de mayor violencia. Las tropas constitucionalistas enfrentaron victoriosamente en grandes batallas al ejército del usurpador Victoriano Huerta, quien no tardó mucho en renunciar a la presidencia de la República y salir del país. La población civil de vastas regiones padeció hambre, enfermedad y las arbitrariedades de grupos armados de diverso signo. En un acto atentatorio contra toda justicia y contra todo derecho, los Estados Unidos invadieron el puerto de Veracruz; la población jarocho resistió heroicamente, pero finalmente la plaza fue tomada por la marina de guerra estadounidense.

En el plano de la revolución, pero de las ideas, el psicoanálisis continuó su proceso de institucionalización y desarrollo conceptual. En 1914, Sigmund Freud publicó *Historia del movimiento psicoanalítico*, y el breve, pero relevante ensayo teórico, *Introducción al narcisismo*, donde a través de la metáfora *Su Majestad El Bebé*, arrojó luz acerca de la dinámica psíquica que puede llevar al hombre a alcanzar el triunfo o caer en fosos depresivos. Como se verá en su momento, Octavio Paz fue uno de los primeros lectores del psicoanálisis en México.

De Josefina Lozano, la madre del poeta, existe poca información disponible; por supuesto, contamos con las escasas, pero significativas referencias que proporcionó en diversos momentos su hijo, por ejemplo:

Mi familia paterna era liberal y, además, indigenista: antiespañola por partida doble. Aunque mi madre era española, detestaba las discusiones y respondía a las diatribas con una sonrisa. Yo encontraba sublime su silencio, más contundente que un tedioso alegato. (Paz, 2013: 24 -25)

Josefina Lozano (1893 – 1980) llamada cariñosamente *Pepita*, fue mujer sencilla, prudente y recatada, católica devota, que dio al hijo el siguiente consejo: *procura ser modesto, ya que no humilde. La humildad es de santos, la modestia de gente bien nacida.* (Paz, 2004a: 37)

Cuando joven, Josefina Lozano fue muy guapa; existe una fotografía podemos apreciar con nitidez el precioso y sereno rostro de la muchacha, finas las facciones, la piel blanca, la frente perfecta; está ataviada la joven con un austero (pero elegante) vestido negro cerrado hasta el cuello, con pendientes y un discreto collar; de la totalidad de la figura emana dignidad; las manos, alargadas y finas, son de artista. El cabello, corto pero abundante, enmarca perfectamente la nobleza del rostro. Los ojos, hechos de claridad, hermosos; la mirada, inteligente y firme; *preciosas cejas de golondrina, la boca dulce*, dice Guillermo Sheridan.

La joven pertenecía a una familia de buena posición social y económica que residía en el barrio de Mixcoac; en este lugar la conoció y enamoró Octavio Paz Solórzano. La pareja contrajo matrimonio el 27 de diciembre de 1911. La novia contaba con apenas 18 años, el novio tenía 28.

Al poco tiempo (en febrero de 1912), el matrimonio Paz Lozano partió a *Ensenada de Todos los Santos*, lugar situado en el entonces Distrito Norte de Baja California. En el año referido, el general Porfirio Díaz pasaba el exilio en Francia; la presidencia de la

República la ocupaba Francisco I. Madero y el Ministerio de Justicia estaba a cargo de Jesús Flores Magón. Al parecer, estos días en *Ensenada de Todos los Santos* fueron los de mayor felicidad para el matrimonio Paz Lozano:

Lugar y días que la bella consorte recordaría no sólo en los meses siguientes, sino siempre en lo sucesivo, como los más placenteros y tranquilos vividos por la pareja.

Ensenada de Todos los Santos en 1912, era una pequeña villa de menos de 1,500 habitantes, en el estrecho y alargado territorio de la península de Baja California. Un sitio cuya tranquilidad daba signo a sus días. La menuda y grácil Josefina pasaba largo tiempo frente al mar, aspirando el aire puro y bronceando su tez. Él se desempeñaba gustoso en su cargo de consultor de Jueces Menores. Responsabilidad cuyas pausas lógicas le permitían redactar textos informativos para los diarios *La Patria* y *Nueva Era*. (Gálvez, 1986: 35)

En 1913, como consecuencia de la llamada *Decena Trágica*, el presidente Madero y el vicepresidente Pino Suárez fueron detenidos y posteriormente asesinados. Mediante una farsa legal, el general Victoriano Huerta se hizo con la presidencia de la República. Al extenderse la resistencia armada por todo el país contra la usurpación, se inició otra etapa de la Revolución mexicana. Surgió el Ejército Constitucionalista. El general Huerta, a pesar de su alcoholismo, se aferró al poder casi diecisiete meses.

Esta etapa del conflicto armado determinaría que el licenciado Paz Solórzano se adhiriese con fervor a la revolución en 1914; poco después del nacimiento de su hijo dejaría a la esposa y al niño en Mixcoac, encargados con el abuelo Ireneo (ya para

entonces viudo). Fue el principio de un paulatino distanciamiento emocional con doña Josefina, que ella resentiría grandemente.

Doña Josefina, en la casona del abuelo en Mixcoac, solía cantar, por gusto y para sobrellevar las penas, así lo recordó su hijo: *hormiga providente ... pero hormiga que cantaba como una cigarra.* (Paz, 2003: 27)

En efecto, Octavio Paz Lozano por el lado paterno proviene de un linaje de escritores, tanto el padre como el abuelo lo fueron. La palabra escrita fue, efectivamente, su herencia; sin embargo, habría que considerar, también, como elemento determinante en el cimiento de su formación, la sensibilidad artística que heredó de la madre (aunque ella no tuviera una gran formación cultural). Paz, ya de edad madura, recordó la influencia decisiva que tuvo en él la palabra hecha canto; es decir, se refirió a los cantos andaluces de la madre que él escuchaba con deleite desde la más tierna infancia:

Mi amor por la palabra comenzó cuando oí hablar a mi abuelo y cantar a mi madre, pero también cuando los oí callar y quise descifrar o, más exactamente, deletrear su silencio. (Paz, 2001a: 91)

El poeta Paz fue más bien discreto en relación a su madre, en pocas ocasiones la mencionó; por ejemplo, en un fragmento de *Pasado en claro*, donde nos habla acerca de las complejidades, grandezas y ambigüedades que existen en la relación madre e hijo:

“Mi madre, niña de mil años,

madre del mundo, huérfana de mí,

abnegada, feroz, obtusa, providente,

jilguera, perra, hormiga, jabalina,

carta de amor con faltas de lenguaje,

mi madre: pan que yo cortaba

con su propio cuchillo cada día. (Paz, 2004b: 84)

Guillermo Sheridan, quien fuera cercano a Octavio Paz, nos dice en su columna

Minutario:

La presencia de La Madre en la obra de Paz es compleja como idea, figura e imagen y, claro, como personaje conspicuo de su teatro autobiográfico. La síntesis de esa presencia inabarcable está en “Pasado en claro”, donde la Madre lleva el epíteto reverente que experiencia de lo sagrado reserva para la Diosa: Madre del mundo. (Sheridan, 2014: E-11)

En el artículo citado Sheridan publicó algunos fragmentos de las doce cartas que Josefina Paz escribió en 1937 a su hijo, cuando éste se encontraba primero en Yucatán y luego en la España Republicana en guerra; dichas cartas se encuentran en el archivo Elena Garro de la Universidad de Princeton, Estados Unidos de América.

Los fragmentos epistolares dicen mucho acerca de la personalidad de doña Josefina Lozano, y de la estrecha y cálida relación con su hijo; así mismo, se comprende el porqué de la hermosa frase: *mi madre, carta de amor con faltas de lenguaje*.

Doña Josefina llama a su hijo *Tavito*, y le agradece las felicitaciones por el día de su santo y por un dinero que él le envió; le comunica también la enorme tristeza que

siente debido a su ausencia; le da prudentes consejos en el sentido de que no participe en política, porque eso trae enemigos. Le pide que mejor se dedique a su *trabajito* y le expresa que no hace más que pensar en el día en que se *reciba*. Sin embargo, Octavio Paz abandonaría la carrera de abogado cuando le faltaba muy poco para terminarla.

En ese tiempo, Octavio Paz se encontraba casado con Elena Garro, y la madre hace referencia a la joven pareja. Josefina Lozano le dice al hijo que ella acude todos los días a misa de siete, y que le pide a Dios con toda el alma que lo ilumine en su nueva vida de casado. También, con ingenuidad y pesar le comunica: *figúrate Tavo que hoy amaneció muerto el guajolote grandote lo menos que valía eran 7 o 8 pesos así que ya ves.* (Sheridan, *Carta de amor con faltas de lenguaje*)

Cuando Paz se encontraba ya en España la madre escribió pidiéndole que regresara lo más pronto posible: *yo estoy sumamente intranquila pues aquí los periódicos dicen que hay grandes bombardeos en Madrid Barcelona y Valencia, y tú metido en todos esos cañoneos.* Le dice que, al saberlo en peligro, siente tanta angustia que le dan ganas de arrojarle al pozo que hay en la casa.

En efecto, doña Josefina Lozano escribía *con faltas de lenguaje*, pero se expresaba con claridad y vigor; así mismo, su expresión revela la transparente sencillez que caracteriza a las almas nobles. Octavio Paz veneraba a su madre, nos dice Guillermo Sheridan en el artículo referido. En efecto, ésa fue una de las claves de la grandeza del poeta Paz, que escribió:

La mujer mexicana, como todas las otras, es un símbolo que representa la estabilidad y continuidad de la raza. A su significación cósmica se alía la social: en la vida diaria su función

consiste en hacer imperar la ley y el orden, la piedad y la dulzura.

(Paz, 2008: 173)

Décadas después, en 1974, cuando ya había concluido el tormentoso matrimonio de Octavio Paz con Elena Garro, y existía una relación ríspida con la única hija de ambos, Helena Paz Garro, doña Josefina hubo de interponer sus buenos oficios para mediar entre su ex nuera y su nieta, por un lado, y su hijo, por el otro; incluso, a través de ella, Octavio Paz les mandó en varias ocasiones la mensualidad de 400 dólares correspondiente a la pensión. (Perales Contreras, 2013: 311)

A Josefina Lozano de Paz le alcanzaría la vida para ver a su hijo obtener la gloria poética y el reconocimiento universal como figura de las letras y la cultura, ya que murió en 1980, a los 87 años de edad.

El padre del poeta Paz, Octavio Ireneo Paz Solórzano nació en 1883, significativamente un 20 de noviembre, día del inicio *oficial* de la Revolución mexicana, movimiento al que consagraría sus afanes políticos. Fue el último de los siete hijos de Ireneo Paz y Rosa Solórzano; es decir, el mimado *benjamín* de la familia, que disfrutó durante la niñez y la primera juventud de un ambiente afectuoso y de riqueza económica. Murió a consecuencia de un accidente atroz, en 1936, a los 53 años, un domingo 8 de marzo. (Gálvez, 1986: 61)

Octavio Ireneo recibió las primeras letras en el *Liceo Fournier*, prestigiado plantel franco – mexicano que en ese entonces se encontraba en lo que hoy es la calle de Belisario Domínguez en la Ciudad de México. La familia vivía en el Callejón de Santa Clara. El coronel Ireneo Paz, en ese tiempo amigado con el general Porfirio Díaz, ocupaba un curul en la Cámara de Diputados. (Gálvez, 1986: 15)

Al paso de unos cuantos años, Octavio Paz Solórzano se convertiría en integrante de lo que puede denominarse *juventud dorada* del porfiriato, dada la posición social, cultural y económica de su familia; el joven, de buena presencia física, era inquieto, sociable, popular entre la gente de su edad y apreciado por la gente mayor. Así mismo, el muchacho, de carácter alegre, era muy aficionado al teatro y la zarzuela. Con amigos y algunos de sus hermanos montaba en un tablado obras diversas.

El joven era también un destacado deportista, al grado que don Ireneo mandó construir en su enorme finca de descanso ubicada en Mixcoac una piscina, un frontón, una mesa de billar e instaló una mesa de boliche, para que el muchacho y sus amigos pudiesen desfogar energías; tiempo después, mandaría construir un par de quioscos en la extensa área de jardines de la propiedad.

Años después, arruinada, la familia tendrá primero que rentar, y después vender, la casa de Mixcoac, que será transformada en convento. Propiedad en verdad enorme que aparecerá en el recuerdo del nieto, Octavio Paz Lozano:

La casa todavía existe y hoy es un convento de religiosas. Hace poco la visité y apenas si pude reconocerla: las monjas han convertido en celdas las estancias y el jardín; en capilla la terraza. No importa: queda la imagen y quedan las sensaciones de extrañeza y desamparo. (Paz, 2003: 14)

Al parecer, tanta distracción le ocasionó al joven Paz Solórzano algunos problemas en los estudios, ya que terminó el bachillerato a los 21 años, en 1904; entonces, el joven decidió estudiar la carrera de abogado, ya que en esos tiempos en las escuelas de jurisprudencia se formaban las élites políticas; además, para quienes deseaban

obtener una formación humanística dichas escuelas constituían casi la única opción.

Por tanto:

La mirada de todo joven con recursos y voluntad de éxito estaba puesta sobre la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Algunas de las dieciocho escuelas de leyes diseminadas por el país tenían prestigio, pero éste era mínimo en comparación con el de la Escuela de la ciudad de México. (Quintanilla, 1999: 168)

Así, Octavio Paz Solórzano ingresó en la Escuela Nacional de Jurisprudencia en 1905, donde no se distinguió, precisamente, como un alumno brillante, pero sí cumplidor; por tanto, concluyó la carrera de abogado el 11 de noviembre de 1911 con una tesis referente a la libertad de imprenta donde reivindicó *la más amplia libertad de pensamiento, fustigó a los déspotas y tiranos que la encadenan, y declaró que todos los progresos principales de la civilización se deben a los periodistas, verdaderos héroes de la humanidad.* (Gálvez, 1986: 34)

Esta poderosa reivindicación de la *más amplia libertad de pensamiento* (y de expresión), heredada tanto del padre como del abuelo, se constituyó en una de las bases formativas de la *pasión crítica* que desplegó a lo largo de su vida intelectual Octavio Paz Lozano.

Como ya se apuntó, a los pocos días de titularse Octavio Paz Solórzano contrajo nupcias con la bella *Pepita* Lozano y partió con ella a Ensenada, para colaborar con el gobierno maderista como funcionario menor. El abogado Paz en términos políticos fue partidario del general Bernardo Reyes y de Francisco I. Madero; incluso, en un primer momento condenaba a la revuelta del general Emiliano Zapata, a quien llamaba en las páginas del periódico de don Ireneo *latrofacioso*. Sin embargo, la influencia de su

amigo Antonio Díaz Soto y Gama (discípulo ideológico de los hermanos Flores Magón), y el conocimiento directo de la lucha zapatista determinaron que pasase de una fuerte oposición a una apasionada adhesión. Como testimonio de este giro ideológico, en agosto de 1914 se publicó en las páginas del periódico *La Patria un gran documento para la historia, ratificado por 30 generales surianos: el Plan de Ayala*. (Gálvez, 1986: 40)

Así, en este mismo año, al poco tiempo del nacimiento de su hijo, el abogado Paz partió tras su pasión política, que a partir de entonces fue uno de los ejes de su vida. Dejó a la esposa y al hijo refugiados con el abuelo Ireneo, en Mixcoac, y fue al encuentro del caudillo morelense. Paz Solórzano se ganó poco a poco la confianza del Jefe Zapata y participó en algunos hechos de armas; por ejemplo, ejerció el mando de la tropa que tomó la población de San Ángel, para avanzar, precisamente, a Mixcoac. Así mismo, fue asesor, representante y enlace de Zapata, quien le confió algunas misiones relevantes, tales como la realizada el 19 de octubre de 1914:

El día 19, en el corredor de la fábrica de La Magdalena, en Contreras, D.F., Paz recibió al general villista Felipe Ángeles, quien era acompañado por el jefe de su Estado Mayor, coronel Felipe Cervantes, y por Lucio Blanco, entre otros. Ángeles deseaba saber, en nombre de Francisco Villa, si Emiliano Zapata aceptaría enviar una comisión o una delegación a la Convención de Aguascalientes. E hizo saber que traía consigo un acta de adhesión al Plan de Ayala, firmada por Francisco Villa. (Gálvez, 1986: 42)

Por supuesto, Octavio Paz contestó afirmativamente y se logró el acuerdo entre villistas y zapatistas. El general Zapata envió a la Convención de Aguascalientes una

comisión encabezada por Paulino Martínez y por el amigo de Paz, el también abogado Antonio Díaz Soto y Gama.

Llama la atención que el padre del poeta Octavio Paz Lozano conociera personalmente al general Felipe Ángeles (quien con Ricardo Flores Magón y el propio Zapata fue una de las figuras más honestas y más luminosas de la Revolución Mexicana), y que Elena Garro (quien fue la primera esposa del poeta), escribiera una conmovedora obra de teatro acerca del juicio y la muerte de Ángeles (juizado y fusilado por órdenes de Venustiano Carranza).

En abril de 1916, el general Zapata le proporcionó un documento al abogado Paz donde lo nombró su representante en los Estados Unidos de América; casi sin elementos materiales, el viaje de México a los Estados Unidos (que duró meses) se convirtió en una auténtica odisea:

Luego de casi seis meses de viaje, el 2 de octubre, alcanza la frontera. Durante su viaje, su conversión a la iglesia agraria adquiere tintes de apostolado y su narrativa un tono evangélico: muchas veces a pie, en lomo de mula otras, desharrapado y sucio, robado y perseguido, por los pueblos donde pasaba predica a todos los campesinos con quienes hablaba el derecho que tienen a la tierra. (Sheridan, 2004: 49)

El viajero tuvo incluso que vender objetos de su propiedad para poder sobrevivir; solo y hambriento, debió evadir a los enemigos carrancistas y sortear las discordias, intrigas y abusos de sus propios correligionarios; sin embargo, no vaciló. Debía cumplir con la encomienda de Zapata. Paz Solórzano, abogado, pero también periodista de linaje, por

esos días escribió mucho. Redactó gran número de manifiestos, por encargo de otros tantos jefes zapatistas.

En Estados Unidos Octavio Paz permaneció tres años y ocho meses, primero en San Antonio y después en Los Ángeles; aunque tuvo que trabajar en lo que fuera para sobrevivir, su actividad revolucionaria no cesó: hizo propaganda para la causa zapatista; practicó el periodismo; intentó unificar a los revolucionarios en el exilio; pretendió sacar a Ricardo Flores Magón de la cárcel; incluso estuvo a punto de traer suministros y armas para los zapatistas por vía marítima desde el puerto de San Francisco. La tenaz persecución carrancista frustró sus planes y el abogado Paz apenas pudo escapar. A pesar de los reveses, se mantuvo leal al zapatismo, incluso cuando este movimiento vivió su peor momento. Desgraciadamente, durante el tiempo que permaneció en tierras estadounidenses el abogado Paz cayó en las garras de un vicio terrible que ya no le abandonaría: el alcoholismo. (Gálvez, 1986: 44 – 46)

En Los Ángeles, fundó con el doctor Ramón Puente (autor de *Las memorias de Francisco Villa*), la revista *La Semana*, publicación que contó con la participación de varios exiliados políticos, entre ellos, José Vasconcelos.

El 19 de abril de 1919 es asesinado el general Zapata por órdenes de Venustiano Carranza; casi un año después, en mayo de 1920, le llegaría su turno al propio Carranza. La casta sonoreense mediante el Plan de Agua Prieta se rebeló militarmente contra don Venustiano, quien fue perseguido y muerto.

Mejores tiempos se presentaron para los zapatistas con la muerte de Carranza; por tanto, Octavio Paz decidió volver a México. En junio de 1920 llegó a la casona de Mixcoac; sin embargo, la lejanía emocional con su familia ya era acentuada. La política y otras pasiones peligrosas eran ya el eje de la vida de Octavio Paz Solórzano.

Sus correligionarios, que lo apreciaban, habían fundado el Partido Nacional Agrarista (PNA), y le ofrecieron ser postulado como diputado por el distrito electoral que entonces abarcaba Mixcoac, San Pedro de los Pinos y Tacubaya. Octavio Paz ganó las elecciones debido a la fuerza del PNA entre la gente del campo y debido a su prestigio personal. Ocupó su curul en la Cámara de Diputados del primero de septiembre de 1920 al 31 de agosto de 1922. En la vigésimo novena legislatura tuvo como compañeros, entre otros, a Antonio Díaz Soto y Gama (su viejo amigo), Felipe Carrillo Puerto, Emilio Portes Gil, Basilio Vadillo, Aurelio Manrique, Jorge Prieto Laurens y Vito Alessio Robles. (Gálvez, 1986: 48)

El trabajo legislativo de Paz Solórzano fue fructífero: promovió y firmó la Ley de pensiones para periodistas; defendió la independencia y libertad de los municipios del Distrito Federal; reclamó condiciones humanitarias de reclusión para los presos (en especial para los presos políticos); dio su apoyo desde la tribuna a los trabajadores en huelga y censuró los atropellos de los patrones; puso a discusión la primera ley relativa a accidentes laborales (que se aprobó); formó parte de la diputación que pretendió auxiliar a Ricardo Flores Magón y a Librado Rivera, heroicos revolucionarios entonces reclusos en prisiones estadounidenses; por supuesto, dada su vocación zapatista – agrarista, promovió la defensa de los derechos del campesinado y participó en la elaboración de la Ley Agraria del 10 de abril de 1922. (Gálvez, 1986: 51)

Al terminar su período legislativo, Paz Solórzano siguió participando de forma directa en política por unos cuantos años: fue integrante del Primer Congreso Nacional Agrarista (donde colaboró con el general Francisco J. Múgica); trabajó por unos meses con el gobierno de San Luis Potosí en la organización de guardias ejidales; fue, también, secretario de Gobierno del estado de Morelos, y gobernador provisional

(encargado de despacho) de ese estado por el lapso de un mes. Como apunta Felipe Gálvez:

En el curso de ocho años de – 1920 a 1928 – Octavio Paz Solórzano fue un inquieto y apasionado actor en la vida política de la República. (Gálvez, 1986: 52)

El PNA por unos años tuvo bastante fuerza, ya que apoyaba al general Álvaro Obregón, y éste le devolvía con creces la *cortesía*; sin embargo, la muerte de Obregón en 1928 acabaría también con el Partido Nacional Agrarista, que primero se escindiría y meses después desaparecería:

Así acababa un Partido que, justo es reconocerlo, había luchado con integridad por la causa agraria, aunque no había podido escapar a la influencia de los caudillos. Nuevamente, ligado su destino a la suerte de un hombre, un instrumento cívico desaparecería al morir su redentor. (Fuentes Díaz, 1996: 137)

Se dice que Álvaro Obregón murió debido a la ráfaga de balas disparada por José de León Toral (quien fue enviado por la *madre* Conchita); sin embargo, quien esto escribe, hace ya algunos lustros platicó con varios ex combatientes de la Revolución, quienes sostenían con vehemencia que a Obregón lo mandó matar Plutarco Elías Calles (por aquello de la reelección presidencial); contaban aquel viejo chiste político: *¿quién mató a Obregón? Calles....Cállese la boca*. Con el transcurso de los años, han aparecido algunas publicaciones que consideran posible tal afirmación.

El caso es que disuelto el PNA, el abogado Paz, ya veterano zapatista, decidió no volver a participar en política partidista y mucho menos en pronunciamiento militar alguno; se fue alejando paulatinamente de varios de sus correligionarios a causa de

diferencias políticas y del alcoholismo que padecía. En los años sucesivos se dedicaría a escribir artículos para diversas publicaciones; los temas de estos escritos se referirán, principalmente, a la problemática agraria del país y a sus vivencias y recuerdos dentro de la revolución zapatista. La prosa de Octavio Paz Solórzano no es literaria ni exquisita; es una prosa sencilla afincada en el oficio de periodista, directa, pero eso sí, fluida y vívida; en sus relatos en varias ocasiones describe la entrañable figura del Jefe Zapata; por ejemplo, en el fragmento siguiente:

De repente hizo irrupción por la calle principal, procedente de la Estación del Interoceánico, un charro con magnífica botonadura de plata y sombrero galoneado de grandes dimensiones, montado en brioso corcel, sobre una magnífica silla bordada en plata, con la pistola al cinto, la carabina en la mano, terciada la carrillera, el machete suriano en el costado de la silla, pendientes de su cuello unos anteojos prismáticos y un cuerno, cuyo ronco sonido había de producir más tarde intenso pavor en los combates a los enemigos del zapatismo. Era de elevada estatura; aunque delgado, de complexión robusta; de color moreno tostado por el sol abrasador de la tierra caliente, con grandes bigotes y un lunar en el carrillo derecho. Iba sonriendo, con un puro en la boca y seguido de una pequeña escolta. Al verlo, se aglomeró en su derredor una muchedumbre entusiasmada, que lo seguía y aclamaba, pues su figura aparecía como genuina representante del verdadero tipo nacional. Era Emiliano Zapata, que acababa de tomar Jojutla, tras de rudos combates. (Paz Solórzano, 1986: 164)

Además de escribir, Octavio Paz Solórzano volvió a ejercer la abogacía; se dedicó a gestionar tierras para los campesinos, a representarlos y a defenderlos jurídicamente; cuando no podían pagarle, no les cobraba; así, en sus últimos años, se convirtió en un verdadero *abogado del pueblo*. Por todo esto fue muy querido y respetado por campesinos y ejidatarios, particularmente en el poblado de Santa Marta Acatitla (en el que entonces existía una gran laguna con multitud de patos y otras aves).

¿Cómo era la personalidad del periodista, abogado y agrarista Octavio Paz? Según los testimonios de campesinos, que lo conocieron cuando era ya un hombre de edad madura, fue un hombre honesto, enérgico, simpático; siempre sonriente, amigüero y muy aficionado a conversar; también, mujeriego y gran bebedor de licor; físicamente (aunque ya avejentado por los excesos), era un hombre alto y *bien logrado*; según la expresión popular *fue un buen gallo*. (Gálvez, 1986: 77 – 85)

Sin embargo, con la esposa y con el hijo, el abogado Paz tuvo una relación distante e incluso difícil, debido al alcoholismo que padecía y a su fuerte tendencia a la infidelidad conyugal y a las parrandas.

Fue la nefanda pasión por la bebida la causante del terrible final del abogado Octavio Paz Solórzano. El domingo 8 de marzo de 1936, por la noche, regresaba del pueblo de Santa Marta Acatitla después de haber convivido con un grupo de amigos ejidatarios. En la estación Los Reyes – La Paz quiso atravesar un patio de ferrocarril, *pero al cruzar las vías por debajo del eslabón de dos vagones se golpeó la cabeza y cayó sobre los durmientes, justo cuando el tren iniciaba su marcha*. (Rico Moreno, 2013: 75)

El cuerpo del abogado fue despedazado por la máquina, arrancándole incluso la cabeza que rodó varios metros. Irónicamente, esto sucedió en 1936 *el año del*

centenario del natalicio de don Ireneo Paz, quien vino al mundo el 3 de julio de 1836, día de San Ireneo, en tierras de Jalisco. (Gálvez, 1986: 61)

La familia fue avisada de la tragedia, y la viuda y el hijo, un Octavio Paz veinteañero, se llevaron los restos del abogado en un costal. La terrible experiencia fue recreada en un fragmento del poema *Pasado en claro*, que fue publicado por vez primera en 1974:

Del vómito a la sed,

atado al potro del alcohol,

mi padre iba y venía entre las llamas.

Por los durmientes y los rieles

de una estación de moscas y de polvo

una tarde juntamos sus pedazos.

Yo nunca pude hablar con él.

Lo encuentro ahora en sueños,

esa borrosa patria de los muertos.

Hablamos siempre de otras cosas.

En *Hoguera que fue*, Felipe Gálvez recoge otro testimonio del poeta Paz acerca de su padre *Octavio Paz en la memoria de Octavio Paz* (páginas 73 a la 76); aquí, el poeta nos refiere esa relación ambigua, distante y difícil que mantuvo con su progenitor; nos dice que constantes fueron las fricciones entre padre e hijo durante los últimos años que convivieron; el joven Paz buscaba compañía y afecto paternos e incluso pasaba a

máquina los artículos del abogado antes de que éste los llevara a publicar. Pero don Octavio no le prestaba mucha atención a su hijo, ni parecía percatarse de su vocación literaria:

La falla de mi padre, si es que la tuvo en relación conmigo, es que no se dio cuenta de ese afecto que yo le daba. Y es muy probable que tampoco se diera cuenta de que yo escribía. Pero nada le reprocho. Esas son cosas que la vida nos depara y ya.

Para colmo, mi padre tuvo una vida exterior agitada: amigos, mujeres, fiestas, todo eso que de algún modo me lastimaba, aunque no tanto como a mi madre. Ella era quien realmente sufría. (Paz, 1986: 73)

Como consecuencia de su *vida agitada*, nos dice Guillermo Sheridan en la página electrónica de Letras Libres, en su columna *El minutario* del 07 de mayo de 2014, Octavio Paz Solórzano tuvo una hija fuera del matrimonio quien llevó el nombre de Perla Dina Poucel; el poeta Paz se enteró de este hecho poco después de la muerte de su padre; así, conoció a su media hermana, por quien sintió afecto. Octavio Paz habría de apoyarla, años después, para que hiciera carrera en el servicio diplomático mexicano. Perla Dina, quien no llevó el apellido Paz, nació en 1923 y falleció en 1991

A pesar de los desencuentros y los recuerdos dolorosos, Octavio Paz aquilató la innegable valía de su padre, y dijo: *lo suyo no fue desamor, porque él ante todo era un hombre bueno.* (Paz, 1986: 73)

La impronta del padre quedó en diversos pasajes de la obra de Paz y acaso en algunas de sus concepciones acerca del ser del mexicano:

La borrascosa sombra del abogado aún merodea la obra de su hijo: alteró su idea de la familia; incidió en sus reflexiones sobre el “padre” como preámbulo de la autocracia; actuó en su casa la idea “el macho es el gran chingón” que analiza en *El Laberinto* de la soledad y, sobre todo, protagoniza varios poemas que son, a fin de cuentas, el registro cabal de su trabado trato. (Sheridan, columna *El minutarío*)

Figura altamente significativa en la formación de Octavio Paz Lozano, lo fue, también, el abuelo, Ireneo Paz Flores (1836 – 1924), oriundo de Guadalajara, Jalisco; abogado, poeta versificador, periodista, editor y político; fue don Ireneo escritor que tuvo que hacerse militar en la práctica y de prisa; es decir, en los campos de batalla, peleando contra la usurpación del emperador Maximiliano; Ireneo Paz sirvió en el Ejército de Occidente a las órdenes del general Ramón Corona, quien lo nombró coronel de caballería. (Rico Moreno, 2013: 43)

Ireneo Paz perteneció a esa generación de militares ilustrados del siglo XIX, liberales de cuño clásico, como su coetáneo el general Vicente Riva Palacio, que pelearon por México de manera simultánea con la fuerza de la palabra y con las armas en la mano:

Fue un militar laico e ilustrado, que supo ganar con la pluma las mismas batallas en que le habían dado la victoria las espadas, consciente de que la historia y la historiografía, la poesía y la épica se pelean juntas. (Castañón, 1986: 49)

En efecto, Ireneo Paz fue escritor prolífico, devoto de las letras francesas, españolas, y, por supuesto, de la literatura mexicana; escribió con amenidad sus memorias (Algunas campañas), y fue autor de obras de teatro, novelas y Leyendas históricas

(mexicanas); estas últimas siguiendo el modelo de los *Episodios Nacionales*, de Benito Pérez Galdós, autor a quien admiraba grandemente; su novela acerca de Joaquín Murrieta (héroe y bandido sonoreño) fue popular y le proporcionó buen dinero; Ireneo Paz ocupa, así mismo, un lugar importante en la historia del periodismo mexicano, ya que fundó y dirigió, desde muy joven, publicaciones periódicas que alcanzaron celebridad, tales como, *Sancho Panza*, *El Diablillo Colorado*, *El Padre Cobos*, *El Payaso*:

Cuando regresó a Guadalajara, en abril de 1865, fundó su segundo semanario, *El Payaso*. Periódico bullicioso, satírico, sentimental, burlesco, demagogo y endemoniado, que ha de hablar hasta por los codos. (Rico Moreno, 2013: 43)

Paz Flores tenía gran talento para el género satírico; a tal grado que *El Payaso*, aunque era una publicación mordaz contra el Segundo Imperio, divertía al propio Maximiliano, debido al ingenio desplegado en sus páginas. (Krauze, 2014: 19 – 20)

A lo largo de sus andanzas políticas, militares y periodísticas, Ireneo Paz conoció el presidio en diversas ocasiones y *el arte de la fuga*, y estuvo a punto de ser fusilado, salvándose casi milagrosamente; aunque patriota, republicano y liberal, una vez restaurada la República en 1867, se opuso férreamente a los presidentes Juárez y Lerdo de Tejada y se hizo partidario y amigo del general Porfirio Díaz, a quien secundó en diversos pronunciamientos militares contra el gobierno.

El presidente Lerdo de Tejada intentó reelegirse y el general Porfirio Díaz se rebeló militarmente una vez más, utilizando como bandera política el Plan de Tuxtepec, en cuya redacción participó Ireneo Paz; dicho manifiesto se publicó en *El Padre Cobos* en enero de 1876, por lo que el coronel Paz sufrió prisión y destierro; sin embargo, en este

mismo año triunfaron militarmente los *tuxtepecanos*, y el general Díaz se hizo con el poder presidencial, lo que dio inicio a poco más de tres décadas de porfiriato.

Con el ascenso de su amigo el general Porfirio Díaz a la presidencia de la República, y el inicio de la *pacificación* del país, el coronel Ireneo Paz decidió dejar la carrera de las armas para siempre y dedicarse a dos de sus más grandes pasiones, el periodismo y la empresa editorial; también, de la mano de su amigo, realizó una que otra incursión en política; así, iniciaron para don Ireneo los años de triunfos editoriales y de bonanza económica; incluso, dejó atrás el discurso satírico de *El Padre Cobos* para dedicarse a un periodismo más profundo y con tintes culturales:

En 1877 funda el diario La Patria que, con suplementos ilustrados y un famoso almanaque anual, aparecería ininterrumpidamente hasta agosto de 1914. (Krauze, 2014: 24)

Sin embargo, en esa época de triunfo y bonanza ocurrió un hecho de sangre que siempre lamentó don Ireneo: el duelo donde le quitó la vida al joven Santiago Sierra (hermano del que fuera educador, escritor y Secretario de Estado durante el porfiriato, Justo Sierra). Al término del primer período presidencial del general Díaz, los ánimos políticos se exaltaron con la sucesión. Ireneo Paz apoyó, a través de su periódico, a su antiguo compañero de armas, el general Trinidad García de la Cadena (*don Trino*); el joven Sierra, redactor del periódico La Libertad, apoyó al general Manuel González (*El Manco*), el candidato del general Díaz:

En ese marco los protagonistas intercambiaron ofensas e insultos a través de sus editoriales, llegando al punto en que Paz exigió una reparación. El jueves 28 de abril de 1880, a las nueve de la mañana, se enfrentaron en un duelo con pistolas en la Hacienda

de San Javier, cerca de Tlalnepantla. Tratando quizá de conciliar honor y valor, ambos dispararon al aire; los padrinos de Paz consideraban que el duelo se daba por terminado, pero los de Sierra repusieron que se debía llegar hasta las últimas consecuencias. En el segundo episodio Sierra recibió un certero disparo en la cabeza. Ireneo Paz siempre lamentó aquel suceso. (Rico Moreno, 2014: 46)

Como ya se ha mencionado, debido a su cercanía con el general Díaz, Ireneo Paz ocupó cargos políticos de buen nivel: fue diputado, senador y regidor del Ayuntamiento de la Ciudad de México; así mismo, el gobierno le otorgó algunos contratos para que en sus talleres se imprimieran ciertos documentos de carácter público; no obstante lo anterior, y aunque le profesaba admiración al general Díaz, Ireneo Paz nunca fue un incondicional del dictador (incluso, por un breve período de tiempo estuvo preso por criticar al general); entonces, no perteneció al *primer círculo del poder*, ni mucho menos participó en corruptelas.

Guillermo Sheridan resume así la genealogía del poeta Paz por el lado paterno:

Don Ireneo Paz, espigado y enteco, con un filo indígena en el rostro adusto, venía de una larga genealogía: el apellido Paz, dice el poeta, aparece en México con la conquista (quizás un apellido celta, dijo alguna vez: la castellanización de Bath). La familia, arraigada por generaciones en Jalisco, tiene el tamaño que ordena la época: don Ireneo Paz Flores, hijo de Matías y Teresa, casado con la colimense Rosa Solórzano, tiene siete hijos. Cuatro mujeres: la primogénita Clotilde, que murió niña; Amalia, la tía solterona; Rosita, casada con Joaquín Haro de la

cadena, padres de sus primos más cercanos Guillermo y María Luisa Haro y Paz – también vecindados en Mixcoac -, y Laura, casada con un ingeniero Gabriel Cruces. Y tres varones: Carlos, que murió trágicamente y muchacho, lo que apesadumbraría para siempre el abuelo; Arturo – vecino en las casas del jardín -, y el menor: Octavio. (Sheridan, 2004: 34)

Con el advenimiento de la Revolución, la vida de don Ireneo se trastocó; terminó por arruinarse económicamente al sufrir un gran revés: en agosto de 1914, la soldadesca del general carrancista Pablo González, por órdenes de éste, le confiscó la imprenta; el periódico *La Patria*, con más de tres décadas de antigüedad, dejó de aparecer; don Ireneo sufrió un derrame cerebral, pero logró recuperarse. (Krauze, 2014: 30)

Durante los años siguientes, don Ireneo se vio en la necesidad de hipotecar propiedades e incluso tuvo que vender parte de su enorme biblioteca; sus casas se perdieron debido a que entre él y sus hijos consumieron el capital y no pudieron devolverlo; la casona de Mixcoac también estuvo a punto de perderse; sin embargo, la familia pudo conservarla todavía varios años (o cuando menos parte de ella). En 1923, el gobierno del general Álvaro Obregón le reconoció a don Ireneo el grado de general, y le otorgó una pequeña pensión equivalente a cinco pesos diarios, lo cual alivió un poco su situación económica. (Rico Moreno, 2014: 68)

Cuando Octavio Paz nació, el patriarca de la familia, Ireneo Paz (llamado cariñosamente por la familia Papá Neo), contaba con 78 años; murió en 1924, a los 88 años, cuando el nieto tenía escasos diez años; así, el niño conoció a un Ireneo ya muy anciano, viudo, desilusionado y arruinado económicamente, pero todavía lúcido, activo, y con restos de la gran fortaleza física que poseyó de joven; el nieto, desde los cinco años, fue acompañante inseparable del abuelo, hasta que éste murió; don Ireneo supo

darle al pequeño Octavio el afecto que, quizá, el padre le regateó. Así, Octavio Paz llegó a decir que su abuelo *fue el hombre al que más quiso*. (Entrevista dada a Joaquín Soler Serrano, *programa A Fondo, Radiotelevisión Española*, 1977)

El poeta Paz dejó un testimonio (que es a la vez un sentido homenaje), a su abuelo en *Siluetas de Ireneo Paz*, texto escrito en 1996 (Paz, 2001b: 141 – 149); aquí nos dice de su abuelo que fue hombre que amaba a los libros y a la literatura y que era metódico, madrugador y muy afecto al trabajo: *le debo a él y a su biblioteca esas lecturas que me formaron*. El nieto recuerda a un hombre ya agobiado por la edad, el derrumbe de su mundo, los problemas familiares y los descalabros económicos, que, sin embargo, nunca perdió la entereza, ni cierto sentido del humor; un ejemplo:

Comíamos a la una de la tarde, a la francesa, para desesperación e irritación de mi padre, que seguía el bárbaro horario mexicano y español. Antes de sentarse a la mesa, mi abuelo tomaba un viejo cuerno de caza, colgado de una pared, y haciéndolo sonar con gran estrépito daba vueltas y vueltas por el jardín y alrededor de la casa. Yo lo seguía, tocado de un gorro de papel periódico que él mismo había confeccionado y que recordaba vagamente los tricornios. (Paz, 2011b: 148)

El pequeño Octavio seguía por todos lados al abuelo y escuchaba con interés, sorpresa y admiración sus narraciones: *era un prodigioso surtidor de anécdotas y sucesos*; don Ireneo, también, le enseñó al nieto algo de esgrima, y a cultivar la tierra en una huerta que la familia tenía.

Tal vez, don Ireneo intuyó en alguna ocasión que su amado nieto, ese pequeño niño de intensos ojos azules, inteligente, sensible, algo callado, atento y muy curioso, que le

seguía a todas partes y que le escuchaba con admiración, llegaría a ser un literato muy ilustre, que continuaría (y superaría) sus propios logros.

Esta es una de las estampas que nos dejó Octavio Paz al recordar la elegante silueta de don Ireneo cuando atravesaba el silencio de la casona de Mixcoac:

El barrio era tranquilo y tan callado que podía oírse el paso del tiempo. La casa era grande y lo parecía aún más pues estaba casi deshabitada. Cuartos y cuartos vacíos raramente visitados por borrosas figuras que ahora, vanamente, quiero fijar: mi abuelo, mi madre, mi tía, Ifigenia que cocinaba y servía lo mismo para un barrido que para un regado, su marido, Elodio, que era el jardinero y el hombre de los mandados. Mi abuelo iba y venía por aquellas soledades como quien se adentra en sí mismo. Vestía chaquetas de terciopelo oscuro suntuosamente bordadas, a la moda de 1900. Lo movía una suerte de paciente exasperación. Años más tarde supe que había sido un hombre muy activo: había conocido las penalidades y la camaradería de la guerra, las agitaciones de la política, los torbellinos del periodismo y el silencio del cuarto de escritor. Al caminar por aquellas habitaciones pobladas por los fantasmas de los muertos y los ausentes, ¿recordaba sus aventuras, sus amores, sus odios, la breve centella del triunfo, el pozo de la caída? ¿Pensaba en sus desastres familiares, en el alcoholismo de sus hijos, en la muerte de su mujer, en el desmoronamiento de su mundo? ¿O sólo se aburría? No sabría decirlo. De aquellos años sólo me quedan sombras huidizas. (Paz, 2011b: 141 – 142)



Octavio Paz en la niñez

III NIÑEZ. PRIMERAS ESCUELAS. SURGIMIENTO DE LA VOCACIÓN LITERARIA

Si hacemos un intenso esfuerzo de memoria, ¿cuál es el recuerdo más antiguo que podemos evocar? ¿Cuánto de realidad, reconstrucción e inclusive invención existe en él? ¿Cuán profundamente puede llegar la conciencia para encontrar las raíces del propio ser? ¿Qué existe en este recuerdo: nostalgia, dolor, indiferencia, regocijo? ¿Una mezcla indefinible de sensaciones psíquicas contradictorias? ¿Qué monto de este recuerdo está en la raíz psíquica de la persona que hemos sido y que somos?

Entonces, quizá sea pertinente comenzar con el recuerdo más remoto del poeta, recuerdo que está entramado, además, con la creación de una de sus obras fundamentales: *El Laberinto de la soledad*; así, nos dice Octavio Paz, ya casi octogenario (el texto es de 1992):

La primera experiencia es también el primer recuerdo. ¿Qué edad tendría? No sé, tres o cuatro años quizá. En cambio, es muy vívida la memoria del lugar: una pequeña sala cuadrada en una vieja casona de Mixcoac. (...) Me veo, mejor dicho: veo una figura borrosa, un bulto infantil perdido en un inmenso sofá circular de gastadas sedas, situado justo en el centro de la pieza. Con cierta inflexibilidad, cae la luz de un alto ventanal. Deben ser las cinco de la tarde pues la luz no es muy intensa. (...) Hay un ir y venir de gente que pasa al lado del bulto sin detenerse. El bulto llora. Desde hace siglos llora y nadie lo oye. Él es el único que oye su llanto. Se ha extraviado en un mundo que es, a un tiempo, familiar y remoto, íntimo e indiferente. No es un mundo hostil: es un mundo extraño, aunque familiar y cotidiano, como las guirnaldas de la pared impasible, como las risas del comedor.

Instante interminable: oírse llorar en medio de la sordera universal...No recuerdo más. Sin duda mi madre me calmó: la mujer es la puerta de reconciliación con el mundo. (Paz, 2003: 14 – 15)

En *El llamado y el aprendizaje* (Paz, 2011b: 263-272), uno de los últimos textos de Octavio Paz, escrito muy poco antes de ser llamado por El Eterno (Paz tenía ya 83 años), el poeta, con lucidez y nostalgia, revive aspectos de su niñez y adolescencia relacionados con el nacimiento de su vocación poética y los primeros elementos de su formación; recuerdos que contienen, desde mi punto de vista, verdaderas *claves* del despertar vocacional e intelectual, y del *cómo aprendió*, o cómo comenzó a aprender su oficio de poeta e intelectual.

Para Octavio Paz, en la vocación intervienen dos elementos, precisamente, el llamado y el aprendizaje.

El llamado comienza con la admiración, con una fascinación incluso:

La admiración nace de la capacidad maravillosa de asombrarse. Es un sentimiento frecuente en la infancia y en la adolescencia. Una obra o una persona nos inspira asombro y, si ese sentimiento es profundo, algo más pleno: adhesión. Nos identificamos con aquello que admiramos y entonces brota el deseo de imitación. (Paz, 2011b: 264-265)

Y sucede que, en muchas ocasiones, esta admiración profunda, hija del asombro, se convierte en atracción irrefrenable, revelación, autodescubrimiento, hallazgo de un destino (que dará el goce de consagrarse a aquello que se ama), con frecuencia

relacionada con facultades innatas que pugnan por madurar y desplegarse, en palabras de Paz:

Casi siempre esa atracción es irrefrenable; casi siempre está asociada a la habilidad o al talento que requiere la actividad que nos atrae. Ciertamente, la excelencia es rara y sentir atracción por esto o aquello no implica necesariamente talento o maestría. Aunque el talento sea raro en todos los oficios, el llamado nace de una disposición innata que nos otorga, en proporciones variables, la capacidad de hacer las cosas. (Paz, 2011b: 263)

Admiración que se transmuta en llamado, que a su vez se entrama en la niñez, el ambiente familiar y las figuras significativas.

¿Cuáles fueron las primeras admiraciones, las identificaciones fundantes en el devenir intelectual de Octavio Paz?

Infante todavía, Paz se siente atraído por el universo infinito y polisémico de las palabras, sus sílabas, *colores* y resonancias, que le parecían *talismanes capaces de crear realidades insólitas*. (Paz, 2011b: 265 – 266)

Figura nodal en cuanto a la formación (e identificación psicológica estructurante), para Octavio Paz, lo fue, como se ha mencionado, la venerable y recia figura del abuelo, personalidad relevante por derecho propio:

Mis primeras admiraciones están asociadas al mundo que rodeó mi infancia y a mi adolescencia: la biblioteca familiar y el culto a las letras. El patriarca de mi familia, mi abuelo, Ireneo Paz, era un escritor y periodista, autor de novelas, leyendas históricas, obras

de teatro, poemas e innumerables artículos políticos y de actualidad. Sería injusto no mencionar su sátira política; algunos de sus sonetos son memorables. Yo admiraba a mi abuelo pero también, y aún más, a sus admiraciones: Cervantes, Pérez Galdós, algunos poetas modernistas mexicanos como Gutiérrez Nájera y Díaz Mirón, los historiadores del México antiguo y varios clásicos y modernos. Otra influencia: mi tía Amalia, gran lectora de literatura francesa y devota de Balzac. (Paz, 2011b: 266)

Paz admiraba a su abuelo y a sus admiraciones: Ireneo Paz (*Papá Neo*), el hombre al que más quiso, porque con el padre, Octavio Paz Solórzano, como se ha visto, nuestro poeta tuvo una relación difícil.

Pero, ¿cómo es que surge, paulatinamente, esta capacidad de *hacer las cosas*, el aprendizaje, particularmente en este hombre de letras, que logra alcanzar la maestría en su *oficio* de poeta y ensayista?

Estimulado por el ambiente cultural que lo rodeaba, por este *culto a las letras* que existía en casa del abuelo, y por las pláticas y las caminatas que con él tenía, este niño de ojos azules que fue Octavio Paz, un tanto tímido y silencioso, pero sensible y juguetón, dotado de una curiosidad inteligente, casi en cuanto adquiere la capacidad de la lectura, empieza a convertirse en un ávido lector. Comienza leyendo, como casi todos los niños, libros de fantasía y aventuras: *los libros y cuadernos de aventuras, de Buffallo Bill a Robinson Crusoe y de Las mil y una noches a los cuentecillos que publicaba la editorial Calleja y que podían comprarse por unos pocos centavos*. (Paz; 2011b: 267-268)

El niño Paz, sin mucha vigilancia por parte de los adultos, posee acceso irrestricto a la biblioteca de don Ireneo, lugar donde, además de grandes estantes llenos de libros, hay un globo terráqueo, mesas con instrumentos de escritura y varias estampas y retratos de los escritores, filósofos y estadistas preferidos del abuelo (Sheridan; 2004: 22-25); así, este acceso irrestricto del niño a un lugar para él casi mágico, sumado a largas horas de silencio y soledad, le permitió adentrarse a sus anchas en todo tipo de lecturas.

Ya al inicio de la adolescencia, Octavio Paz fue un lector voraz: *fui un lector desordenado y ávido; devoraba novelas y libros de historia; en cambio, leía lentamente los libros de poesía, releendo los poemas que me impresionaban: quería aprender.* (Paz; 2011b: 267)

Así, Paz comenzó a acumular un impresionante bagaje intelectual que en años posteriores le permitió crear ensayos no sólo bellos, sino eruditos y profundos; leyó con fruición historia universal, y, por supuesto, la de México; así mismo, leyó a los clásicos griegos y latinos; de manera natural, la historia (*la Maestra de la Vida*), lo fue llevando a otros campos del saber: la filosofía, la antropología, la crítica literaria.

Como afirma Adriana De Teresa:

Ciertamente Paz, desde muy joven, se reveló como un lector voraz y desde entonces mostró la asombrosa capacidad de síntesis y asimilación que lo caracterizó a lo largo de su vida, de manera que tanto en su poesía como en su prosa existe un complejo entramado intertextual en el que se superponen una gran cantidad de voces e influencias de distinta índole. (De Teresa, 2009: 18)

Clave fundamental del aprendizaje de Octavio Paz: desde época muy temprana, dada su fascinación por la poesía, quiso llegar a convertirse, explícitamente, en un poeta:

A pesar de la avidez con que leía y discutía con mis amigos temas de filosofía, estética y política, mi verdadera vocación fue, desde mi niñez, la poesía. Un día sentí el llamado. Todo lo que hice e intenté después, mis aprendizajes, no fue ni ha sido sino la respuesta a este llamado. Alfonso Reyes recogió toda su obra poética bajo el título *Constancia poética*. Hermoso título. Creo que mi obra poética, desde los poemas de la iniciación hasta los últimos, merecería un título a un tiempo más ingenuo y más ambicioso: Fidelidad. Durante más de sesenta años he sido fiel a la poesía. Y quien dice poesía dice amor. (Paz, 2011b: 270-271)

Fidelidad que se encuentra entramada con la paciencia, con la práctica continua, tenaz, que permitirá ir adquiriendo el dominio de los aspectos técnicos de la creación poética; porque, aunque considero que el poeta, así como el matemático, poseen un talento natural, una predisposición innata para su *oficio*, también es cierto que este talento, estas aptitudes deben irse desarrollando paulatinamente, a través de un aprendizaje bien dirigido, sostenido, riguroso; acudiendo a otro símil, es sabido que, precisamente los pianistas con mayor aptitud son los que más horas practican al día, ya que viven por y para su arte magnífico.

En este sentido, el jovencísimo Octavio Paz no se conformó con *devorar libros* y maravillarse con la lectura de muchísima poesía, sino que buscó *conocer los secretos*, buscó apoderarse del cómo hacer.

Fue tras el máximo secreto del lenguaje (puesto que es en la poesía donde se alcanza la cumbre en el manejo de cualquier idioma); como ya se ha mencionado, leyó con sumo cuidado los poemas que más le impresionaron, los estudió, los analizó, los leyó también en alta voz y, de manera intuitiva en un inicio, se fue apoderando de los secretos de la rítmica, de la métrica y de la rima; pero, ante todo, fue apropiándose del misterio de la metáfora que permite expresar de forma casi milagrosa los matices de las emociones y recrear al mundo; así, logró domar a la bestia magnífica y feroz de la poesía: la imagen.

Para desarrollar su innata y extraordinaria sensibilidad artística e irse apropiando de los secretos de la técnica poética, Paz comenzó imitando, una y otra vez, con paciencia infinita, las obras amadas:

Todos los escritores y autores comienzan imitando; todos, si tienen talento, convierten sus imitaciones en invenciones. Los poetas, sin excluir a los más grandes, recurren sin cesar a la tradición y en sus obras se encuentran siempre pasajes que son tejidos de alusiones a las obras del pasado. Lo sorprendente es que estas alusiones se transforman en algo nuevo y nunca oído. La poesía y la novela están hechas de lugares comunes inmemoriales que el autor transmuta en expresiones inéditas. La comparación entre el amor físico y el combate es tan antigua como la poesía misma pero Góngora la recrea en una línea que nos sorprende como caía del cielo: *a batallas de amor campo de plumas*. La originalidad es hija de la imitación. (Paz, 2011b: 265)

La originalidad es hija de la imitación, nos dice Paz. Efectivamente, y también es hija del amor, de la fascinación y de la paciencia para la práctica continua y sistemática; en

este sentido, podemos imaginar al joven *Albert Einstein* leyendo física y filosofía y resolviendo problemas matemáticos, una y otra vez; y al adolescente *Keith Richards*, fascinado por el blues, practicando una y otra vez en la guitarra los acordes que le permitieron reproducir la música amada y posteriormente innovar en el rock con *Los Rolling Stones*.

Imaginemos a Octavio Paz, niño, muy serio y concentrado tratando de descifrar la métrica y la rítmica de una de las magníficas poesías que leía, tal vez los siguientes versos (Díaz Mirón, 1995: 66-67):

¿Qué te acongoja mientras que sube
del horizonte del mar la nube, negro capuz?

Tendrán por ella frescura el cielo,

Pureza el aire, verdor el suelo, matiz la luz,

No tiembles! Deja que el viento amague

Y el trueno asorde y el rayo estrague

Campo y ciudad; tales rigores no han de ser vanos...

¡Los pueblos hacen con rojas manos

La Libertad!

Adolescente ya, y a escondidas de los adultos, como si practicara un rito secreto y prohibido, Octavio Paz intentó sus primeros, y por supuesto, fallidos poemas, nos dice en *El llamado y el aprendizaje*; sin embargo, a medida que practicaba, y debido a un

ansia de perfección que se fue apoderando de él, sus poemas comenzaron, tímidamente, a despuntar.

Al respecto, Paz recuerda con claridad un libro que le fue de gran ayuda para adquirir los rudimentos de la *técnica del arte poético* (Paz; 2011b: 267):

Por azar, descubrí en un estante un pequeño libro: el tratado de retórica y poética del sevillano *Narciso Campillo*. Lo leí y releí. No comulgaba con la estética neoclásica del autor pero sus lecciones y, sobre todo, sus ejemplos, tomados de los clásicos, me llevaron por el buen camino. Supe lo que eran un endecasílabo y una sinalefa, cómo se componía un soneto, las diferencias entre la rima consonante y la asonante y, en fin, las formas principales de nuestro verso: el romance, la seguidilla, el villancico, los tercetos, la octava real y todas las otras. Desde entonces el interés por la prosodia española no me abandona: la poesía es ante todo una construcción rítmica y ni siquiera el llamado verso libre escapa a la ley del ritmo.

Así mismo, ya desde pequeño Paz frecuentaba buenos diccionarios, costumbre que, por supuesto, mantuvo a lo largo de su vida; y llegó a afirmar que el diccionario del filólogo catalán Joan Corominas fue *su consejero*.

Como puede apreciarse, aunque para un poeta el talento y la sensibilidad innatas son imprescindibles, para un poeta mayor resulta también absolutamente necesario el paso por *lo estrecho*; es decir, la adquisición paciente y rigurosa de una formación *técnica* (en este caso, la adquisición del arte de la versificación y la rítmica). Un símil en otro

arte: Salvador Dalí, antes de convertirse en un pintor capaz de innovaciones y rompimientos geniales, se formó como dibujante eximio.

En relación a la prosa, que Paz también llegó a manejar de manera magistral como ensayista, debido a su bagaje intelectual aunado a la capacidad para el análisis crítico y para la creación de metáforas, nos dijo que escribió algunos cuentos que se han perdido y que fueron meras tentativas, y que como lector apasionado de novelas que fue (cuando menos en su juventud), le hubiera gustado escribir algunas, pero que su temperamento no se avenía a los *rigores creativos* de la novela:

Tal vez mi temperamento no se aviene a esos rigores: la poesía es sintética y pide una concentración opuesta a la de la novela. El novelista desarrolla, describe, narra, analiza y, en suma, distiende el tiempo; el poeta lo comprime y debe decirlo todo en unas cuantas líneas. El tiempo de la poesía es maleable; para escribir las tres líneas de un haikú o las catorce de un soneto hay que esperar, en ocasiones meses y aun años. Pero esas largas esperas se resuelven en un relámpago. Esta es una de las grandes alegrías que nos da la poesía, siempre en perpetuo vaivén entre el instante y lo eterno.” (Paz, 2011b: 268)

Al respecto, es pertinente señalar que *El Laberinto de la soledad* surgió del proyecto fallido de una novela; Paz se dio cuenta de que *en cuanto a acción* no pasaba nada, y que lo interesante era lo que decían los personajes. (Santí, 2008: 41)

Como maestro y psicólogo, y estudiante de una maestría en educación que busca, a la par que el saber teórico, el saber aplicado en sus ámbitos de actuación, una pregunta que surge naturalmente en el transcurrir de esta investigación es: ¿cómo mejorar el

proceso de enseñanza - aprendizaje, cómo hacerlo más eficiente y benéfico para el estudiante a partir de la investigación de los procesos de formación de personajes representativos en los diversos campos del saber, como es el caso de Octavio Paz en el área de la literatura y la crítica?

Así mismo, es pertinente mencionar de forma un poco más amplia a otra figura importante en la vida y la formación del Nobel de Literatura 1990, la tía Amalia Paz nacida *allá por 1865*, y que fue recordada en el poema *Pasado en claro* de 1974: *virgen somnoloca, una tía me enseñó a ver con los ojos cerrados, ver hacia adentro y a través del muro*; cuando joven, fue atractiva; mujer culta que había sido amiga del poeta y cronista Manuel Gutiérrez Nájera; Amalia dominaba el idioma francés y compensaba su soltería eterna con orgullo, cierta excentricidad (era dada a deambular por la casa y a largos soliloquios susurrantes) y una gran afición por la literatura francesa; fue discípula aventajada del ilustre periodista Filomeno Mata (amigo y socio de su padre), quien le dio clases privadas cuando niña; fue secretaria eficiente y colaboradora de valía de don Ireneo; se encargó de la sección cultural del periódico La Patria, donde le gustaba publicar poesía y las traducciones que hacía del francés. Al niño Octavio Paz la tía le fascinaba y aterraba a la vez, pero escuchaba sus (frecuentemente delirantes narraciones) *con embeleso*. (Sheridan, 2004: 36)

Al respecto, nos dice el poeta:

Mi abuelo prefería la historia y su período favorito era el de la Revolución: sus héroes eran *Mirabeau* y, un poco menos, *Danton*, *Camilo Desmoulins* y *Bonaparte*. Detestaba a *Marat* y a *Robespierre*. Mi tía, en cambio, prefería las novelas y gracias a ella leí, primero, a *Alexandre Dumas* y, más tarde, a *Balzac*, *Constant* y otros. Amalia tradujo un libro curioso: *Las memorias*

de D Artagnan, el modelo de Dumas, *Charles de Batz*, capitán de los mosqueteros del rey y después mariscal de campo. Los gustos de ambos, como los de mi padre, aunque él no sentía tanta pasión por la literatura, se extendían a otros países y lenguas. Leían a los ingleses, a los alemanes, a los rusos y, mucho, a los españoles. (Paz, 2001b: 147)

Amalia Paz, además de haber contribuido a inculcarle el gusto por la literatura al sobrino (que se transmutó poco a poco en pasión arrolladora), le otorgó otro valioso regalo: le enseñó francés.

En efecto, el tener nociones firmes de una lengua extranjera en un tiempo temprano de la vida, en este caso el francés, fue un elemento muy importante en la formación de Octavio Paz, ya que le permitió adentrarse desde muy joven a otro universo intelectual y artístico; pudo leer directamente a autores tan significativos para un poeta como *Victor Hugo*, *Baudelaire*, *Rambeau* y *Verlaine*, por citar algunos; además, el francés le fue indispensable a Octavio Paz en su carrera diplomática.

Octavio Paz, aunque niño inteligente y sensible y con gran capacidad de asimilación y escucha, no fue lo que podríamos decir un *niño prodigio*, fue un pequeño más bien aficionado a leer y hojear publicaciones y libros que preferentemente tuvieran dibujos y grabados, y como la generalidad de los niños, jugó intensamente. De la poesía puede decirse que es palabra finamente tallada, canto, conciencia, y, también, juego; entonces, es válido hacer la pregunta: ¿a qué jugaba el niño Octavio?

Paseaba con sus primas y primos por el pueblo de Mixcoac y sus alrededores, y en la época de lluvias chapoteaba, sin zapatos, en el agua lodosa; por supuesto, practicó *el arte de trepar a los árboles y escuchar a los pájaros*. Le encantaba la nieve de limón y

jugó al trompo y a las canicas: *las canicas trazaban sobre el suelo geometrías fantásticas y los trompos dibujaban vertiginosas espirales*. También, participó en *juegos no muy pacíficos*: sabía lanzar piedras con la honda y fue *combatiente* en intensas *batallas* infantiles. Cierta día, en los llanos adyacentes a la Plaza de San Juan, quiso montar a una indómita mula y fue *ignominiosamente derribado y coceado*, sin mayor consecuencia para su integridad física; cada jueves, día de asueto, iba con sus primos al cine y reía con la fina comicidad de *Buster Keaton* y se emocionaba con las aventuras del intrépido *Douglas Fairbanks*. (Paz, 2004a: 31 – 38)

Así mismo, el niño Paz quiso mucho (y fue querido) por una anciana pareja de antiguos servidores de la familia: *Elodio e Ifigenia*, quienes hablaban nahua y profesaban un español cantarín y dulce, salpicado de diminutivos y de aztequismos; Ifigenia fue quien le develó los misterios del baño azteca o temascal y quien le *abrió las puertas del mundo indio*. Parecía Ifigenia un ser que escapó de una narración fantástica:

Arrugada, sentenciosa, vivaz, niña vieja con un saber de siglos, fuente manando siempre maravillas, más que una abuela era una leyenda andante, un personaje de uno de sus cuentos. Era bruja y curandera, me contaba historias, me regalaba amuletos y escapularios, me hacía salmodiar conjuros contra los diablos, los fantasmas, las enfermedades, las malas ideas. (Paz, 2004a: 36)

Por supuesto, fue su padre, el abogado Octavio Paz Solórzano, quien en primer lugar lo inició en el conocimiento de *la otra historia* de México, *enterrada pero viva*, al acercarlo al mundo de los campesinos zapatistas; por ejemplo, el poeta Paz recordaba que estos campesinos solían agasajar al abogado el día de su santo con un plato precolombino succulento, el *pato enlodado* rociado con pulque curado de tuna. (Krauze, 2014: 41)

El niño Paz fue impresionado, así mismo, por el arte de los coheteros, *poetas de los fuegos de artificio*, a los que veía *como a genios dueños del secreto de la transformación del fuego en colores, formas y figuras danzantes*. (Paz, 2004: 34)
Acaso remontándose a esta fascinación infantil, el poeta Paz escribió en *El Laberinto de la soledad*:

Durante esos días el silencioso mexicano silba, grita, canta, arroja petardos, descarga su pistola al aire. Descarga su alma. Y su grito, como los cohetes que tanto nos gustan, sube hasta el cielo, estalla en una explosión verde, roja, azul y blanca y cae vertiginoso dejando una cauda de chispas doradas. (Paz, 2008: 184)

Durante sus correrías infantiles, Octavio Paz contribuyó a realizar un descubrimiento arqueológico de cierta importancia; paseaba con sus primos por las afueras del pueblo cuando tropezaron con un montículo que parecía ser una pirámide pequeña; emocionados, corrieron a dar la noticia a los mayores, que en un principio pensaron se trataba de una invención propia de niños:

Sin embargo, a los pocos días nos visitó el arqueólogo Manuel Gamio, uno de los fundadores de la moderna antropología mexicana y amigo antiguo de nuestra familia. Oyó sin inmutarse nuestro relato y esa misma tarde lo guiamos hacia el sitio de nuestro descubrimiento. Al ver el montículo –después ha sido identificado y reconstruido- nos explicó que probablemente era un santuario consagrado a *Mixcoatl*, la divinidad que dio el nombre a nuestro pueblo antes de la Conquista. *Mixcoatl* es un dios celeste y guerrero; aparece en los códices con el cuerpo

pintado de azul oscuro con puntos blancos (las estrellas) y un antifaz negro: la faz del cielo nocturno. (Paz, 2004a: 37)

En una carta de agosto de 1945 escrita a máquina en Nueva York, dirigida a su amiga Teresa Guillén (hija del poeta español Jorge Guillén, primer Premio Cervantes), Octavio Paz nos anoticia acerca de cómo la lectura suscitaba sus juegos de imaginación infantiles, *alimentados por un jardín selvático y libros extravagantes*:

En la segunda casa había dos higueras y en ellas vivía yo. Allí soñaba, allí recitaba poemas en voz alta, dirigía mis plegarias al sol -cuando era druida, religión que descubrí hojeando los grabados de una historia de Francia o a Alá –porque también fui califa -. En la parte más alta me soñaba dueño del mundo: caballero en la torre de un castillo, Robinson espiando la llegada de los salvajes, Héctor en Troya, Búfalo Bill y *niño héroe*. Las caídas eran espectaculares. La carta se reproduce en la sección fotográfica de Octavio Paz en la deriva de la modernidad (Lafaye, 2013)

Por cierto, el primer poema que publicó Octavio Paz, con escasos 17 años (en junio de 1931 en *El Nacional Dominical, del periódico El Nacional*), se tituló, precisamente, *Juego*. (Stanton: 2014: 9 – 15) He aquí algunos fragmentos:

Saquearé a las estaciones.

Jugaré con los meses y los años

(Días de invierno con caras rojas de veranos).

Venderé en la tienda de las estaciones,

Manzanas maduras de otoño

envuelto en papel de neblina invernal.

En el tapete verde del Espacio,

Apostaré a los días,

Que rodarán como los dados.

Jugaré con los meses y los años.

Stanton nos dice que *Juego* es un tributo a la poesía de vanguardia lúdica y que hace pensar en algunos momentos de poetas tales como *Rafael Alberti*, *Gerardo Diego*, *Jean Cocteau* y *Vicente Huidobro*; la referencia más clara sería la del poeta tabasqueño *Carlos Pellicer*, quien influyó grandemente al joven Paz y que en ese tiempo era además su maestro formal de Literatura en San Ildefonso.

Así mismo, Anthony Stanton encuentra ya valores positivos en este poema debut de un jovencísimo Octavio Paz:

Tal como se esperaría de un producto tan juvenil, el poema está demasiado cerca del modelo (no es más que una imitación), pero no desmerece. El poeta vive a la sombra de sus padres poéticos, pero esta sombra es luminosa. No hay transformación de lo recibido, pero lo más significativo es la rapidez y precocidad del proceso de asimilación.

Desde el principio, Paz es un poeta que sabe reír. El humor es una de sus voces; el juego, una de sus lecciones; la apuesta por la aventura es su signo.” (Stanton, 2014: 15)

Volvamos ahora un puñado de años atrás y preguntémosnos acerca de la primera formación sistematizada e institucionalizada que recibió el poeta; es decir, ¿a qué escuelas acudió Octavio Paz durante la niñez? ¿Cómo eran y cuál fue la forma de enseñanza? ¿Qué recuerdos hay de ellas en Paz?

Existe un muy temprano recuerdo *escolar* en cierta forma traumático y que constituye una de las *raíces* de *El Laberinto de la soledad*; el poeta recuerda que él y doña Josefina siguieron al abogado Paz en el exilio y que permanecieron un corto tiempo en los Estados Unidos de América, concretamente en la ciudad de Los Ángeles, California; el niño Paz tendría unos cinco o seis años, y se decidió de inmediato que asistiese al jardín de niños o *kindergarden* del barrio:

Recuerdo vagamente el primer día de clases: la escuela con la bandera de los Estados Unidos, el salón desnudo, los pupitres, las bancas duras y mi azoro entre la ruidosa curiosidad de mis compañeros y la sonrisa afable de la joven profesora, que procuraba aplacarlos. Era una escuela angloamericana y sólo dos de los alumnos eran de origen mexicano, aunque nacidos en los Ángeles. Aterrorizado por mi incapacidad de comprender lo que se me decía, me refugié en el silencio. (Paz, 2003: 15 – 16)

Previsiblemente, los compañeritos se burlaron del niño mexicano (específicamente a causa de que no sabía decir *cuchara* en inglés), y en un arenoso patio, alguno incluso le dio un empellón; el niño Octavio, hijo y nieto de escritores de *armas tomar* no tardó en responder contundentemente; rodeado de la algarabía de los párvulos, se lío a puñetazos con el agresor:

Nos liamos a golpes hasta que nos separó un bedel. Al salir nos reprendieron. No entendí ni jota del regaño y regresé a mi casa con la camisa desgarrada, tres rasguños y un ojo entrecerrado. No volví a la escuela durante quince días; después, poco a poco, todo se normalizó: ellos olvidaron la palabra cuchara y yo aprendía a decir *spoon*.” (Paz, 2003: 16 – 17)l

El recuerdo del *jardín de niños* de Paz parece demasiado contundente, vívido y detallado, como para que no posea una base de sustentación real; por supuesto, una parte importante, como en todo recuerdo (y más, tomando en cuenta las varias décadas transcurridas), debe ser *recreación*; muy probablemente existe cierto cambio en cuanto a los hechos e incluso en lo relativo al tiempo y al lugar; pero el recuerdo, en su esencia, parece verídico; porque también es cierto que poseemos, dada su significación existencial, nítidos e indelebles recuerdos.

Sin embargo, un autorizado estudioso de la vida y obra de Octavio Paz, nada menos que *Guillermo Sheridan*, duda incluso de que el viaje a los Estados Unidos del niño y doña Josefina se haya efectuado:

No hay una palabra más: nada sobre el viaje, nada sobre su casa, ni sobre el barrio. E igual de intrigante: nada sobre el mar, al que habría visto por primera vez...Paz se convertiría así quizá en el primer poeta oriundo del interior que no se refiere jamás a su primera visión del mar.

¿Un falso recuerdo? Sabemos que construimos nuestros recuerdos y que esa construcción amalgama materiales muy

diversos que, si bien pueden no excluir un acontecimiento real, incluyen temores, fantasías y, desde luego, deseos. El deseo de ver a un padre que desaparece cuando su hijo está aún en la cuna, y del que existen referencias continuas, en cartas, imágenes y conversaciones; la necesidad de otorgarle corporeidad a un fantasma vivo (...) No encuentro nada que me haga pensar lo contrario. Creo que todo apunta hacia una verdad distinta: durante su ausencia, el niño estuvo en un jardín de Mixcoac, a la sombra de su higuera, donde sus sueños viven y nacen sus deseos. (Sheridan, 2004: 50-51)

Christopher Domínguez Michael, crítico literario e historiador de las ideas, quien fue cercano a Octavio Paz, y uno de los colaboradores más jóvenes del poeta en la revista *Vuelta*, afirma que hay que tomar en cuenta la afirmación de Sheridan, ya que no se trata de un asunto precisamente menor en la génesis de la obra *paziana*:

La fabricación del recuerdo o la llana mentira adquiere alguna importancia porque involucra, en *Entrada retrospectiva*, un tópico central en la obra *paziana*, que remite a las páginas iniciales de *El Laberinto de la soledad* (1950): el asunto de la otredad que se manifiesta, en aquel ensayo del medio siglo, en el pachuco, un tipo excéntrico de mexicano habitante de los Estados Unidos en los años cuarenta, fecha efectiva de la primera visita adulta de Paz a California.

Concluye Domínguez Michael:

No creo, pese a la plausibilidad de las dudas de Sheridan, que Paz, aunque todo pasado sea ruina por la que caminamos confundidos, se haya arriesgado, lúcido y puntilloso como era, a elucubrar una fantasía tan espesa. En cuanto al inglés de Paz, funcional pero defectuoso, él nunca dijo que hubiese sido bilingüe gracias a ese viaje infantil y afirmó que lo mejoró hasta 1943 dado el imperativo de la poesía de los Estados Unidos, su nuevo amor. Quizá el viaje del niño Octavio a Los Ángeles, como el de *José Juan Tablada* al Japón, el poeta modernista y moderno a quien Paz tanto admiraba, quede como uno más de nuestros misterios poéticos. (Domínguez, 2014: 32 – 33)

Quien esto escribe les preguntó (de viva voz), acerca del viaje del niño Paz y del recuerdo del parvulario a tres estudiosos de la biografía y la obra *pazianas: Armando González Torres, Xavier Rodríguez Ledesma y Fernando Vizcaíno*; la respuesta fue que no existía evidencia aceptable en contra, y que lo referido por Paz podía muy bien darse por bueno para todos los efectos. (*Grabación de la conferencia Escribir la biografía de Octavio Paz: tres experiencias. Casa Universitaria del Libro, Ciudad de México, 26 de junio de 2014*).

Octavio Paz estudió la enseñanza primaria de 1921 a 1926; por aquellos años ya había pasado la etapa más violenta de la Revolución (aunque todavía faltaban algunos ramalazos); los gobiernos de los generales Álvaro Obregón (1920 – 1924) y Plutarco Elías Calles (1924 – 1928), comenzaban el proceso de *institucionalización*; Octavio Paz cursó primero los estudios básicos en El Colegio Francés de *El Zacatito* de los padres lasallistas y los últimos dos años en el *Colegio Inglés de los hermanos Williams*, cerca de su casa de Mixcoac. (Domínguez, 2014: 596) Ambos centros escolares

prestigiosos, de carácter *particular* (aunque por ese entonces la escuela pública o *de gobierno*, en general, también tenía calidad y prestigio); instituciones por las que transitó el poeta (por lo que se puede inferir), donde se impartía educación de auténtica calidad, esto es: con maestros bien preparados y genuina vocación docente, respetados y que sabían imponer orden con *guante de seda y mano firme*; educación a la manera *clásica* o si se prefiere la expresión *a la buena y vieja escuela*, como veremos.

Nos dice Octavio Paz, recordando sus años escolares:

Es notable que en un perímetro relativamente pequeño, limitado por lo que hoy son las avenidas Revolución e Insurgentes, la Calzada de San Antonio y la Plaza de Mixcoac, hubiese seis escuelas, tres de varones y tres de niñas, dos del gobierno, dos privadas católicas y dos privadas laicas. (Paz, 2004a: 29 – 30)

Comenzó los estudios primarios en *El Zacatito*, vieja hacienda transformada en escuela por los religiosos católicos de la orden de *La Salle*; el colegio era muy amplio y bien adaptado a las necesidades escolares: grandes salones, patio extenso, campos de futbol soccer (donde, por supuesto, el niño Paz jugó este deporte y tuvo algunas peleas); existía una huerta enorme donde los hermanos cultivaban, *con arte y eficiencia*, gran cantidad de legumbres; y, no podía faltar: la capilla (con un coro notable); en la propia escuela residían los religiosos.

En lo relativo a la calidad de la educación impartida en *El Zacatito*, Paz nos dice que no se descuidaba la enseñanza de las ciencias y la impartición de conocimientos prácticos, a la par que se ponía gran énfasis en la enseñanza del lenguaje y la gramática: *el lenguaje claro, decían, ayuda a pensar. Más exactamente: nos obliga a*

pensar. En este colegio, a un tiempo conservador y moderno decidido a enseñarnos a navegar en las agitadas aguas del naciente siglo XX, Octavio Paz aprendió muy bien (afirma), los rudimentos de la gramática, la aritmética, la geografía, e incluso historia sagrada: debo decirlo: la historia sagrada era (es) prodigiosa, incluso en las versiones endulzadas del hermano Charles y del hermano Antoine. Con respecto a la Historia de México, no es de extrañar que Paz afirme que no se la enseñaron tan bien, puesto que, aunque niño, era ya conocedor en la materia, merced a sus lecturas en la gran biblioteca familiar y a que tuvo un maestro de primera línea (protagonista importante él mismo del devenir mexicano): el abuelo Ireneo. (Paz, 2004a: 40 – 41)

Las enormes fincas de ladrillo rojo que habían pertenecido a la familia porfiriana *Limantour*, fueron convertidas, cuando Paz era niño, en el colegio *Barton* para señoritas y en el *Williams*, para varones; Octavio Paz estudió los dos últimos años de la primaria en este colegio *inglés*; el edificio era hermoso y muy amplio, aunque no del todo bien adaptado a las necesidades de una escuela (el salón de clases del niño Paz estaba en lo que habían sido las caballerizas); el colegio contaba con un parque enorme con muchos árboles y una fuente, había canchas de fútbol soccer y de beisbol, regaderas, espacio para aprender boxeo (deporte que Paz practicó), comedor para alumnos y para profesores, sala de visitas, salón de actos, sala de debates; y, por supuesto, oficinas: *las oficinas del director eran sobrias sin austeridad. Estaban hechas para recibir sin perder las distancias. Cortesía y reserva. La secretaria era su hermana, una joven inglesa espigada, de pelo castaño claro y facciones regulares. Era atractiva y marmórea. Yo la veía con asombro y turbación; era el otro sexo y, sobre todo, era el más allá, la otra raza. (Paz, 2004a: 31)*

En la actualidad, en una de las paredes de la biblioteca del *Colegio Williams*, hay una carta de Octavio Paz, con firma autógrafa, una carta a los alumnos de este Colegio

que tiene fecha 20 de septiembre de 1995; dicho documento se encuentra enmarcado y tras un cristal, junto a los retratos de Sor Juana Inés de la Cruz y del general Emiliano Zapata, figuras históricas que, como sabemos, tuvieron significativa relevancia en la vida del poeta.

En la *Carta a los alumnos del Colegio Williams*, Octavio Paz, ya con ochenta años a cuestas, hace referencia a su *viejo y amado Colegio*, y recuerda con emoción a sus maestros, al profesor de la Mora, al profesor Saucedo, al de inglés, el señor Vega y al más popular de todos, Charley Williams, *nuestro iniciador no sólo en el saber de los libros sino en el de los deportes*. Así mismo, recuerda a *Johnny Williams*, persona que dominaba el difícil arte de hacerse querer, director del Colegio donde se adiestraban a la par mente y cuerpo de los pupilos, y se aprendía algo incluso más valioso: *a cultivar el alma y fortificar el carácter*.

En relación a lo anterior, es dado afirmar que uno de los mejores indicadores para determinar la *calidad de la educación*, debía ser el *nivel de disfrute y alegría* que sea capaz de producir la escuela en el niño, en el joven, durante el proceso de enseñanza – aprendizaje; si después de décadas (incluso) los egresados son capaces de recordar con afecto a su escuela, a sus maestros, a sus compañeros, al ambiente escolar en suma, y son capaces de afirmar que aprendieron con gusto y con gozo, y que las enseñanzas les fueron provechosas, estamos, sin duda, en presencia del auténtico éxito educativo.

Al parecer, *el eficientismo* en materia educativa que actualmente padece nuestro país, donde alumnos y maestros son tratados por la burocracia como meros objetos susceptibles de medición, *sería una versión modernizada de la terrible práctica la letra con sangre entra*; ya que pareciera que no poseen importancia alguna para los *planificadores* ni el aprendizaje gozoso del alumno, ni la satisfacción del maestro al

impartir su cátedra; si el sistema educativo nacional prevalece y no se derrumba del todo, es porque, afortunadamente, alumnos y maestro en cuanto que grupo, realizan, siempre, la *apropiación curricular*.

¿Y las directrices educativas de esta escuela donde estudió Octavio Paz? Un grupo de profesores mexicanos e ingleses impartían a los niños una educación que esencialmente debía ser *útil para la vida*, práctica pero rigurosa, se cultivaban a la par cuerpo y espíritu, era *una educación destinada a producir inteligentes y activos animales de presa. Se exaltaban las virtudes viriles: la tenacidad, el valor, la lealtad y la agresividad*. En lo referente a las materias impartidas, se privilegiaban abundantes lecciones de aritmética, geometría y geografía, pero sin descuidar el lenguaje: *nos enseñaban a usarlo como un utensilio o un arma, una prolongación de la mano*. (Paz, 2004a: 30) Cosa que efectivamente hizo Octavio Paz cuando se convirtió en ensayista y entabló legendarias polémicas: utilizó al lenguaje como arma muy efectiva, a la vez preciosa y contundente.

En el colegio los alumnos gozaban de gran libertad, aunque paradójicamente, existía una especie de calabozo para los alumnos infractores que reincidían; por supuesto, había castigos corporales disciplinarios, como en *El Zacatito*, aunque no excesivos; en fin, práctica corriente en la época para hacer imperar el orden y estimular enérgicamente a los alumnos perezosos hacia el aprendizaje.

Como ya se ha mencionado, *El Zacatito* de los religiosos de la orden de *La Salle* era un colegio donde se practicaba obligatoriamente el catolicismo, mientras que en el Williams, por ser sus propietarios de religión protestante, privaba un clima de tolerancia, donde las creencias estaban reservadas a la esfera privada, y convivían civilizadamente maestros de ambas religiones.

En la capilla de *El Zacatito*, nos dice Octavio Paz:

Me aburría durante las misas interminables. Para escapar del suplicio de ese ocio obligado y de la dureza de las bancas, me di a urdir fantasías y quimeras licenciosas. (Paz 2004a: 41)

La cita reviste importancia, ya que hace referencia a un aspecto nodal en la formación de una persona: la fe religiosa o adscripción a una religión determinada, o la no adscripción a ninguna, e inclusive el abierto rechazo o combate a la creencia organizada. En la entrevista dada por Octavio Paz en 1977 a Soler Serrano para el programa televisivo español *A Fondo*, el poeta afirma que muy pocos años de su vida fue creyente, y que cuando niño, le angustiaba que el abuelo Ireneo, a quien tanto quería, pudiera ir al infierno por no ser religioso (e incluso jacobino); este escepticismo en materia de religión, favoreció, por un lado, que un Octavio Paz todavía adolescente se adscribiese con fervor a la doctrina revolucionaria del marxismo (paradojalmente una especie de credo); y por otra parte, esta condición, escéptica, puede decirse, le permitió a un Paz de edad madura apreciar sin prejuicios la riqueza y profundidad de varias religiones (como la guadalupana y las de oriente, por ejemplo).

En relación a los libros que utilizaban los alumnos, Paz afirma que eran excelentes, aunque expurgados de ideas *pecaminosas* En *El Zacatito* (escuela religiosa al fin), lo cual contrasta drásticamente con la opinión que le merecieron ciertos aspectos de los libros de texto gratuito de los años setenta:

¿Y el contenido de los libros? Si se les compara con los del pasado inmediato, los actuales resultan muchísimo mejores; en cambio, me parece que los textos en que estudió mi generación eran superiores. Los de hoy simplifican en demasía y revelan

horror por la teoría y sus rigores. Son libros fáciles para alumnos perezosos, libros que desestiman la inteligencia de los niños y su capacidad de trabajo. La idea detrás de esta pedagogía complaciente es que *jugando se aprende*. Tal vez sea cierto, pero en los juegos de estos libros se aprende poco y por eso, al cabo de un rato, resultan juegos aburridos. ¿O la superficialidad y facilidad es la consecuencia de la falta de preparación de los maestros? (Paz, 2001c: 350)

El artículo Los libros de texto en su contexto, fue publicado originalmente en la revista *Plural*, de marzo de 1975. La nueva edición de los libros de texto para la enseñanza primaria en 1992 originó que se incluyera en la revista *Vuelta*, de octubre de 1992.

Como puede apreciarse, Octavio Paz tuvo una buena opinión de las escuelas a las que asistió y de la enseñanza primaria que recibió; en efecto, fue una educación concienzuda (*clásica* podría decirse), donde directivos y maestros (capaces y con vocación), buscaban perfeccionar de manera juiciosa y equilibrada las facultades intelectuales, artísticas, físicas (e incluso lúdicas) de los niños.

Así mismo, los planteles eran enormes, bien acondicionados en lo que cabe, e incluso con belleza arquitectónica; con comedores, extensos jardines, patios y canchas deportivas; podría decirse que había *sobreabundancia* de elementos materiales.

Es conveniente destacar el siguiente párrafo de Octavio Paz, ya que en él, además de mostrar apreciación psicológica (y el mal concepto que le merecen las *historietas* banales, la televisión degradada y cierto tipo de cine), hace referencia, de manera indirecta, a uno de los primerísimos elementos componentes de su formación:

A los niños les gusta que les cuenten, en verso o en prosa, sucesos heroicos o mágicos, humorísticos o fantásticos (...) El apetito por lo sublime y fuera de lo común, la fascinación por la gesta heroica y el gusto por lo cómico son tendencias que aparecen muy pronto en los niños. En otras sociedades las vidas de los santos y los mártires o las de los héroes satisfacen estas necesidades psicológicas; *las historietas*, la televisión y el cine cumplen entre nosotros esta función, sólo que en sentido inverso, no para sublimar los instintos sino para degradarlos: no heroísmo sino la violencia, no la fraternidad sino la complicidad. (Paz, 2001c: 351)

En efecto, para bien aprender cualquier oficio, arte o ciencia, hay que tener, en primer lugar, la voluntad y la capacidad de escuchar (en sentido amplio); escuchar con interés, atención e incluso fascinación, para asimilar los *fundamentos* transmitidos por el maestro; así, la lectura silenciosa, atenta, puede considerarse una especie de *escucha*; por eso, suele decirse *los libros son los maestros de los maestros*; los antiguos griegos decían: *el mejor de los hombres es el que sabe las cosas por sí mismo; valioso, prudente, es aquel que escucha a quienes saben; pero el inservible e inútil es aquel necio incapaz de escuchar.*

Después, y en la medida de las posibilidades de cada uno, empieza el diálogo (en sentido amplio); y si ya están dominados plenamente los fundamentos, comenzarán el cuestionamiento y la discusión con *los maestros*; si existe talento o mucho empeño y la *cuestión* está madura para la transformación, surgirá la obra propia: grande o modesta, pero siempre original.

Octavio Paz desde muy pequeño supo escuchar a quienes fueron *prodigiosos surtidores de narraciones y cuentos*: al abuelo Ireneo, a la tía Amalia, a Ifigenia; le gustaba que *le contaran*; así, su intelecto, sensibilidad, curiosidad y su *apetito* por lo sublime fueron poderosamente estimulados; en términos psicológicos puede decirse

que la *pulsión epistémica* fue grandemente potenciada desde la temprana infancia; con el correr de los años, el adolescente, el joven y el hombre maduro tuvieron la capacidad de escuchar, dialogar y discutir con ingente cantidad de obras artísticas, literarias, filosóficas y con personajes de variados ámbitos de la cultura.

Escribe Christopher Domínguez:

Así como Cuesta le había contado el argumento de *El clasicismo mexicano* a mitad de los años treinta, otro de sus maestros (en este caso, casi un contemporáneo suyo, nacido apenas en 1913), Camus, le contaba el argumento de *El hombre rebelde* (1951). En el español de México, a diferencia de narrar, más reciente, de relatar, más judicial, o explicar, didáctico, el contar tiene un cariz risueño, infantil: a Paz le contaban argumentos filosófico – literarios como si fuesen cuentos de Las mil y una noches, las Historias de Herodoto o las aventuras de su abuelo Ireneo en la guerra contra los franceses. Esa disposición, quizá, lo volvió un gran ensayista: contaba ideas. (Domínguez, 2014: 150)

Acerca de Alfonso Reyes escribió Paz en 1950: *se dice que Alfonso Reyes es uno de los mejores prosistas de la lengua; hay que añadir que esa prosa no sería lo que es si no fuera la prosa de un poeta.* (Paz, 1979: 161)

Por supuesto, lo mismo puede afirmarse sin duda acerca de Octavio Paz: su prosa está en la cumbre del idioma, y es, ante todo, la prosa artística de un poeta. Pero existen importantes *añadidos*, los ensayos *pazianos* son los de un intelectual con vocación universalista y con erudición en varios campos de la cultura; adicionalmente, Octavio Paz, como afirma Christopher Domínguez, *sabe contar* (en el mejor sentido

del término), y en múltiples ocasiones logra, incluso, una *amenidad artística*, que es a la vez profunda y risueña; por ejemplo, la parte final del capítulo segundo de El Laberinto de la soledad, donde habla del *ninguneo*. Ninguno, hijo mestizo del padre español Don Nadie; así, Paz posee la capacidad de *contarnos* ideas, situaciones e incluso caracterizaciones de la gran cantidad de intelectuales y artistas que conoció; ejemplo, el delicioso fragmento donde Paz caracterizó a tres escritores del grupo conocido como *Los Contemporáneos*, que tanto influyó en él:

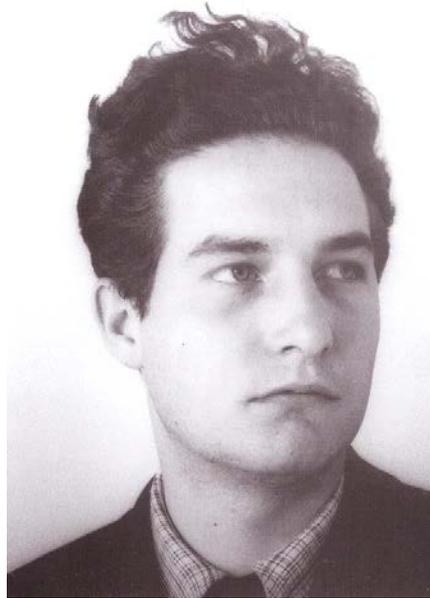
Alto, un poco caídos los hombros, ya ligeramente obeso, *Novo* reinaba sobre sus dos amigos y subordinados con una indefinible mezcla de cortesía e insolencia. Vestía trajes amplios y de telas claras, a la moda de entonces, más como un alto empleado de una compañía norteamericana que como un *dandy* mexicano. En aquel México lleno todavía de supervivencias del siglo XIX, *Novo* afirmaba casi como un desafío su voluntad de ser moderno. Nos azoraban sus corbatas, sus juicios irreverentes, sus zapatos bayos y chatos, su pelo untado de *stacomb*, sus cejas depiladas, sus anglicismos. Su programa era asombrar o irritar. Lo conseguía.

Villaurrutia y Hernández eran delgados, frágiles y bajos de estatura. Ahí terminaba su parecido. *Efrén Hernández* asomaba entre los papeles y libros de su enorme escritorio una sonriente cara de roedor asustado. Detrás de los espejuelos acechaban unos ojos vivos, irónicos. Vestía como un escribiente de notaría. Tenía una vocecita cascada y que de pronto se volvía aguda y metálica, como el chirrido de un tren de juguete al dar la vuelta

en una curva. Era el personaje de sus cuentos: inteligente, tímido, reticente, perdido en circunloquios que desembocaban en paradojas, falsamente modesto, extravagante y, más que distraído, abstraído, girando en torno a una evidencia escondida pero cuya aparición era inminente. Novo era brillante adrede; Hernández, también adrede, opaco. *Villaurrutia* no pretendía ser humilde ni inclinaba la cabeza: la erguía y la movía de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, entre curioso y desdeñoso. Un pájaro que reconoce sus terrenos y define sus límites. Como Novo, era elegante pero, a diferencia de su amigo, buscaba la discreción. Vestía trajes grises y azules de tonos oscuros. Al caminar, con la mirada en alto, taconeaba con fuerza. Usaba unas camisas blancas, inmaculadas y que – demasiado amplias – acentuaban la delgadez de su cuello. Piel mate, labios delgados, nariz de ventanas anchas, una fisonomía que habría sido más bien común de no ser por la humedad de sus ojos – grandes y pardos bajo las cejas estrictas – y la amplitud noble de la frente. El pelo era negro y levemente ondulado.

Desde la primera vez que hablé con él me di cuenta de que sabía oír. Además, sabía responder. Dos virtudes raras, sobre todo entre escritores. Hablaba sin precipitación. A veces esta cualidad se transformaba en defecto: se le veía oírse. También desde el principio me sorprendió su hermosa voz, grave y fluyendo como un río oscuro. Sus ademanes eran sobrios y exactos. Dos notas constantes, espuela y freno: la ironía, a veces cruel, y la cortesía.

Años después descubrí que sus buenas maneras ocultaban un temperamento irritable y que los epigramas que disparaba defendían a un ser inseguro y angustiado, víctima de abulias y depresiones.” (Paz, 2003: 9 – 11)



Octavio Paz, primera juventud.

IV ADOLESCENCIA. COLEGIO DE SAN ILDEFONSO. FORMACIÓN POLÍTICA.

Con casi trece años, Octavio Paz ingresa en 1927 a la *escuela secundaria pública número 3*, ubicada en la calle de Marsella, Colonia Juárez de la Ciudad de México; La escuela, (Paz, 2010a: 526) era una vieja casona *que parecía salida de una novela de Henry James*; el inmueble había sido comprado por el gobierno y, sin adaptarlo muy bien, lo convirtió en secundaria; Paz recuerda que los salones eran pequeños y las escaleras estrechas; así mismo, en lo que fue la cochera habían puesto tableros para jugar basquetbol (juego al que Octavio Paz fue muy aficionado durante la infancia y la adolescencia).

En la secundaria, Paz y sus compañeros también jugaron frenéticamente al frontón de mano, y tuvo un maestro que le impresionó vivamente:

Un viejo apasionado de la ciencia que sacaba a los muchachos al campo, creaba patrullas exploradoras con los nombres de los sabios griegos y escribía odas estrepitosas a la hipotenusa o quebradizos sonetos al número pi. (Sheridan, 2004: 90)

Además de la enseñanza sistematizada que recibió en la secundaria, el poeta obtuvo a través de un condiscípulo un elemento constitutivo para su formación política que lo acompañaría el resto de su vida: el conocimiento de la doctrina anarquista o libertaria a través de la lectura de los autores *clásicos*. El condiscípulo y amigo se llamaba *José Bosch Fonserrat*.

En la clase de Álgebra mi compañero de pupitre era un muchacho tres años mayor que yo, de pantalón largo de campana y un saco azul que le quedaba chico. No muy alto, frágil pero huesudo, las manos grandes y rojas, tenso siempre como a

punto de saltar, el pelo rubio y lacio, pálido y ya con unos cuantos pelos en la barba, los ojos vivos y biliosos, la nariz grande, los labios delgados y despectivos, la mandíbula potente, la frente amplia. Era levemente prognato y él acentuaba ese defecto al hablar con la cabeza echada hacia atrás en perenne gesto de desafío. Tenía unos 17 años. Su edad, su aplomo y su acento catalán provocaban entre nosotros una reacción ligeramente defensiva, mezcla de asombro y de irritación. (Paz, 2010a: 526)

Bosch, hijo de un antiguo militante de *Federación Anarquista Ibérica*, le dio a leer a su condiscípulo libros y folletos del *Príncipe Anarquista: Piotr Kropotkin* (entre ellos muy probablemente el célebre libro *La conquista del pan*), así como escritos de *Eliseo Reclus*, *Ferrer Guardia*, y de *Pierre Joseph Proudhon*; mientras que Paz le prestaba libros de poesía y novelas. José Bosch y Octavio Paz se hicieron grandes amigos, auténticos camaradas que empezaban a compartir el fervor revolucionario.

Este incipiente fervor revolucionario llevó a Octavio Paz a protagonizar su primera batalla política; en 1929 participó en la gran huelga estudiantil que paralizó a casi todas las escuelas de la capital, movimiento antecedente del otorgamiento de la autonomía a la Universidad Nacional; junto con Bosch (por supuesto), intentó convencer a sus compañeros para que se declararan en paro; se armó gran alboroto, llegó la fuerza pública y se cerró la escuela por dos días. Un Octavio Paz quinceañero, junto con Bosch, fue a dar a una celda de la Inspección de Policía; a los dos días fueron liberados (previa reprimenda de un funcionario de la Secretaría de Educación Pública), afortunadamente sin mayor consecuencia para su integridad física y emocional:

Junto a un estudiante anarquista, el catalán José Bosch, lleva a cabo protestas académicas, asiste a manifestaciones

antiimperialistas y sufre alguna detención, de la que los salva el abogado Paz Solórzano.” (Krauze, 2014: 45)

En 1929 era presidente interino *Emilio Portes Gil* (bajo cuyo mandato se concedió la autonomía universitaria); se fundó en ese año el Partido Nacional Revolucionario (PNR), antecedente del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y se convocó a nuevas elecciones presidenciales para cubrir el período 1928 – 1934, que dejó vacante la muerte del *general Álvaro Obregón*; el candidato oficial fue el *títere político* del *general Plutarco Elías Calles: Pascual Ortiz Rubio*.

Así mismo, el filósofo y ex Secretario de Educación, *José Vasconcelos*, apoyado por extensos sectores de la juventud, decidió contender por la presidencia, y lo hizo a través de una intensa y vibrante campaña electoral; los vasconcelistas fueron duramente reprimidos por la fuerza pública; el naciente partido oficial, fraude electoral mediante, se alzó con el triunfo. (Krauze, 2014: 44) Octavio Paz, aunque fue a algunas marchas, no participó en la campaña y no fue propiamente hablando vasconcelista, como varios de sus camaradas de mayor edad; al referirse a ese tiempo, dijo el poeta en una conversación con Julio Scherer (Paz, 1979: 324):

Yo participé en la gran huelga estudiantil de 1929 pero no en el movimiento vasconcelista. Muchos amigos y compañeros, casi todos mayores que yo, sí fueron vasconcelistas militantes. Algunos de ellos, después de la derrota, se orientaron hacia el marxismo y comenzaron a trabajar en organizaciones y partidos radicales. Otros derivaron hacia posiciones de signo contrario: las juventudes católicas, Acción Nacional, el sinarquismo. Otros más escogieron el camino de la colaboración con el gobierno. Justificaron esta táctica en nombre del realismo y la eficacia.

Seguían así el ejemplo de la generación anterior: *Gómez Morín, Lombardo Toledano, Bassols, Alfonso Caso, Cosío Villegas...*”

Octavio Paz antes de adherirse con pasión a la doctrina marxista (como se verá más adelante), poseía ya importantes elementos (si se quiere *intuiciones* por desarrollar) en cuanto a la formación política que adquirió durante la infancia y la adolescencia, componentes que acaso jugaron un papel relevante para que esta adhesión al marxismo no se convirtiese en una pasión maligna, destructora; en efecto, Paz no fue nunca un fanático revolucionario comunista, capaz de justificar atrocidades en aras de abstracciones doctrinarias totalitarias; Octavio Paz se enamoró de la libertad, que conoció a través de la poesía, el liberalismo clásico del abuelo, el agrarismo del padre y el anarquismo del amigo Bosch, nunca otorgó sumisión abyecta a doctrina o persona alguna; y pudo, hacia su madurez, desprenderse del dogma marxista y convertirse en lúcido crítico de la modernidad en sus dos versiones: el socialismo dictatorial y el capitalismo depredador.

¿Qué aspectos de la formación ética y política de Octavio Paz contribuyó a cimentar el amigo Bosch? Paz nos da la clave en el siguiente párrafo:

Bosch se convirtió en el centro de nuestro grupo. No fue nuestro jefe ni tampoco nuestro guía: fue nuestra conciencia. Nos enseñó a desconfiar de la autoridad y del poder; nos hizo ver que la libertad es el eje de la justicia. Su influencia fue perdurable: ahí comenzó la repugnancia que todavía siento por los jefes, las burocracias y las ideologías autoritarias. Desde entonces ni el Uno mismo de *Plotino* escapa a mi animadversión: siempre estoy con el otro y los otros. (Paz, 2010a: 527)

Muy probablemente, el adolescente Paz pudo ser bastante receptivo a las ideas anarquistas debido a que, de niño, ya las había escuchado de su padre y del amigo de éste, *Antonio Díaz Soto y Gama*, cuando le hablaban de los entonces ya legendarios *Hermanos Flores Magón* (Jesús, Ricardo y Enrique); al respecto, Octavio Paz reconoció (en *El Laberinto de la soledad*) a *Ricardo Flores Magón* como uno de los hombres más puros del movimiento obrero mexicano, y dijo en su *Canción Mexicana*:

Mi abuelo, al tomar el café,

Me hablaba de Juárez y de Porfirio,

Los zuavos y los plateados.

Y el mantel olía a pólvora.

Mi padre, al tomar la copa,

Me hablaba de Zapata y de Villa,

Soto y Gama y los Flores Magón.

Y el mantel olía a pólvora.

Yo me quedo callado:

¿de quién podría hablar? (Paz, 2010b: 373)

Por cierto, esa repugnancia por *los jefes* que sentía Paz, remite a un artículo de Ricardo Flores Magón, titulado, precisamente, *Sin Jefes* (fragmento):

Querer jefes y querer al mismo tiempo ser libres, es querer un imposible. Hay que escoger de una vez una de las dos cosas: o ser libres, enteramente libres, negando toda autoridad, o ser

esclavos perpetuando el mando del hombre sobre el hombre.”
(Flores Magón, 1993: 55),

En efecto, Octavio Paz tuvo acceso a autores del período de *Las Luces* y de la doctrina liberal en la biblioteca del abuelo; así mismo, el general inculcó en el nieto concepciones *ilustradas* y pensamiento liberal, *al contarle*, en largas pláticas, sus ideas y sus episodios militares y políticos.

Los autores ilustrados del siglo XVIII acaso sembraron la semilla crítica y moralista que Paz desplegó con el correr de los años; en efecto, estos componentes se encuentran en el entramado de *El Siglo de las Luces*:

Moralizar fue la consigna de todo el siglo. En conjunto, el siglo XVIII quiere romper con una doble tradición: la tradición estoica, que enseñaba a endurecerse contra las pasiones, y la tradición cristiana (radical) que hacía hincapié en la miseria del hombre. Los filósofos franceses rehabilitarán la naturaleza humana con el fin de convencer al hombre de que puede crearse las condiciones de su felicidad. Todo un proceso aparece para comenzar una nueva evaluación de las pasiones y del placer, como un nuevo examen de la virtud. Naturaleza, felicidad y virtud, son retrotraídos en el debate del hombre. (Atrián Pineda, 1998: 40)

Con respecto al liberalismo (descendiente filosófico-político del pensamiento del Siglo de Las Luces, al igual que *el socialismo supuestamente científico o marxismo*), puede afirmarse que posee dos componentes: la doctrina política y la doctrina económica. (Montenegro, 1984: 30 – 60)

El liberalismo político es la doctrina y concepción filosófica que reivindica la igualdad jurídica de todos los ciudadanos, y el respeto universal a las libertades (lo que actualmente conocemos como derechos humanos); puede afirmarse que la divisa de la Revolución Francesa de 1789 (*Libertad, Igualdad y Fraternidad*) sintetiza la aspiración del liberalismo en el plano político; al respecto, nos dice Héctor Ceballos:

En efecto, únicamente del liberalismo, como teoría política y concepción filosófica moderna a través de la cual se reivindica el respeto universal a las libertades, puede decirse con plena certeza que significa una definitiva etapa de superioridad civilizatoria frente a las sociedades pretéritas.” (Ceballos, 1990: 55)

Así, la propia palabra *liberalismo* nos remite al énfasis que esta doctrina política pone en el logro y resguardo de la libertad del ser humano en sentido amplio; una forma de encontrar el matiz político del liberalismo existe en la afirmación: *para el liberal, el gobierno es un mal necesario; para el anarquista, no hay gobierno bueno*; es decir, el anarquismo sería, a fin de cuentas, un liberalismo extremado, llevado a sus últimas consecuencias, y su divisa: *sin Iglesia, sin amo, sin Estado*; en el plano educativo la idea anarquista fundamental diría: *el niño no le pertenece a nadie, ni a los padres, ni a la religión, ni al Estado; se pertenece a sí mismo llegado a la edad de la razón*.

El liberalismo político se identifica, así mismo, con el gobierno democrático y la soberanía popular (*gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo*). Es pertinente recordar que el presidente *Juárez y sus patriotas* (como dice la canción popular *La Paloma*), fueron liberales; y, *en un primera etapa, Ricardo Flores Magón fue liberal nacionalista* (de ahí el nombre del Partido Liberal Mexicano); además, este

revolucionario, incluso cuando se convirtió al anarquismo, nunca dejó de admirar a Benito Juárez.

En la *Constitución Mexicana de 1857* (bien llamada liberal), se refleja con claridad este pensamiento, ya desde el artículo primero:

El pueblo mexicano reconoce que los derechos del hombre son la base y el objeto de las instituciones sociales. En consecuencia declara, que todas las leyes y todas las autoridades del país, deben respetar y sostener las garantías que otorga la presente Constitución. Citado en: (Morales Jiménez, 1957: 95)

Compárese con el artículo primero de la *Constitución de 1917*:

En los Estados Unidos Mexicanos todo individuo gozará de las garantías que otorga esta Constitución, las cuales no podrán restringirse ni suspenderse, sino en los casos y con las condiciones que ella misma establece. Citado por: (H. Cámara de Diputados, 57 Legislatura, 2014:42)

Como puede apreciarse, para el liberalismo político los derechos del hombre (derechos *naturales, inalienables e imprescriptibles*), son el fundamento y razón de ser de la sociedad, y con mayor razón, de toda organización política; en cambio, para el nacionalismo revolucionario, autoritario y paternalista ya desde el principio, los derechos o garantías le son otorgados a *los individuos* no por su condición de seres humanos como tales, sino por la Constitución (como acto del Constituyente, el cual pretende representar la voluntad popular que convierte en ley suprema a la Revolución).

Al respecto, los legisladores han convertido (en su afán de *globalización*), al artículo primero constitucional en un extenso galimatías (lo han ampliado a más de treinta renglones); aparentemente, se pone énfasis en la protección de los derechos humanos, lo cual no logra disfrazar el autoritarismo ni la subordinación de la *Ley Suprema de México* a las leyes extranjeras:

En Los Estados Unidos Mexicanos todas las personas gozarán de los derechos humanos reconocidos en esta Constitución y en los tratados internacionales de los que el Estado Mexicano sea parte, así como de las garantías para su protección, cuyo ejercicio no podrá restringirse ni suspenderse, salvo en los casos y bajo las condiciones que la Constitución establece.
(Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, 2014)

Nótese que, a fin de cuentas, el gobierno (a conveniencia) se sigue arrogando la facultad de restringir o suspender los derechos humanos; adicionalmente, ¿entonces son los tratados internacionales los que nos otorgan a los mexicanos los derechos humanos?

¿Acaso no hubiera sido mejor recuperar el artículo primero de la Constitución de 1857, o partir de él para una redacción poderosa en términos doctrinales y con estilo elegante?

Claro, a fin de cuentas lo verdaderamente importante es que las disposiciones constitucionales se acaten, se respeten y cumplan tanto por el gobierno como por la ciudadanía; que tales normas orienten, efectivamente, el funcionamiento de las instituciones estatales para lograr la permanencia, la protección y el bienestar de la Nación Mexicana; nuestro país será otro cuando gobernantes y gobernados conozcan

a profundidad y veneren a La Ley Suprema de la Nación; porque, en este mundo *globalizado* portador de vertiginosos y destructores cambios, *los pueblos, o serán nacionalistas o simplemente no serán. Para el liberalismo nacionalista el Estado es simplemente el instrumento de la Nación.*

La otra cara de la moneda, *el liberalismo económico, es la doctrina, más bien la ideología, del capitalismo salvaje o no regulado*; la doctrina que establece, dogmáticamente, que *el interés individual maximiza el bienestar colectivo, el laissez faire (dejar hacer, postulado por Adam Smith); dejar hacer lo que quieran a los capitalistas*, ya que la búsqueda frenética de la ganancia individual finalmente sería benéfica para la sociedad en su conjunto; la doctrina que identifica, de manera tramposa, *al libre mercado, la libre empresa* y a los negocios con la democracia y los derechos humanos.

Así mismo, el liberalismo económico presupone que el sistema económico capitalista es *armónico* o estable, y que se auto regula gracias a *la mano invisible del mercado*; por tanto, el Estado debe ser *mínimo*, para no interferir en los negocios del capital (sobre todo los del gran capital).

Como puede apreciarse, el liberalismo está en contradicción consigo mismo, *ya que el liberalismo económico es, en los hechos, la negación del liberalismo político*; como lo demuestra la historia (incluso en los países desarrollados), el capitalismo no regulado genera miseria para la mayoría y riqueza increíble para unos cuantos, monopolios, despilfarro de recursos, crisis recurrentes, desempleo, y la mercantilización de las relaciones humanas; por supuesto, el ser humano no puede ser verdaderamente libre si padece miseria y es considerado únicamente como fuerza de trabajo a explotar o como mero consumidor manipulable.

Desde sus orígenes, en el liberalismo ha existido esta *tensión* entre los aspectos libertarios universalistas del liberalismo político, y *la ideología oligárquica del liberalismo económico (que ahora es conocida como neoliberalismo)*; ya el filósofo *John Locke, padre del liberalismo inglés*, advertía esta tensión entre libertad política y acumulación excesiva de riqueza, al preguntarse a fines del siglo XVII en su *Segundo tratado sobre el gobierno civil*: ¿cuál debe ser el límite para la riqueza o propiedades materiales de una persona? Responde así:

La naturaleza ha dejado bien sentado cuáles han de ser los límites de la propiedad, pues éstos dependerán del trabajo que realice un hombre y de lo que le resulte conveniente para vivir. Ningún trabajo humano fue capaz de apropiárselo todo; y tampoco podía disfrutar hombre alguno más que de parte pequeña. (Locke, 1995: 62)

Es decir, la propiedad de un hombre debe ser moderada y está determinada por lo que pueda producir con su trabajo directo y por lo que sea capaz de aprovechar y consumir, también de forma directa; estos serían los límites “naturales” de la propiedad. Nada que ver con la increíble cantidad de alimentos, casas, industrias, vehículos, terrenos, dinero y otros bienes materiales que posee una proporción muy pequeña de la población (la oligarquía mundial). Ahora se entiende mejor *aquella frase de Proudhon: la propiedad es un robo*.

Aunque Octavio Paz, cuando joven, se adscribió al marxismo, estuvo presente en él la vertiente liberal, democrática y crítica, e incluso la tradición libertaria, como se ha visto; y su diálogo, apasionado y sincero, fue con la *izquierda política*; Paz, por su defensa constante de la libertad como valor central, ha sido catalogado como *liberal clásico* e incluso como *socialista libertario* (y no ha faltado, por supuesto, quien lo viera como un

intelectual de derecha); lo cierto es que *hasta el fin de su vida fue crítico de la mano invisible del mercado y poseyó una mentalidad anticapitalista*; sin embargo, estas etiquetas ideológicas acaso no reflejen la complejidad y la fuerza de la síntesis de su pensamiento (entramado también en la *tradición poética*), síntesis que, por otro lado, él veía como tarea a realizar por las nuevas generaciones; así, dijo en 1990:

Desde hace más de treinta años rompí con el marxismo – leninismo. Al mismo tiempo, empecé a descubrir – mejor dicho: a redescubrir – la tradición liberal y democrática. En algún momento sentí atracción hacia el pensamiento libertario; aún lo respeto pero mis afinidades más ciertas y profundas están con la herencia liberal. Con todos sus innegables defectos, la democracia representativa es el único régimen capaz de asegurar una convivencia civilizada, a condición de que esté acompañado por un sistema de garantías individuales y sociales y fundado en una clara división de poderes. Pienso, finalmente, que las nuevas generaciones tendrán que elaborar, pronto, una filosofía política que recoja la doble herencia del socialismo y el liberalismo.” (Paz, 2001d: 347)

En el párrafo anterior, Octavio Paz, ya “héroe de mil polémicas” y poeta consagrado “que fue y regresó del marxismo”, nos habla también de las raíces de su formación política, que, de alguna u otra forma siempre estuvieron presentes en él, y a las que, finalmente, tras larga travesía biográfica, regresó; sí, el poeta regresó a los orígenes formativos, pero no sin antes someterlos a la “crítica” de los hechos y enriquecerlos con “el último Freud” (la visión sin concesiones acerca de la naturaleza del hombre que existe en la teorización de lo pulsional), el marxismo genuino, y con *la búsqueda*

de la dimensión poética en el ser humano y en la historia. Bien, ahora es momento de continuar con la linealidad biográfica.

En 1930, Octavio Paz ingresó a la Preparatoria, ubicada en lo que fuera el Palacio de San Ildefonso (de los jesuitas), en el ahora *centro histórico de la Ciudad de México*; la Escuela Nacional Preparatoria o *Colegio de San Ildefonso* tenía un enorme prestigio y en ella se formaba buena parte de la élite política y cultural de aquellos tiempos.

Se vivían años turbulentos que presagiaban la catástrofe inimaginable que fue la Segunda Guerra Mundial: los Estados Unidos padecían la peor crisis económica y social de su historia; en Rusia campeaba el terror *stalinista* sin que la mayor parte del mundo tuviera conciencia de ello; Italia, desde la *marcha sobre Roma* de 1922, se había rendido al fascismo de Mussolini y sus *camisas negras*; en Alemania los nazis estaban a poco de hacerse con el poder absoluto; el Japón se encaminaba hacia un militarismo genocida.

En México, los grandes caudillos de la Revolución habían muerto, pero había un *Jefe Máximo* al cual estaba supeditada la institución presidencial; se decía por entonces: *aquí vive el presidente, el que manda vive enfrente*. El que *vivía enfrente*, era, por supuesto, el general Plutarco Elías Calles. *El Maximato* sobrevivió todavía unos cuantos años, hasta que el gobierno del general Cárdenas (1934 – 1940), acabó con él de manera astuta e incruenta.

La Revolución Mexicana, con un saldo de aproximadamente un millón de muertos (la décima parte de la población de entonces), no parecía ser capaz de resolver *los grandes problemas nacionales* (aunque se utilizaba una vehemente retórica *proletaria* y campeaba el *nacionalismo revolucionario*); el país estaba empobrecido y la justicia social tardaba en llegar; la Constitución de 1917 era prácticamente un *lucidor adorno*;

eso sí, se creaba una nueva oligarquía al amparo del *régimen emanado de la Revolución* y muchos dirigentes *revolucionarios* se habían transformado en *hombres de negocios* y caciques.

Así las cosas, en México parte de la juventud veía como modelo y *faro de esperanza* a la Revolución Bolchevique de 1917 y sus héroes eran Marx, Lenin, y sí, *el padrecito Stalin*; otros se adscribían al catolicismo político, al fascismo e incluso al anarquismo; los más pragmáticos y de mayor visión, pensaban que había que darle una oportunidad al nacionalismo revolucionario y contribuir al fortalecimiento de las instituciones.

Por tanto, la Preparatoria era un hervidero de pasiones políticas y culturales, y era casi imposible que algún alumno no participase con frenética actividad; época preparatoriana inolvidable en la que los jóvenes adquirían formación política, tenían ideales y querían cambiar al mundo; incluso, no sólo leían poesía, sino que la hacían:

Por los patios, bajo las escaleras, en salones y corredores, proliferaba otra forma de educación, menos formal y quizás más relevante: clubes y asociaciones estudiantiles dedicados a toda disciplina (o indisciplina) imaginable: clubes de oratoria, seminarios filosóficos, asociaciones deportivas, logias de activistas de izquierdas o derechas...La preparatoria era, más que una escuela, un modo de vida y un modelo a escala del México turbulento de la década naciente: el arte, las letras y el conocimiento en equilibrio con la solidaridad, la amistad, el debate." (Sheridan, 2004 p. 95)

Entre todas estas asociaciones estudiantiles destacaba la Unión Estudiantil Pro-Obrero y Campesino (UEPOC), que tenía sus oficinas en San Ildefonso, y era dirigida por

Roberto Atwood; fue fundada en 1926, y apoyó en 1929 la campaña de José Vasconcelos a la que aportó nutridos contingentes de combativos jóvenes; hacia 1930, la UEPOC se identificaba claramente con la doctrina marxista. Octavio Paz, con avidez de participación política, no tardó en afiliarse.

En la UEPOC militaron, además de Octavio Paz y Adolfo López Mateos (presidente de la República de 1958 a 1964), otros jóvenes que llegarían a destacar al transcurrir de los años: Frida Kahlo, José Revueltas, Juan de la Cabada, Eli de Gortari, Salvador Toscano, *Ernesto P. Uruchurtu (El Regente de Hierro)*, Enrique Ramírez y Ramírez, y más... (Sheridan, 2004: 103)

El secretario de organización y propaganda era José Bosch, quien no había ingresado a la Preparatoria en 1930, debido a su activismo político; se incorporó a San Ildefonso al año siguiente, donde fue parte importante del grupo de amigos de Paz por un breve lapso; Bosch, siempre rebelde, tuvo en una clase de la Preparatoria un altercado con el profesor, que lo abofeteó; el muchacho se levantó con lentitud de su asiento y devolvió el bofetón; por supuesto, fue expulsado; y a poco también sería expulsado del país:

El segundo arresto tuvo consecuencias más significativas para la formación intelectual de Octavio Paz: durante un acto en San Ildefonso, ante una delegación estadounidense de intercambio estudiantil, Paz, Bosch y sus amigos interrumpen un discurso gobiernista de Alejandro Carrillo, acusan al "jefe máximo" de dictador y provocan un alboroto mayúsculo. Al salir, la policía los detiene entre el grupo de "sediciosos". El rector García Téllez intercede a favor de los muchachos, pero no de Bosch, que es extranjero, ya no es estudiante y posee antecedentes de levantisco. Unos días más tarde, se le aplicaba el infame 33,

artículo de la Constitución Mexicana que permite al Estado expulsar sumariamente de su territorio a los extranjeros que considera perniciosos. Bosch es trasladado a Veracruz y enviado a España, donde se unirá en Barcelona a los anarquistas y, finalmente, al Partido Obrero de Unificación Marxista (PUOM).” (Sheridan, 2004: 117)

Octavio Paz recordaría cómo el amigo Bosch adquirió proporciones legendarias para sus camaradas:

De tiempo en tiempo nos llegaban noticias suyas. Uno de nosotros recibió una carta en la que contaba que había padecido penalidades en Barcelona y que no lograba ni proseguir sus estudios ni encontrar trabajo. Más tarde supimos que había hecho un viaje a París. Allá quiso ver a Vasconcelos, desterrado en aquellos años, sin conseguir que lo recibiera; desanimado y sin dinero, no había tenido más remedio que regresar a Barcelona. Después hubo un silencio de años. Estalló la guerra en España y todos sus amigos lo imaginamos combatiendo con los milicianos de la FAI. Uno de nosotros, al leer en un diario una lista de los caídos en el frente de Aragón, encontró su nombre. La noticia de su muerte nos consternó y nos exaltó. Nació su leyenda: ya teníamos un héroe y un mártir. En 1937 escribí un poema: Elegía a José Bosch, muerto en el frente de Aragón.” (Paz, 2010a: 529)

En uno de los más dramáticos acontecimientos de su vida, Paz se encontraría con el supuestamente fallecido Bosch, en plena Guerra Civil Española, allá por 1937.

En ese inicio de la década de los treinta, cuando preparatoriano, Octavio Paz era todavía un adolescente; adolescencia, etapa de transición entre la niñez y la juventud adulta, tiempo de eclosión de potencialidades, de angustia y descubrimiento de maravillas; edad inmersa en profundas contradicciones:

Los adolescentes son por demás egoístas, se consideran el centro del universo y único objeto de interés; sin embargo, nunca como en esta época de la vida se revela tanta capacidad de abnegación y de sacrificio. Inician las más apasionadas relaciones de amor para interrumpirlas con la misma brusquedad con que las empezaron. Participan con entusiasmo en la vida social y, por otra parte, se sienten invenciblemente atraídos por la soledad. Oscilan entre una ciega sumisión al líder elegido por ellos y una obstinada rebeldía contra toda autoridad. Son egoístas, materialistas intencionados, y, simultáneamente, alientan grandes ideales. Son ascetas que súbitamente se hunden en los placeres instintivos de más primitiva naturaleza. Su conducta suele ser brusca y desconsiderada, aun cuando ellos mismos se muestren en extremo sensibles a la ofensa. Su estado de ánimo fluctúa entre el optimismo más infundado y el más profundo pesimismo. En ciertas ocasiones trabajan con infatigable entusiasmo y en otras son perezosos y apáticos.”

(Freud, Anna, 1986: 152 – 153)

Así que, cabría preguntar, ¿cómo era la imagen de Octavio Paz en aquél tiempo, cuando contaba escasos diez y seis años? Uno de sus maestros, *Andrés Iduarte*, en su libro *Don Pedro de Alba y su tiempo* (1962), nos dejó este vívido trazo:

Ojos claros, cabello rizado y oscuramente rubio, fina tez con saludables colores de altiplanicie, algo nórdico en el ensueño de la mirada y otro poco de mediterráneo en la pasión de la palabra y en la estampa apolínea, llovido de cielo y mexicano de la tierra, prodigioso injerto de lo mejor de fuera y lo mejor de dentro, arquetipo de la élite joven de entonces y de la madura de nuestros días. Tímido, o más bien ya refrenado, con explosiones pronto suavizadas por la mucha y la mejor lectura, inteligencia penetrante hasta la duda y sensibilidad doliente hasta la desolación, espontáneo y confidencial en la entrega de su corazón y en seguida torturado y distante hasta la hosquedad.”
(Iduarte, 2014: 189 – 190)

Efectivamente, la adolescencia suele ser la etapa en donde se afianzan o descubren vocaciones, tiempo de adquisiciones en el que se busca aprender y experimentar (en sentido amplio); etapa en la que se despliegan en torrente las facultades intelectuales y físicas; tiempo en el que los más dotados empiezan a desarrollar su talento. Acaso por lo anterior Octavio Paz dijo acerca de la adolescencia: *solo tesoro no dilapidado*. (Sheridan, 2004: 91)

Al respecto, significativo es que la página inicial de *El Laberinto de la soledad* esté dedicada, precisamente, a una poética caracterización de esta crítica etapa de la formación humana:

A todos, en algún momento, se nos ha revelado nuestra existencia como algo particular, intransferible y precioso. Casi siempre esta revelación se sitúa en la adolescencia. El descubrimiento de nosotros mismos se manifiesta como un

sabernos solos; entre el mundo y nosotros se abre una impalpable, transparente muralla: la de nuestra conciencia. Es cierto que apenas nacemos nos sentimos solos; pero niños y adultos pueden trascender su soledad y olvidarse de sí mismos a través de juego o trabajo. En cambio, el adolescente, vacilante entre la infancia y la juventud, queda suspenso un instante ante la infinita riqueza del mundo. El adolescente se asombra de ser. Y al pasmo sucede la reflexión: inclinado sobre el río de su conciencia se pregunta si ese rostro que aflora lentamente del fondo, deformado por el agua, es el suyo. La singularidad de ser – pura sensación en el niño – se transforma en problema y pregunta, en conciencia interrogante.

En su trayecto por San Ildefonso, Octavio Paz, en búsqueda de sí mismo, *vacilante entre la infancia y la juventud y asombrado de ser*, amplió y empezó a consolidar esa totalidad conocida como *formación*: leyó y discutió muchísimo acerca de variadas temáticas, se afirmó en principios éticos, tomó clase con maestros de primera línea, realizó sus primeras publicaciones, cultivó apasionadamente la amistad y la camaradería, militó políticamente; por supuesto, *conoció a la mujer* y llevó también la vida bohemia del estudiante, donde se dan otros aprendizajes, también fundamentales en la vida.

En esta época preparatoriana, Paz se acercó a *los otros libros* que estaban en lo que todavía existía de la biblioteca del abuelo Ireneo: *Voltaire, Jean Jacques Rousseau, Ibsen, Arthur Schopenhauer*; y, por supuesto, *Nietzsche*; así mismo, leyó un libro que lo estremeció y lo irritó: *Degeneración, de Max Nordau*. (Paz, 2001b: 147 – 148)

Degeneración publicado en 1893, libro del médico judío – húngaro Max Nordau, causó sensación en Europa; en esta obra el autor pretendió utilizar el conocimiento psiquiátrico para hacer un análisis del proceso creativo; así mismo, el libro constituye una crítica acerba al arte contemporáneo; paradójicamente, la idea de *arte degenerado* sería adoptada por los nazis, pero achacando tal “degeneración” a las creaciones “judías”.

El joven Paz tuvo su etapa rusa y leyó fervorosamente a León Tolstoi, Turgueniev, Dostoievski, al cuentista Chejov, al poeta Phuskin y al autor de las biografías noveladas de los emperadores Juliano El Apóstata y Napoleón, Dimitri Merezhkovski; así mismo, en Octavio Paz y sus amigos causó cierto impacto la sórdida novela “*Sashka Yegulev. Confesiones de un asesino*” de Leónidas Andreiev, una especie de recreación de la violencia nihilista, “la maldad que santifica la pureza”. (Sheridan, 2004: 109 – 111 ¿Leería Octavio Paz “Lázaro”, el magnífico y estremecedor cuento de Andreiev acerca del destino de este personaje una vez que fue resucitado de entre los muertos por Jesucristo?

Por supuesto, hubo otros descubrimientos que impresionaron grandemente al joven Paz y a sus camaradas: *D. H. Lawrence* (con la erótica novela *El amante de Lady Chatterly*), *William Faulkner*, *Franz Kafka*, los poetas *T. S. Eliot* y *Rainer María Rilke*; al respecto, en *Itinerario*, el poeta recordó esos años de lecturas furiosas, abigarradas (cruciales para su formación):

Leíamos los catecismos marxistas de *Bujarin* y *Pléjanov* para, al día siguiente, hundirnos en la lectura de las páginas eléctricas de *La Gaya Ciencia* o en la prosa elefantina de *La decadencia de Occidente*. Nuestra gran proveedora de teorías y nombres era la *Revista de Occidente*. La influencia de la filosofía alemana era tal

en nuestra universidad que *en el curso de Lógica nuestro texto de base era el de Alexander Pfander, un discípulo de Husserl.* Al lado de la fenomenología, *el psicoanálisis.* En esos años comenzaron a traducirse las obras de Freud y las pocas librerías de la ciudad de México se vieron de pronto inundadas por el habitual diluvio de obras de divulgación. Un diluvio en el que muchos se ahogaron.

Otras revistas fueron miradores para, primero, vislumbrar y, después, explorar los vastos y confusos territorios, siempre en movimiento, de la literatura y del arte: Sur, Contemporáneos, Cruz y Raya. Por ellas nos enteramos de los movimientos modernos, especialmente de los franceses, de Valéry y Gide a los surrealistas y a los autores de la N.R.F. *Leíamos con una mezcla de admiración y desconcierto a Eliot y a Saint- John Perse, a Kafka y a Faulkner. Pero ninguna de esas admiraciones empañaba nuestra fe en la Revolución de Octubre. Por esto, probablemente, uno de los autores que mayor fascinación ejerció sobre nosotros fue André Malraux, en cuyas novelas veíamos unida la modernidad estética al radicalismo político.* Un sentimiento semejante nos inspiró *La montaña mágica*, la novela de Thomas Mann; muchas de nuestras discusiones eran ingenuas parodias de los diálogos entre el liberal idealista Settembrini y Naphta, el jesuita comunista.” (Paz, 2003: 49 – 50)

En lo relativo a autores y poetas contemporáneos en lengua española, *por aquella época circulaban como valiosa moneda corriente autores de la magnitud de Jorge Luis*

Borges, Pablo Neruda, César Vallejo, Vicente Huidobro, Rafael Alberti y Federico García Lorca; autores a los que Paz seguía y a varios de los cuales, al correr de los años, llegaría a tratar personalmente. (Domínguez, 2014: 47)

No es casual que *El Príncipe de los Filósofos, Aristóteles*, haya dedicado numerosas reflexiones a *la amistad* y que la incluyera como uno de los elementos indispensables para que el hombre pudiera alcanzar la *felicidad o vida plena*; decía que los bienes de los amigos son comunes y que la amistad puede considerarse incluso superior a la justicia, ya que donde existe verdadera amistad, no hay conflicto que dirimir; en efecto, el “fenómeno amistoso” es uno de los que mayor incidencia pueden tener en la formación intelectual y la del carácter. Durante su tiempo *preparatoriano* Octavio Paz, que desde entonces ya mostraba personalidad independiente y dotes de liderazgo (cuando menos *cultural*), cultivó afanosamente al *genio de la amistad*; en efecto, se hizo de muchos amigos (y amigas, claro), ya que en esos años, afortunadamente, había numerosas muchachas que estudiaban en la Escuela Nacional Preparatoria:

Y las muchachas abundan en San Ildefonso: la primera generación de mujeres decididas a escapar del rol porfiriano. Activas, combatientes, solidarias, Concha Urquiza, las hermanas Barona, Armida Mata, Eva O Gorman, Ana Mekler, Amalia Fernández Castillo Ledón, Margarita Urueta (que se casaría luego con Eduardo Villaseñor), están codo a codo con José Alvarado, los Octavios (Paz y Novaro), César Garizurieta, Raúl Vega Córdoba y otros Cachuchas de tercera generación. (Sheridan, 2014: 106)

En su tiempo preparatorio Octavio Paz hizo amistades que durarían toda la vida, por ejemplo, *el poeta Efraín Huerta y el atormentado escritor José Revueltas, nacidos*

ambos el mismo año que Paz (1914); con los años, Huerta y Revueltas tendrían polémicas intensas con su amigo, ya que se mantuvieron en el marxismo hasta el final y se convirtieron en símbolos de la *izquierda* mexicana; Paz, como sabemos, sería uno de los grandes críticos del marxismo dogmático y del *socialismo real*. Pero la amistad se mantuvo, como se ha dicho.

Con respecto a esos años intensamente formativos, Efraín Huerta publicó en 1967 el poema *Borrador para un testamento*, en el libro *Respensos*; poema dedicado, precisamente, a su amigo Octavio Paz, texto del cual se reproduce un fragmento:

¡Oh juventud, espada de dos filos! ¡Juventud

medianoche, juventud mediodía,

ardiente juventud de especie diamantina!

Éramos como estrellas iracundas:

llenos de libros, manifiestos, amores desolados,

desoladamente tristes a la orilla del mundo,

víctimas victoriosas de un

severo y dulce látigo de aura crepuscular.

Descubríamos pedernales – palabras,

dolientes, adormecidos ojos de jade

y llorábamos con alaridos de miedo

por lo que vendría después

cuando nuestra piel no fuera nuestra

sino del poema hecho y maltrecho,

del papel arrugado y su llama

de intensas livideces.” (Huerta, (2014: 5)

Aquí, es pertinente preguntar, ¿en qué sitios nutría con fervor el joven Paz su alma y su intelecto; es decir, dónde leía tantos libros, tantas revistas y tantos poemas; dónde leyó, por ejemplo, *El Manifiesto del Partido Comunista de Marx y El Estado y la Revolución, de Lenin?* Por supuesto, en el silencio de la casona de Mixcoac, en su habitación (invadida por una higuera), en los jardines, los salones de clase y los recovecos de San Ildefonso; también, hacía lecturas *grupales* y discutía con sus amigos, recargados todos en los barandales de la venerable Escuela Preparatoria. Y en los tranvías... porque *los viajes en tranvía* jugaron un papel relevante en la formación de Octavio Paz:

Además había otra cosa muy importante: los tranvías. Había algunos extraordinarios. En los días en que vivía en Mixcoac los tranvías fueron mi bendición, cuando estudiaba la Preparatoria. De Mixcoac al Zócalo hacía exactamente 45 minutos, en los que podía leer, meditar, dormir. Ahora los camiones y los trolebuses van llenos. Había entonces dos clases, pero la segunda también era cómoda. En esos tranvías grandes y seguros aprovechaba el tiempo para leer. Del Zócalo nos íbamos a pie hasta la Preparatoria, esto era cuatro veces al día. Íbamos a comer a nuestras casas y regresábamos. Eso significaba casi tres horas de lectura.” (Octavio Paz: una ventana al mundo, entrevista

realizada por Juan José Reyes y Fernando García Ramírez, diciembre de 1990).

Refiriéndose a esta *bendición*, el poeta apuntó en *Evocación de Mixcoac*:

De Tacubaya a Mixcoac los trenes corrían por un terraplén. Las dos vías estaban bordeadas por dos hileras de altos fresnos, un túnel verde, iluminado en la noche por las chispas eléctricas de los troles. Los tranvías eran enormes, cómodos y amarillos. Los de segunda clase olían a verduras y frutas; los agricultores transportaban en huacales sus mercancías a San Juan y a la Merced. Los tranvías iban, hacia el norte, a México y, hacia el sur, a San Ángel y al remoto Tizapán de resonancias zapatistas. Tardaban cincuenta minutos de Mixcoac al Zócalo. Mientras fui estudiante – más de diez años – viajé en esos tranvías cuatro veces al día: en ellos preparé mis clases y leí novelas, poemas, tratados de filosofía y folletos políticos. También abordé, con varia fortuna, a jóvenes pasajeras. En la estación había un puesto de periódicos, algunos comercios y una cantina. (Paz, 2004a: 28)

Tranvía: lugar rodante para la formación intelectual, sitio aromático para “hacer la tarea” y escuela inocente para aprender el *arte de la seducción*; maravilla que ha perdido la Ciudad de México.

¿Cuáles fueron los maestros que en esta etapa mayor significación tuvieron para la formación de Octavio Paz?

En la entrevista arriba mencionada *Una ventana al mundo*, el poeta afirma (y cómo no) que la calidad de los maestros en San Ildefonso era notable; *Samuel Ramos* le impartió Introducción a la Filosofía; todavía no publicaba Ramos su obra maestra *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934), antecedente directo del *nodal ensayo paziano* *El Laberinto de la soledad* (1950), pero casi con toda seguridad el maestro ya desarrollaba en su cátedra las temáticas que ambos utilizarían para sus respectivas obras. Según Paz, Ramos era un maestro muy enterado, un poco aburrido pero amigable.

Julio Torri fue su maestro de Literatura Española durante una temporada; Paz lo recuerda como un maestro interesante, pero algo tartamudo; así mismo, el profesor invitaba a los alumnos a su casa, donde platicaba mucho con ellos y se mostraba más brillante que en clase; Torri le dio a leer a Paz literatura medieval y ambos compartían el interés por Marcel Proust; el maestro amistó con el alumno y le conseguiría, unos años después, un modesto empleo como redactor publicitario (o *escritor fantasma*) en la Lotería Nacional:

Más adelante ya no hice esos trayectos de Mixcoac al centro porque, cosa de muchachos, me fui de mi casa. Me cambié a “La Casa del Estudiante”, que quedaba en el centro de la ciudad. Torri, preocupado, me dio unas tarjetas de recomendación para conseguir empleo de portero del convento de Churubusco. Lástima que no pudo ser. Me volvió Torri a recomendar con Fito Best Maugard, el pintor, un hombre de gran imaginación, que en aquella época era director de publicidad de la Lotería Nacional. Se le ocurrió que sería efectivo propagar la creencia en la fortuna. Así, me puso a redactar artículos sobre la fortuna, sobre

la suerte y el azar. No me fue difícil: los clásicos están llenos de alusiones a la fortuna. Yo escribí muchos artículos, sin firma. Formé parte de un grupo de escritores “fantasmas” que contaminó a la Ciudad de México con cuentos sobre viejas supersticiones. (Octavio Paz: una ventana al mundo, entrevista por Juan José Reyes y Fernando García Ramírez, diciembre de 1990)

Al respecto, fue afortunado para la formación filosófica (y sociológica) del joven que le diesen clases curriculares *Antonio Caso* y *Vicente Lombardo Toledano*; en efecto, las dos grandes figuras docentes en San Ildefonso eran Caso y Lombardo Toledano, ambos fueron profesores de Paz, quien recordó a éste, en especial, como un maestro excelente (Octavio Paz: una ventana al mundo); unos años después, la generación de Paz seguiría con gran interés *la polémica Caso – Lombardo (1933)*, relativa, en lo fundamental, a la *posición ideológica* o libertad de cátedra, en la Universidad Nacional Autónoma de México. Así mismo, acaso mayor fortuna tuvo la formación poética de Octavio Paz en San Ildefonso, puesto que el muchacho tomó enseñanza de *José Gorostiza*.

En alguna ocasión dijo *Salvador Dalí* que cuando él y *Pablo Picasso*, genios de la pintura, se reunían, seguramente el campo gravitatorio y el espacio-tiempo tendrían que sufrir cierta alteración; lo mismo podría afirmarse del *encuentro de José Gorostiza con Octavio Paz* (junto con Sor Juana, tal vez los más grandes poetas que ha dado México); al parecer, se reunieron por vez primera en la Preparatoria de San Ildefonso; Gorostiza no había creado todavía su obra maestra *Muerte sin fin* (quizá otro Evangelio), que influiría en *El Laberinto de la soledad*, y Paz era apenas un joven

aspirante a poeta; cuando Gorostiza daba cátedra en San Ildefonso, Paz no fue su alumno *escolarizado*, pero el muchacho lo buscaba para platicar con él.

El autor de *Canciones para cantar en las barcas*, fue uno de los poetas a los que Octavio Paz más admiró y una de las personas a las que más quiso; además, Gorostiza fue uno de los *protectores* de Paz en la Secretaría de Relaciones Exteriores. Al respecto, *Elena Poniatowska* dejó plasmada esta escena (de mediados de los años cincuenta):

Alguna vez, en Relaciones Exteriores, me presentaste a José Gorostiza. Lo querías mucho, fijabas la mirada en él, jamás lo interrumpías, y eso que una de las cosas que más te fascinan es interrumpir.

- Es un gran poeta.

Vi a un hombre triste, muy pulcro, peinadísimo, traje azul marino. Tímido, buscaba el sol sentado junto a la ventana del edificio porfiriano de la Avenida Juárez:

- Me parece mucho más guapo que su hermano Celestino.
- Claro, pero no se lo digas. Esos hermanos se quieren mucho.

Escribiste sobre él. Siempre escribes sobre los temas cercanos a tu corazón, los hombres y las mujeres a quienes admiras. Les fuiste leal durante su vida y después de su muerte. De José Gorostiza me dijiste que era un poeta que sólo salía a la superficie después de haber pensado mucho, cuando el poema se encontraba “próximo a estallar”.

- ¿Cómo Juan Rulfo que va rumiando sus cuentos hasta que no le caben? Te pregunté.

- Sí, si quieres, pero Gorostiza es mejor que Rulfo. Es más auténtico y más desesperado. (Poniatowska, 1998: 19 – 20)

Octavio Paz también tuvo como profesores a Alejandro Gómez Arias (uno de los paladines de la autonomía universitaria); al viejo amigo de su padre Antonio Díaz Soto y Gama, muy calificado, por supuesto, para impartir la entonces novedosa materia: Historia de la Revolución Mexicana; a *Don Pedrito Arguelles*, que impartía historia de Grecia y Roma, *poeta angustiado de Dios, peripatético decano de la Universidad y autor de los libros que se empleaban en clase* (nos anoticia Sheridan); y al poeta *Carlos Pellicer*, que se hizo su amigo, lo indujo a la lectura de revistas literarias y políticas, le dio a conocer poesía moderna y con quien viajaría a España en 1937 (Domínguez, 2014: 45); en efecto, Pellicer influyó grandemente en el alumno, a tal grado que, como se ha mencionado, es evidente su impronta en las primeras tentativas poéticas del joven; de su mentor, dijo Octavio Paz:

He olvidado lo que me dijo acerca de Díaz Mirón y de Lugones, no los relatos de sus viajes y excursiones en Florencia y en Chichén – Itzá, ante las cataratas de Iguazú y bajo la luna del Bósforo. A veces nos leía sus poemas con una voz de ultratumba que me sobrecogía. Fueron los primeros poemas modernos que oí. Subrayo que los oí como lo que eran realmente: poemas modernos, a pesar de la manera anticuada con que su autor los recitaba.” (Paz, 2006: 17)

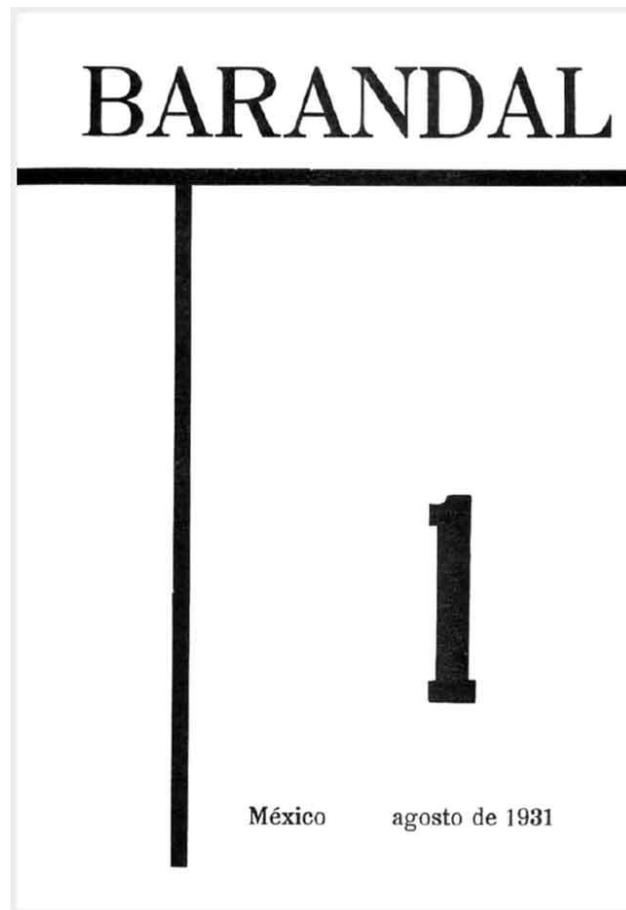
Fue en la Preparatoria donde Octavio Paz hizo su primera incursión *magisterial*; la Unión Estudiantil Pro- Obrero y Campesino, la ya citada UEPOC, además de organizar actos políticos, conferencias, debates y de reclutar militantes en los barrios populares, por las noches realizaba tareas educativas y de propaganda en diversas escuelas de la

ciudad; en esta labor magisterial contaba con cierto apoyo de la Secretaría de Educación Pública; por supuesto, los maestros eran los jóvenes preparatorianos pertenecientes a la Unión Estudiantil:

En 1931, los muchachos imparten algo de números, español, higiene, historia y geografía y, desde luego, conciencia de clase que rubrican con la hoz y el martillo que aparece en su papelería. (Sheridan, 2004: 103)

Octavio Paz recordó esa iniciática incursión político- magisterial de este modo:

La UEPOC estableció por toda la ciudad escuelas nocturnas para trabajadores. Nosotros éramos los profesores y con frecuencia nuestras clases se transformaban en reuniones políticas. Trabajos perdidos: ¿cómo encender el ánimo poco belicoso de nuestros alumnos, la mayoría compuesta por artesanos, criadas, obreros sin trabajo y gente que acababa de llegar del campo para conseguir empleo? Nuestros oyentes no buscaban una doctrina para cambiar al mundo sino unos pocos conocimientos que les abriesen las puertas de la ciudad. (Paz, 2010a: 526)



V PRIMEROS TRABAJOS LITERARIOS. PRIMEROS VAGABUNDEOS. "BARANDAL".

Cierto es que gran parte de la vida de Octavio Paz giró en torno a las revistas (de las que fue lector, en las que colaboró y las que fundó y dirigió); ya hemos mencionado algunas que contribuyeron en forma decisiva a su formación; así mismo, los nombres de *Taller*, *Plural* y *Vuelta*, revistas pazianas, poseen resonancias míticas en la historia cultural de México. La primera revista que fundó (en 1931), se llamó *Barandal*.

Esta revista, fundamentalmente literaria, fue creada por los inquietos preparatorianos, que tenían una edad promedio de diez y ocho años, *Rafael López Malo*, *Arnulfo Martínez Lavalle*, *Salvador Toscano*, y *Paz*, claro; así mismo, destacaron como colaboradores los jóvenes *Enrique Ramírez y Ramírez*, *Raúl Vega Córdoba* y *José*

Alvarado; por ahí andaba también Efraín Huerta; la revista se llamó Barandal porque Paz y sus amigos se reunían a discutir, con mucha frecuencia, recargados en el mismo barandal que daba al patio central de San Ildefonso; por tanto, los muchachos pronto fueron conocidos por la comunidad preparatoriana como *Los Barandales*. (Sheridan, 2004: 127)

Según el criterio de *Diana Ylizaliturri*, aunque podría parecer que Barandal fue una revista con personalidad grupal, ya que no había un director sino un grupo de editores, podría afirmarse, así mismo, que Octavio Paz actuó como motor y cabecilla del grupo. (Ylizaliturri, 2014: 31)

La revista suscitó la atención de alumnos y profesores, e incluso el propio director de la Escuela Nacional Preparatoria en ese tiempo, *Pedro de Alba*, estuvo al pendiente de la publicación; *Rafael Solana*, quien fuera compañero de Paz desde la secundaria, escribió:

Nos quedamos paralizados de admiración, de estupor, cuando un amigo a quien tuteábamos, un compañero de la escuela secundaria, Octavio Paz, sacó la suya, en agosto. Era una revista pequeña, de poco cuerpo, pero limpia, joven, nueva. Todo en ella nos parecía fresco. Y ver el nombre de uno de nosotros mismos, casi, de Octavio, que era apenas, escolarmente, un año mayor, nos deslumbraba, pues parecía poner al alcance de nuestras manos los sueños más caros. Octavio se había reunido con otros jóvenes de su mismo año, y se acercaba un poco a los que eran un poco mayores que él; pero jamás dirigía una mirada hacia abajo, hacia nosotros los que le parecíamos, un año menores que él, niños. (Solana, 2014: 24 – 25)

Rafael Solana no se quedaría mucho tiempo con los deseos de tener su propia revista, ya que en 1936 editaría *Taller Poético*, y, en 1938, junto con *Paz, Alberto Quintero Álvarez y Efraín Huerta*, fundaría “*Taller*”.

Barandal criticó ásperamente a las generaciones literarias que le antecedieron, y a menudo existió en sus páginas un estilo sarcástico e incluso burlón, como cabría esperar de jóvenes talentosos e irreverentes; por ejemplo, criticaron a *Francisco Monterde*, a *Renato Leduc*, y al propio *Antonio Caso*. Con Los Contemporáneos existió una relación ambivalente, ya que auspiciaron a Los Barandales e incluso colaboraron con ellos en los suplementos, y es evidente que los muchachos los admiraban; pero Paz y sus amigos, en plena edad de ardiente rebeldía, reprochaban a sus maestros el que no ejercieran un *arte socialmente comprometido*. Esta ambivalencia se vio reflejada en el primer ensayo que Octavio Paz publicaría, como se verá más adelante.

A pesar de la atención que suscitó (incluso la revista *Contemporáneos* le dio la bienvenida *oficial*), *Barandal* tuvo una vida efímera, llegaría apenas a los siete números; el primero se editó en agosto de 1931, y el último en marzo de 1932; cada ejemplar tenía entre dieciséis y veinticuatro páginas (además de suplementos literarios), y tenía un precio al público de veintiocho centavos; desde un principio, los escritores del grupo *Contemporáneos*, especialmente *Carlos Pellicer, Salvador Novo y Xavier Villaurrutia* fungieron como consejeros y protectores. (Ylizaliturri, 2014: 23)

Salvador Novo tuvo mucho que ver con el surgimiento y la desaparición de *Barandal*, como nos lo indica Guillermo Sheridan en el siguiente párrafo:

Pues fue Novo quien se encargó de editar los primeros números de la revista en su calidad de director de la imprenta *La Razón*, recién establecida por su protector José Puig Casauranc. Novo,

emocionado con la presencia de sus jóvenes, talentosos y bien parecidos clientes, se esmeró en elegir tipos, cajas y diseño y logró una bella revista. Las cosas terminaron mal cuando, llevado de un entusiasmo erótico sin retribución por parte de alguno de los muchachos, Novo se consoló prodigando por doquier que había sido correspondido. Al enterarse, Los Barandales se sintieron agredidos en grupo y optaron por lavar el honor colectivo propinándole a Novo una lección que, felizmente, no se impartió.” (Sheridan, 2014: 127)

En el *Barandal* número uno (agosto de 1931), Paz publicó su primer poema en revista: *Preludio viajero*; ya se ha mencionado que el primer poema publicado de Paz fue *Juego*, que apareció en el periódico *El Nacional* casi dos meses antes.

El poema, reproducido por Guillermo Sheridan en *Poeta con paisaje*, dice así:

La grácil nube roja
bailarina sobre la cuerda floja
de un horizonte extraño.
(Atrás se queda el año,
esperando que demos vuelta.)
Y con la crin revuelta
nos alcanza, agitado el aliento,
huracanado viento.

(Cómo corre el paisaje

Con su maleta retórica de viaje.)

Los minutos, con fiebre marinera,

huyen jugando una carrera.

Las palabras –salobres despedidas –

desfallecen y giran aturdidas.

El paisaje angustiado nos alarga los brazos

Mientras desmáyase una rosa, cayéndose a pedazos.

Patín, patín

veloz desliz

sobre la negra pista de mi esplín.

Patín

Rojo tapiz;

redondo azul de cielo

sobre cuadrado gris.

Patín, patín

De duro hielo.

Avión abierto

A todo viaje.

Velero en el puerto

A toda ruta descubierta.

Ruta: delirio del miraje.

PATÍN, PATÍN,

tan intangible y cierto.

Octavio Paz, afecto a corregir a través de los años lo ya publicado en materia poética, y a dejar de lado ciertos poemas de juventud, no incluyó en sus obras completas a *Juego* y a *Preludio viajero* al respecto, dice Christopher Domínguez:

No sólo fue Paz un poeta de lenta maduración sino un editor caprichoso y vehemente de su propia poesía. Comentaristas que exaltan ese proceder en poetas de su simpatía y lo llaman “autocrítica activa”, tratándose de Paz lo consideran manipulación y ocultamiento.” (Domínguez, 2014: 26)

Como lector de Paz, y como lector de poesía, el poema me gusta, me parece logrado; juvenil (naturalmente), juguetón y poseedor de rítmica, y advierto influencias evidentes. Un claro avance en la formación poética de Octavio Paz; avance sorprendente, si se acota el escaso tiempo transcurrido desde la publicación del primer poema (este sí, aún tentativa).

En relación a este poema *barandal*, conviene, por supuesto, citar a los expertos; así, dice Guillermo Sheridan:

Un poema gracioso, de calculada puerilidad, en que los ojos del poeta adolescente patinan “por la azul pista del cielo” al mismo

tiempo que la mano resbala por la página escribiendo pareados entre ingenuos e ingeniosos, haciendo pequeñas boutades, semigreguerías metidas en paréntesis de prosapia pelliceriana e imágenes antropomorfizadas que se burlan de sí mismas. Un despliegue de habilidades que lo misma se ostentan juguetonamente, que se ponen solemnes, o que se delatan paradójicas.”

Continúa Sheridan:

Más allá de la efeméride, es evidente su falta de importancia. Baluceo, conato, su gracia le viene a la vez de la mirada a destiempo de la curiosidad académica, tan adicta a la cronología, y una inevitable fascinación con los garabatos de quien llegará a ser gran dibujante. Pero tampoco se puede dejar de advertir que en esos versos en agraz palpita un inventario de temas que se graduarán a ser motivos reiterados de la poesía posterior: la devoción por ese dios moderno: el instante, penate privado de Paz; el fervor de la analogía, las palabras antropomorfizadas, el rejuego tipográfico, el encuadre irónico, el amor a los colores, la profesión de curiosidad y, en el último verso, la semilla de una poética perdurable: la membrana sutil que separa y une a lo intangible de lo cierto. Un “Preludio” que silba las sinfonías por venir.” (Sheridan, 2014: 127 – 129)

El poema contiene *guiños* a José Gorostiza, a Xavier Villaurrutia, y, por supuesto, a Carlos Pellicer, quienes leyeron con atención al pupilo; el poema de Paz muestra ya a un aventajado discípulo de la tradición poética mexicana, a tal grado que hace decir a Guillermo Sheridan:

Ese instante en el que coinciden la página de Barandal y la lectura curiosa de los maestros es un momento mágico, la costura secreta de una tradición: el “Preludio” da una vuelta de tuerca a la poesía mexicana; forja otro eslabón; propone que la genealogía de los poetas mexicanos tiene un delfín.” (Sheridan, 2014: 129 – 130)

Efectivamente, los mentores del muchacho, notables poetas ellos mismos e intelectuales relevantes, supieron aquilatar el talento y el fervor poético del joven, que era, así mismo, el nieto de Ireneo Paz, cuya obra seguramente conocían; sin embargo, siguiendo la idea de Sheridan, ¿llegarían a pensar que ese joven vehemente y rebelde era *el delfín de las letras mexicanas*, el poeta en formación que sería su sucesor y continuador?

Enrique Krauze, al llegar Octavio Paz a los 80 años, en 1994, se refirió al Nobel de Literatura mexicano de la siguiente manera:

Imagínate un filósofo griego, un tribuno romano, un humanista del Renacimiento, un poeta metafísico, un sabio de la Ilustración, un revolucionario girondino, un rebelde romántico, un poeta del amor, un anarquista natural, un héroe de la razón, un politeísta secular, un fervoroso socialista, un socialista desencantado, un incómodo liberal, un crítico apasionado. Todas esas corrientes de

civilización, y muchas más, asumidas, encarnadas, recreadas por una sola persona. Eso es, aproximadamente, Octavio Paz. (Krauze, 1998: 84)

Todas esas corrientes formativas, y otras más, se manifestaron, al correr de los años y engarzadas en estilo artístico, en la abundante ensayística *paziana*; aunque Octavio Paz fue, y se consideró a sí mismo, en primer lugar poeta, su obra en prosa reviste también importancia considerable, y rebasa, en cuanto a extensión, a su obra poética:

A lo largo de su vida y trayectoria como creador, Octavio Paz se nombró a sí mismo, más que ensayista, poeta. Un poeta, símbolo del creador por excelencia, que practicó la osadía de opinar y escribir acerca de muchos temas pertenecientes a diversas disciplinas, temas perennes que, en algunos casos, perviven, puestos en la mesa de debate, como conflictos detenidos.” (Piña Zentella, 2002: 61)

Ante las anteriores consideraciones, y para rastrear las raíces formativas de Octavio Paz constructoras de su prosa, es pertinente preguntar: ¿cuál fue el primer ensayo que publicó? ¿A qué temática se refería y cuáles fueron sus referentes inmediatos?

El primer ensayo de Octavio Paz se publicó en la revista *Barandal*, número cinco, correspondiente a diciembre de 1931, y se tituló, significativamente, *Ética del artista*. (Stanton, 2014: 9) *El texto íntegro del ensayo fue reproducido por Enrico Mario Santí en el libro Octavio Paz: Primeras Letras.* (Paz, 1990: 113 – 117)

Parafraseando al dictado psicoanalítico *infancia es destino*, podría afirmarse que *el primer ensayo fue destino*, ya que en *Ética del artista* Paz trató, aunque como esbozo, temas que le apasionarían toda su vida: la esencia y el sentido de la creación poética;

la responsabilidad social del creador; la participación del artista en actividades políticas, entendida la política en sentido aristotélico, esto es, como ejercicio ético que busca el bien común; y, el devenir histórico latinoamericano, particularmente, claro, el de México.

Las preguntas que se plantea Paz en este breve e inaugural escrito son las siguientes: *El artista, ¿debe tener una doctrina completa – religiosa, política, etc. – dentro de la cual debe enmarcar su obra? ¿O debe, simplemente, sujetarse a las leyes de la creación estética, desentendiéndose de cualquier otro problema? ¿Arte de tesis o arte puro?* (Paz, 1990: 113)

Por supuesto, dada su posición política *revolucionaria* en aquel tiempo, Paz se decantará por el *arte de tesis*; sin embargo, dada la tensión argumentativa que permea al ensayo, parece evidente que el joven no está convencido de su respuesta.

A pesar de su escepticismo en materia de religión y de la adscripción, aunque apenas fuera incipiente, de Paz al marxismo, puede advertirse una tonalidad claramente religiosa en el escrito:

Es indispensable pensar que formamos parte de un continente cuya historia la hemos de hacer nosotros. Que hay un destino manifiesto a través de todos los tiempos, que obliga al hombre a realizar la voluntad de la vida y de Dios. Es necesario hacernos dignos de nuestro sino. Por sobre las contingencias de los sucesos vergonzosos actuales, está la voluntad de limpieza, que en lo “transitorio busca lo eterno”, y se angustia por encontrar su propio camino de salvación. (Paz, 1990: 116)

Al respecto, dice Anthony Stanton:

Se destacan en este ensayo primerizo un tono de marcada exaltación religiosa, cierto fervor platónico y una sorprendente ecuación entre lo místico – religioso y lo político – social. Aunque habrá después una seria revaloración de la poesía pura y de algunos poetas – por ejemplo Góngora, condenado aquí como “decadente” -, este intento de fusionar la experiencia poética con la religiosa y con la política persistirá, en forma refinada, en la obra posterior. Pero por encima de la evidente impaciencia y el comprensible maniqueísmo del principiante, ¿no es elocuente y premonitorio que en su primera salida ensayística al mundo de las letras un joven haya sentido la apremiante urgencia de enfrentar polémicamente la cuestión candente del momento, aunque haya sido con armas insuficientes? Así mismo, ¿no es revelador que este ensayo primerizo trate precisamente de la estética como un problema ético? (Stanton, 2014: 10)

Sorprende que en este ensayo de un joven de escasos 17 años existan referencias al poeta Paul Valéry, a Immanuel Kant, al Quijote: *novela crítica que, aunque de naturaleza disolvente, renacentista, antimedieval, es siempre de tesis*, a Luis de Góngora y Argote, a Dante Alighieri, al teatro de la Grecia Clásica, a Friedrich Nietzsche, al filósofo místico Plotino; así mismo, Paz hace alusión al novelista Waldo Frank, al teólogo Paul Ludwig Landsberg y al filósofo Pierre Drieu La Rochelle.

Paz, siempre crítico (y autocrítico), no consideraría propiamente como su primer ensayo a *Ética del artista*, sino a *Distancia y cercanía de Marcel Proust* de 1933, que será publicado hasta 1939, ensayo de mayor extensión y de mayor aliento. (Santí: 1990: 19 – 20)

Sin embargo, como ha podido apreciarse, *Ética del artista* es un ensayo sumamente significativo en relación a la temprana formación de Octavio Paz; por ejemplo, aquí ya podría rastrearse *la semilla* del capital ensayo *El arco y la lira* (1956); acaso por esto, Enrique Krauze, en su biografía del poeta, le dedica un comentario al juvenil escrito:

En diciembre, Paz tiene apenas 17 años pero publica en su revista una “Ética del artista”, en la que formula una profecía absolutamente seria sobre su vocación. Entre el arte puro y el arte comprometido (tópico de la época) opta por el segundo, pero no de manera escolar ni simple. Ha leído a Nietzsche, al teatro griego, la novela española, los marxistas rusos y los románticos españoles, y cree que la literatura debe ser “mística y combativa”, elevada y eterna, “poseída por la verdad”. Mucho más importante, se declara responsable de una construcción cultural que abarca a toda América (...) La obra editorial y literaria de su abuelo y de su padre había incidido, en diversa forma y medida, en la historia mexicana. La suya se desplegaría en un ámbito mayor. (Krauze, 2014: 48)

Existe otro elemento a considerar, de suma importancia, en la formación poético – intelectual de Octavio Paz; su fascinación, desde los años preparatorianos, por las otras artes: la pintura, la música, la escultura y la arquitectura. Fascinación que impactó directamente en el estilo literario y en la urdimbre ensayística:

Octavio Paz pertenece al género de poetas para quienes las artes visuales han sido fuente de reflexión estética, así como referente inspirador para la creación literaria. En su crítica de arte confluyen poesía, poética y pintura. Como su prosa, la mirada del

autor de Los privilegios de la vista es la del poeta; de ahí que sus escritos sobre arte tengan la calidad de crítica poética, como lo fue – entre tantos otros – la de Charles Baudelaire y Paul Valéry en Francia, o la de José Juan Tablada, Xavier Villaurrutia y Luis Cardoza y Aragón en México. La crítica no como juicio sino como traducción o re-creación de la obra plástica, resultado de un diálogo silente entre dos artistas y dos lenguajes que se identifican y reflejan a través de sus procesos creativos. De ese encuentro entre el poeta y el artista surge una comunidad en la experiencia estética de la que el lector se hace partícipe, sin importar la distancia temporal que medie entre ellos.” (Tajonar, 2009: 51)

Al respecto, Octavio Paz dijo:

“Ver un cuadro es oírlo: comprender lo que dice. La pintura, que es música, también y sobre todo es lenguaje.

La idea del lenguaje contiene a la de traducción: pintor es aquel que traduce la palabra en imágenes plásticas; el crítico es un poeta que traduce en palabras las líneas y los colores. El artista es el traductor universal.” (Paz, 2013: 43)

En efecto, podría afirmarse, dado este matiz en la formación de Octavio Paz, que, como crítico de arte, hizo poesía; y como poeta, fue *traductor universal*.

La semilla de la admiración de Octavio Paz por los artes arquitectónico, escultórico y pictórico, surgió de su niñez transcurrida en Mixcoac y de los paseos a los sitios

vecinos a este poblado; los balcones de la casona del abuelo tenían enfrente a la plazuela de San Juan con sus *fresnos eminentes* y a una pequeña iglesia del siglo XVIII; a poca distancia de la plaza se encontraba la blanca capilla de San Lorenzo, la más antigua del barrio, *suerte de palomar para ángeles de juguetería*; abundaban, así mismo, las villas porfirianas, construidas a fines del siglo XIX, y, por supuesto, de inspiración francesa, rodeadas de jardines bien diseñados y mejor cuidados; jardines donde había *altos árboles melancólicos*:

Así comenzó mi aprendizaje. Los primeros objetos que vi fueron las muestras humildes y dispares del arte indígena y del español, del criollo y del afrancesado de nuestros abuelos. No fue un mal comienzo.

El pueblo de Mixcoac no era una excepción. Las otras poblaciones de las cercanías – Tacubaya, San Ángel, Coyoacán, Tlalpan – tenían también sus conventos y sus iglesias, sus casas solariegas y sus viejas haciendas, sus santuarios y ruinas prehispánicas.” (Paz, 2013b: 27)

La pasión de Octavio Paz por las otras artes, fue alimentada y afianzada por sus *vagabundeos* de juventud; el poeta ingresó a la Preparatoria en 1930 y concluyó sus estudios en 1932 (en esa época el bachillerato duraba dos años); en enero de 1933 se matriculó en la *Escuela de Jurisprudencia de la Universidad Nacional*, donde estudiaría hasta 1937; por cierto, Paz abandonó la carrera de abogado cuando le faltaba tan sólo una materia (derecho mercantil) para terminarla. El expediente del alumno se ha perdido (Domínguez, 2014: 71)

El caso es que durante esos años Octavio Paz, en compañía de sus amigos, caminó muchísimo por la capital, fijándose en la riqueza arquitectónica y viendo el paso de las muchachas; por supuesto, recorrió lo que ahora se conoce como “*Centro Histórico*: El Zócalo, Palacio Nacional, la Catedral Metropolitana, la Plaza de Santo Domingo y sus alrededores:

Uno de mis paseos favoritos rehacía el itinerario de los derrotados españoles en su huida durante la Noche Triste. Al anochecer, con algún amigo, dejaba San Ildefonso y discurría por la calle de Tacuba, llena de ecos y presencias del antiguo México, el precortesiano y el de Nueva España. También son notables algunos palacios de fines del siglo XIX, en los que triunfa, como en los cuerpos y las modas femeninas de esa época, una estética de formas opulentas y perifollos que ayer nos hacía sonreír y hoy nos emociona. Nos demorábamos en las librerías de viejo de la avenida Hidalgo, entre las dieciochescas espesuras de la Alameda Central y la pequeña y más bien melancólica plaza de San Juan de Dios: a sus costados, frente a frente, dos iglesias hundidas a medias como pesados barcos encallados. (Paz, 2013b: 30)

Paz recuerda, así mismo, vagabundeos más distantes que hizo en compañía de sus camaradas; recorrían los barrios de San Rafael y Santa María, a la vez que charlaban animadamente sobre mil temas. Formación peripatética que se engrandecía con el cultivo de la amistad:

Esos interminables paseos eran propicios al intercambio de ideas y confidencias, a las controversias y a las repentinas y efímeras

iluminaciones. La conversación es el gran don que ofrecen las relaciones entre los hombres, cuando se olvidan de Etéocles y Polinices, de Abel y de Caín. La amistad: el fervor compartido ante un poema, una novela, una admiración, una idea, una indignación. Al filo de la media noche, yo dejaba a mis amigos y, con la cabeza en llamas, cruzaba las calles desiertas para alcanzar, más allá del Paseo de la Reforma, entre Chapultepec e Insurgentes, el último tranvía rumbo a Mixcoac. (Paz, 2013b: 31)

Amistad, conversación, vagabundeo, identificación: elementos constructores de la formación que contribuyen al despliegue de las virtudes éticas y de las virtudes intelectuales. Y aparece de nuevo otro viejo amigo de Octavio Paz: el tranvía.

Por supuesto, la convivencia del joven Paz con el arte pictórico contemporáneo de México fue *íntima y diaria*; en los muros del Colegio de San Ildefonso veía las pinturas de *José Clemente Orozco, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Fermín Revueltas y Fernando Leal*; incluso, en alguna ocasión presencié como uno de los maestros *ejercía* su arte:

Regalos del tiempo: en esos años Rivera pintaba los muros del Palacio Nacional y yo pude verlo, encaramado en un andamio, vestido con un astroso overall iridiscente, armado de gruesos pinceles y rodeado de botes de pintura, ayudantes y curiosos atónitos. (Paz, 2013b: 32 – 33)

Significativo es, así mismo, el recuerdo de Octavio Paz del antiguo palacio de Mascarones, edificio de piedra rojiza, *al mismo tiempo severo y fastuoso*, que fue sede de la Facultad de Filosofía y Letras; facultad a la que Paz se daba sus *escapadas* para

escuchar algunas clases y para platicar con el que sería uno de sus amigos de toda la vida, el crítico literario *José Luis Martínez*. Al respecto, el poeta nos dejó esta bella imagen:

Pero la severidad y el empaque desaparecían apenas transponía la gran puerta. En el primer patio habían trazado un diminuto jardín que me encantaba por la perfección de sus proporciones y por la serenidad casi espiritual que lo envolvía. Todavía, si cierro los ojos, respiro el aire fresco, oigo las voces y las risas de los muchachos y muchachas conversando acodados en los barandales, veo un cielo azul y unas bancas rojas, veo un arbolillo de un verde transparente que se mece en la luz de octubre y que casi habla y que casi vuela.” (Paz, 2013b: 30 – 31)

Durante estos años *sanildefonsinos* y de la Escuela de Jurisprudencia, en los días de asueto, con sus amigos, entre ellos *el barandal Salvador Toscano*, Paz recorrió el Valle de México y varios lugares de los estados de Puebla y Morelos: *pirámides, conventos, iglesias, capillas abiertas*. Con relación a estos viajes fuera de la ciudad de México, Christopher Domínguez nos menciona uno que fue muy significativo y que Octavio Paz consideraba *iniciático*:

En esa época, Paz hizo su primer viaje solo, a la provincia, en las vacaciones de Semana Santa de 1931. Un compañero de la ENP los invitó, a Octavio y a otros amigos, a su tierra en Guerrero, Tixtla, a la cual llegaron a caballo. El capitalino no sabía montar pero le proporcionaron un caballo manso y al anochecer llegaron a Tixtla, en tierra caliente, solar natal del escritor liberal Ignacio Manuel Altamirano.” (Domínguez, 2014: 46)

Paz recordaría que tras varias horas de montar a caballo le dolían las piernas y que en el poblado les recibieron amablemente, en especial las mujeres, que veían al poeta con *curiosidad y un poco de burla*; les dieron de comer y después descansaron en un catre lleno de carrizos; a pesar de la dureza de éste, el joven se durmió al poco rato *mecido por la música de los grillos y el rumor de los follajes*.

A la mañana siguiente, los muchachos desayunaron melones y recorrieron el pueblo, la gente les simpatizó, personas *de sonrisa fácil y mirada relampagueante, sensibilidad y ráfagas de violencia*. En Tixtla, Paz, teniendo como fondo canciones acompañadas con guitarra, *fue iniciado en el misterio del pozole guerrerense*. Los jóvenes fueron también al poblado vecino de Chilapa, *donde visitaron un convento y le compraron dulces a las monjitas*.

Existe una fotografía de este viaje publicada en diversos sitios y que Christopher Domínguez incluyó en su libro, en ella, puede observarse a un Octavio Paz de 17 años, de pie sobre un camino empedrado, con un porte muy maduro para su edad, con camisa blanca, pantalones y botas de montar, que sostiene con una mano la brida de un caballo pardo y flaco, y con la otra, un sombrero de campo; como fondo, se encuentra una destartalada casa de adobe.

Sin embargo, no todo fue formación libresca, revistas literarias, discusiones elevadas, participación política, *vagabundeos culturales*, búsqueda del *oficio poético* a través de lo sublime, también existió ese otro aspecto, que también forma, y que también templea el carácter, y en el que muchos se extravían: la vida bohemia; en este caso, la vida bohemia del estudiante.

En efecto, Octavio Paz y sus amigos, *estrellas iracundas, desoladamente tristes* al decir de Efraín Huerta, pues no fueron ni tan iracundos ni tan desolados, porque, afortunadamente, *echaron bastante relajo*, como suele decirse.

Paz y sus amigos (y amigas) pertenecieron a una *tribu relajienta* o benévola pandilla estudiantil: *La Jija*, cuyo antecedente habían sido *Los Cachuchas*:

No todo es activismo solemne, claro. En su avatar de Jijos zarandean al hostelero chino, trabucan al velador de la escuela, toman opio, beben hasta el espasmo una bebida de su invención llamada (más bien descrita) calambre que incluye granadina, aguardiente y agua de sifón, ejercen un dadaísmo amateur que consiste en pasear por el centro de la ciudad a una señora de ropa osada (y usada), a la que tratan con ruidosa deferencia, y que tiene la peculiaridad de ser un maniquí. Su librería es Porrúa, en las calles de Argentina, donde compran revistas europeas; al salir, su cervecería es El Paraíso: un figón con suelo de aserrín y humor de meados (al entrar una noche, Paz se encuentra de golpe con la imagen ya trastabillante de su padre; con las miradas pactan no delatarse ante sus respectivos amigos). Sus cafés son el Alfonso y el América, cada uno con su chino alharaquiento; su cine, el Venecia, el más estudiantil, por la Santa Veracruz, donde ven cinco días seguidos todas las funciones de El acorazado Potemkin. Después, si había recursos, acudían en grupo al Salón México, donde Paz disfrutaba su fama de buen bailarín. (Sheridan, 2004: 105 – 106)

Los muchachos acudían también a la Carpa Garibaldi y a teatros pequeños como el Maya y el Ulises, e iban de excursión, los sábados, al Ajusco y al Desierto de los Leones; algunas veces irían, así mismo, a los destartados estadios de madera de la ciudad para ver partidos de fútbol y corear a favor del Necaxa; por supuesto, fueron a los programas del Palacio de Bellas Artes donde Carlos Chávez y Silvestre Revueltas dirigían obras de Stravinsky y Debussy; en una ocasión, al presenciar Pedro y el lobo, de Prokófiev, Carlos Pellicer, *recitó con su voz profunda de cántaro* la fábula, y sus alumnos, en la parte alta del recinto, aplaudieron a rabiar. (Domínguez, 2014: 45)

Al pensar en esos tiempos, Octavio Paz recordó con cierto remordimiento algunas de sus *diabluras* de muchacho, lo que le hizo decir:

Pero no todo era sublime en esos callejeos. Tampoco sórdido. Entre uno y otro extremo se extendía el territorio impreciso e inmenso del aburrimiento. Enfermedad de los adolescentes: el aburrimiento abre con gesto distraído las puertas de la poesía o las del libertinaje, las de la meditación solitaria o las de las diversiones crueles y estúpidas. (Paz, 2013b: 31)

Paz se refiere, concretamente, a una forma de relajó, más bien entre ingenua y canalla: los amigos tenían (cómo no) a un *bufón* o compañero *al que agarraban de barco*, como suele decirse, del que se reían a todo trapo, Pedro Rendón; *era un muchacho carirredondo, de ojos humildes, ademanes tímidos, ropa estrecha y olor a fritura. No caminaba: rodaba lentamente y con cierto ritmo de globo. Su mansedumbre nos parecía bovina, pero tal vez era angelical. Era el bobo del barrio. También era pintor y poeta.*

Pedro Rendón deambulaba, necesitado, por el barrio universitario, y, para divertirse, los jóvenes le invitaban a veces un taco y un tepache, pero le pedían a cambio que compusiese un soneto con el nombre del benefactor, o el de una amiga:

Pedro lo escribía como el perrito salta el aro y menea la cola.
¿Cuántos sonetos escribió para mí y mis amigos? Pedro:
perdónalos, perdóname. Como el burrito de Tablada en su
paraíso de Alfalfa, tú estás ahora en una alta y reluciente
taquería en donde, al fin en paz, ya lejos de la mofa y el escarnio,
comes las tortas compuestas del otro barrio. (Paz, 2013b: 32)

Pedrito, nos dice Paz, no parecía darse cuenta cabal que era el hazmerreír del barrio universitario, lo que fue afortunado, sin duda, para el muchacho embromado.

Una de las experiencias más importantes en la vida, que impactan decisivamente en la formación o educación sentimental, es el enamoramiento; y más, el primer enamoramiento; experiencia a tal grado intensa que *Freud* la comparó con los estados alterados de la psique.

Por ese tiempo, concretamente a principios de 1934, Octavio Paz conoció a *Elena Garro* y se enamoró de ella; él iba a cumplir veinte años y ella acababa de cumplir 17. Paz quedó cautivo de la hermosura y la inteligencia de la muchacha: se prendó de su ingenio y de su trenza dorada.

Los jóvenes se conocieron en una *tardeada*, Octavio Paz invitó a bailar a una reticente Elena, pero recibió ayuda inesperada, una tía de la joven había sido novia de Octavio Paz Solórzano, y al parecer tenía un grato recuerdo de él; así es que interpuso sus buenos oficios. Así mismo, el joven, simpático, culto y bien parecido, fue del agrado de las hermanas y de los primos de Elena. (Sheridan, 2004: 151 – 154)

A las pocas semanas Octavio y Elena se hicieron novios e inició una de las más famosas y turbulentas relaciones de pareja en la historia literaria de México. Elena y Octavio se casarían en 1937 y ella lo acompañaría al Congreso de Escritores Antifascistas de ese año celebrado en Valencia, España, en plena guerra civil.

Por supuesto, este amor correspondido (que unos pocos años después se *descompondría* tremendamente), incidió notablemente en la temática y el estilo poético de Octavio Paz; quizá nunca como en esa época pasión amorosa, pasión poética y pasión revolucionaria estuvieron tan perfectamente unidas en él:

La experiencia del amor se cruza, se continúa y se amplifica, en la idea pasional de “crear un mundo nuevo”. La revolución social es la cara pública del deseo; el deseo es la revolución íntima; la poesía el certificado de legitimidad tanto del deseo como de la revolución.” (Sheridan, 2004: 161)

De esos años de Elena, son estos versos enamorados:

I

Bajo tu clara sombra

vivo como la llama al aire,

en tenso aprendizaje de lucero.

II

Tengo que hablaros de ella.

La que suscita fuentes en el día,

la que puebla de mármoles la noche.

Es el mismo reposo el que respira

en su callada vena;

la huella de su pie

es el centro visible de la tierra,

la frontera del mundo,

sitio sutil, encadenado y libre;

discípula de pájaros y nubes

hace girar al cielo;

su voz, alba terrestre,

nos anuncia el rescate de las aguas,

el regreso del fuego,

la vuelta de la espiga,

las primeras palabras de los árboles,

la blanca monarquía de las alas.

No vio nacer al mundo,

mas se enciende su sangre cada noche

con la sangre nocturna de las cosas

y en su latir reanuda

el son de las mareas
que alzan las orillas del planeta,
un pasado de agua y de silencio
y las primeras formas de la materia fértil.”

Fragmento de *Bajo tu clara sombra* (Paz, 1983: 18)

En la edición correspondiente a las obras completas, el poeta agregaría el siguiente verso:

“Tengo que hablaros de ella,
De su fresca costumbre
De ser simple tormenta, rama tierna.”

Octavio Paz y Elena Garro, aunque tuvieron una hija (Laura Helena, nacida en 1939), debido al progresivo deterioro de su relación, se divorciaron en 1959; por supuesto, Paz mantendría varios amoríos a lo largo de su vida, hasta que se encontró con la hermosa joven de origen corso *Marie José Tramini* en 1962, con quien se casaría en 1966, *bajo el árbol del Nim*. (Domínguez, 2014: 260) Si Elena fue el amor primero de Octavio Paz, Marie José fue el amor más poderoso, el definitivo, la compañera que estuvo con él el resto de su vida.

Al respecto, es pertinente mencionar que Octavio Paz, desde muy joven, fue un devoto de la mujer e incluso pensó que la sociedad sería mucho mejor si de verdad

adoptase cualidades femeninas; así, en una entrevista concedida a Rita Guibert en 1970, expresó (fragmento):

- Pero la mujer ha sido y es un ser oprimido.
- Sí, probablemente desde el fin del neolítico. Esto es terrible porque tal vez le debemos a las mujeres las artes fundamentales de toda civilización: la agricultura, la alfarería, la cocina, los tejidos. Y todas esas artes son pacíficas. La esclavitud de la mujer, si hemos de creer a ciertos antropólogos, comienza con las civilizaciones urbanas: el descubrimiento de los metales y los consecuentes progresos en el arte militar; la invención de la escritura y la consecuente aparición de las grandes burocracias religiosas y estatales monopolizadoras del saber; las primeras urbes y la consecuente necesidad de mano de obra servil. Así, pues, la esclavitud de la mujer comienza con la de la mayoría del género humano. O sea con lo que llaman Estado, historia...
- Algunas feministas adoptan una actitud antimasculina.
- Yo estoy por la igualdad, pero igualdad no quiere decir identidad, homogeneidad. Los hombres son – y qué bueno que lo sean – cada uno distinto al otro; y también qué bueno que los hombres sean distintos de las mujeres. En una sociedad realmente libre lo importante sería el cultivo de las diferencias; aquello que nos distingue es aquello que nos une. Deberíamos concebir a la sociedad como una asociación de oposiciones complementarias y la gran oposición es lo masculino y lo femenino. Iré más lejos: creo que del juego de lo masculino y de lo femenino podría surgir una nueva cultura y creaciones que ni siquiera sospechamos. La oposición de lo femenino y de lo masculino es una oposición de orden complementario. Además, en el seno de cada hombre y de

cada mujer esa oposición renace, pues en cada hombre hay algo femenino y en cada mujer hay algo masculino.

- En la sociedad moderna hay oposición, pero no esa oposición complementaria que usted dice.
- Cuando una sociedad presenta como único arquetipo lo masculino, hay violencia y deformación. Ése es el caso de la sociedad protestante capitalista de los Estados Unidos: el modelo ha sido sobre todo un arquetipo masculino y la mujer ha tenido que adaptarse a este modelo; al masculinizarse, la mujer se ha deformado. Pero el hombre también se ha mutilado. El hombre no es solamente hombre, es también mujer. Cuando el hombre norteamericano piensa que lo fundamental es el trabajo, el ahorro, la dominación...., cuando concibe el deporte como competencia y como guerra..., cuando incluso ve al placer como trabajo y el número de orgasmos es equivalente al número de rounds en una pelea o al número de dólares que tiene en la cuenta del banco..., en ese momento el arquetipo masculino está mutilando al hombre. Habría que feminizar a la civilización occidental. (Paz, 1985: 38 – 40)

Aquí se da por concluida esta aproximación a la génesis de la formación del poeta y ensayista Octavio Paz, a través del entramado biográfico que abarca desde la genealogía hasta llegar a la primera juventud y la publicación de los primeros trabajos.

Sin embargo, no quisiera concluir este esfuerzo de investigación educativa sin dejar esbozada, aunque sea, la enorme influencia que tuvo el psicoanálisis en la formación y en las concepciones de Octavio Paz. *El poeta no se recostó jamás en el diván, es decir, no se sometió a sesiones de terapia psicoanalítica, que se sepa, pero fue lector de Sigmund Freud desde los años preparatorianos; es más, fue uno de los primeros*

lectores de Freud en México y la impronta psicoanalítica es determinante en *El Laberinto de la soledad*:

El Laberinto de la soledad es un ensayo acerca de la identidad mexicana, uno de los tantos libros acerca del carácter nacional publicados en la primera mitad del siglo XX, cuando muchos de los intelectuales mexicanos más renombrados – basta recordar los nombres de Alfonso Reyes, Antonio Caso y Samuel Ramos – participaron en el debate sobre “la filosofía de la mexicanidad”. Paz fue el primero en usar las ideas freudianas para explicar la cultura mexicana: en ocho capítulos, El Laberinto analiza varios “mitos” mexicanos, desde la popularidad de las máscaras hasta el Día de Muertos, y ofrece una perspectiva general de la historia del país, desde la Conquista hasta la década de 1940.” (Gallo, 2013: 101 – 102)

En efecto, en una conversación con *Claude Fell* efectuada en 1975, Paz reconoce la explícita influencia del libro *Moisés y la religión monoteísta* publicado en 1939 (traducido ese mismo año al español):

- Y en El Laberinto, usted dice que la tipología tal como la establece Ramos tendría que ser superada por el psicoanálisis.
- Sí. Una de las ideas ejes del libro es que hay un México enterrado pero vivo. Mejor dicho: hay en los mexicanos, hombres y mujeres, un universo de imágenes, deseos e impulsos sepultados. Intenté una descripción – claro que fue insuficiente: apenas una ojeada – del mundo de represiones, inhibiciones, recuerdos, apetitos y sueños que ha sido y es México. El estudio de Freud sobre el monoteísmo judaico me impresionó mucho. Hablé antes de moral;

ahora debo agregar otra palabra: terapéutica. La crítica moral es autorrevelación de lo que escondemos y, como lo enseña Freud, curación...relativa. En este sentido mi libro quiso ser un ensayo de crítica moral: descripción de una realidad escondida y que hace daño.” (Paz, 1993: 325 – 326)

En particular, quiero resaltar la influencia del *último Freud* en Octavio Paz, el Freud *pulsionalista*, el que surge en 1920 con *Más allá del principio del placer* y que nos advierte la presencia de la pulsión de muerte en el hombre (destruktiva y autodestructiva): *Tánatos o Thanatos*; afirmación freudiana que posee abrumadora evidencia no sólo clínica sino histórica y que se corrobora día a día en la “civilización”; sin embargo, incluso dentro del campo de los psicoanalistas muchos retroceden, con horror e ingenuidad, ante esta verdad psíquica evidente. Cabe destacar entre los que no retrocedieron a la eminente psicoanalista Melanie Klein, que hizo de la dialéctica psíquica *Eros – Tánatos* el fundamento de su teorización y de su terapéutica.

Al respecto del *último Freud* en la ensayística paziana, dice *Thomas Mermall* en su ensayo pionero de 1968: *Octavio Paz: El Laberinto de la soledad y el (p) psicoanálisis de la historia*:

En cuanto al instinto de muerte, es este un mecanismo (p) síquico muy tratado en la metapsicología de Freud y constituye el eje de su concepto de la civilización. Por una ardua ruta experimental Freud llegó a postular un instinto de regresión ínsito en todo ser, el cual en colaboración con los instintos vitales – Eros – conduce al organismo hacia un estado inerte y así a su propio origen. Este estado de Nirvana, como también lo llamaba Freud, es la meta de todo organismo. Desde la experiencia

traumática de haber nacido, de haber abandonado un santuario privilegiado libre de tensión, el hombre conducido por sus instintos conservadores anhela el estado apacible en la entraña materna. Es preciso recordar aquí que este “Principio de Nirvana” es el instinto tanático considerado como un dato biológico, aún no contaminado por las vicisitudes de la realidad histórica.

El antagonismo entre vida y muerte es un tema predilecto no sólo en la obra poética de Paz, sino como él mismo nos recuerda, en las de Rilke, Gorostiza y Villaurrutia. Vida y muerte para Paz no se complementan cuando bajo el impacto de la organización social y el desarrollo tecnológico los instintos de vida y muerte quedan reprimidos y modificados. Vivir en el tiempo histórico es sufrir bajo la represión; el sentido de la fiesta es devolver por un instante el sentido auténtico de la muerte – muerte como vínculo directo con el tiempo indiferenciado, mientras que la muerte reprimida caracterizada por un alto nivel de organización social se manifiesta de forma morbosa.” (Mermall, 1968: 99 – 100)

Cabe aquí una aclaración, dentro de la doctrina psicoanalítica *instinto y pulsión*, aunque conceptos cercanos, difieren cualitativamente de manera importante: con instinto se hace referencia a un comportamiento hereditariamente fijado que aparece en todos los individuos de una determinada especie animal; por ejemplo, entre los felinos y numerosas especies más, la protección de las crías por la madre. Pulsión es un concepto de cuño psicoanalítico, concepto límite entre lo somático y lo psíquico que, de manera simplificada, podría definirse como fuerte *impulso o tendencia* que existe

en el ser humano. *Freud desarrolla el concepto en en Tres ensayos de teoría sexual* de 1905.

Sin embargo, esta distinción entre *instinto* y *pulsión* no se hacía en las primeras traducciones de Freud al español, por lo que tales palabras venían a significar lo mismo.

El primer capítulo de El Laberinto de la soledad fue publicado en 1949 en la revista Cuadernos Americanos, la primera edición es de 1950, y la edición definitiva se publicó en 1959 por el Fondo de Cultura Económica. Al respecto, en una carta fechada en mayo de 1950 Alfonso Reyes, que había recibido uno de los primeros ejemplares del libro, le escribió a Paz:

¡Qué libro tan claro y noble, querido Octavio Paz, su Laberinto de la soledad! ¡Qué probidad, qué justicia y qué elegancia! (¿No serán lo mismo en el fondo?) Me resisto a empañar la expresión de mi enhorabuena con agradecimientos de orden personal. Pero ¿cómo evitarlo, si lo quiero de veras y ninguna palabra suya me deja indiferente?

Ya va usted por su camino derecho. Desde mi cansancio y mi alegre vejez, le abro los brazos, efusivamente.

Su

Alfonso Reyes.” (Reyes, 1998: 123)

Sigamos con la influencia de Freud en la obra *paziana*; en *El Laberinto de la soledad* en el capítulo V, Conquista y Colonia, Octavio Paz hace suya, explícitamente, *la dialéctica Eros – Tánatos postulada por Freud*:

La dualidad de la religión azteca, reflejo de su división teocrático – militar y de su sistema social, corresponde también a los impulsos contradictorios que habitan cada ser y cada grupo humano. El instinto de la muerte y el de la vida disputan en cada uno de nosotros. Esas tendencias profundas impregnan la actividad de clases, castas e individuos y en los momentos críticos se manifiestan con toda desnudez. La victoria del instinto de la muerte revela que el pueblo azteca pierde de pronto la conciencia de su destino. Cuauhtémoc lucha a sabiendas de la derrota. En esta íntima y denodada aceptación de su pérdida radica el carácter trágico de su combate.”

Compárese lo anterior con el siguiente párrafo de *El malestar en la cultura*, publicado en 1930 y traducido al español en 1944:

Dicho instinto de agresión es el descendiente y principal representante del instinto de muerte, que hemos hallado junto al Eros y que con él comparte la dominación del mundo. Ahora, creo, el sentido de la evolución cultural ya no nos resultará impenetrable; por fuerza debe presentarnos la lucha entre Eros y muerte, instinto de vida e instinto de destrucción, tal como se lleva a cabo en la especie humana. Esta lucha es, en suma, el contenido esencial de la misma, y por ello la evolución cultural puede ser definida brevemente como la lucha de la especie humana por la vida. ¡Y es este combate de los Titanes el que nuestras nodrizas pretenden aplacar en su “arroró del Cielo!” (Freud, (2006: 96)

Octavio Paz también utilizaría categorías psicoanalíticas de manera creativa en su *monumental ensayo biográfico de Sor Juana*, publicado en 1982; como ejemplo, el siguiente párrafo:

En cualquier caso la imagen que tuvo de su padre, como ya dije, fue una mezcla de resentimiento, nostalgia y – ¿por qué no? – secreta admiración. Si, como lo da a entender su actitud, lo mató imaginariamente y lo enterró en el silencio, su poesía lo desenterró, transfigurándolos a ella y a él: ella fue su viuda y él su marido muerto. Esta fantasía invierte, en su primer momento, la situación arquetípica que según Freud y sus seguidores adoptan los niños frente a sus padres: matar simbólicamente al padre o a la madre para, también simbólicamente, sustituirlo. En el caso de Juana Inés, si es verdadera mi suposición, la niña mata a su padre, no a su madre, y esto indica una inversión de sexo y de valores. Doble transgresión: matar a la imagen de su padre y asumir así no la imagen de la madre sino la masculina. Pero esta “masculinización”, a su vez, es negada en un segundo movimiento de su vida psíquica: Juana Inés convierte al fantasma paternal en el espectro de su marido y ella se transforma en su viuda. Así se realiza la identificación con la madre – la verdadera viuda, aunque no legal, de Asbaje – y la “masculinización” se trueca “feminización”: Juana Inés substituye idealmente a su madre. Nueva ambigüedad: la substitución se consuma cuando ella se hace monja.” (Paz, 2012: 111 – 112)

Dada la complejidad de los movimientos psíquicos que nos presenta, no cabe duda que Octavio Paz se tomaba con seriedad a la doctrina psicoanalítica; sin embargo, leal a la *pasión crítica* que está en la raíz de su formación intelectual, fue capaz de someter a *duda metódica* a todo y a todos, incluso a sí mismo y a sus referentes intelectuales; así que, ahí, en la biografía de Sor Juana, somete al fuego del escepticismo (y de la ironía) a la psicología moderna (psicoanálisis incluido):

Hay que confesar, por otra parte, que la teoría astrológica del amor, por quimérica que nos parezca, poseía mayor consistencia para los contemporáneos de sor Juana que para nosotros las doctrinas de los psicoanalistas y los psiquiatras. Apenas si necesito aclarar que no me refiero a la verdad – si es que esta palabra tiene algún sentido cuando se habla de los hombres y su naturaleza cambiante – sino a la consistencia de esas ideas. Aunque esto escandalice a muchos, pienso que las modernas teorías psicológicas no han hecho sino substituir un conjunto de principios fantásticos (humores, astros, espíritus, afinidades y antipatías) por otras entelequias (complejos, pulsiones, inconsciente, arquetipos). En cierto modo, la psicología actual no es sino una traducción en términos científicos modernos de la psicología renacentista.” (Paz,2012: 271)

En efecto, el psicoanálisis fue una de las poderosas corrientes de pensamiento que concurrieron en el complejo entramado intelectual de Octavio Paz; sin embargo, Paz lo utilizó de manera creativa y crítica, sin entregarse a él con la fe de un converso a una nueva religión, como lo hicieron en numerosos casos lectores, adeptos y practicantes de esta doctrina terapéutica.



Octavio Paz y Marie José, 1973

VI A MANERA DE CONCLUSION

En el desarrollo de este trabajo, a través de un ejercicio biográfico, hemos buscado aproximarnos a develar la densidad conceptual de la polisémica categoría *formación* en el campo educativo; particularmente, hemos buscado darle cuerpo, contenido y substancia, al rastrearla en los años primeros del poeta Octavio Paz.

Así, se ha buscado en la genealogía y se ha entrado en el espacio familiar, donde hemos conocido a la madre y al padre y su desencuentro matrimonial, y hemos sido testigos de los conflictos que presencié el niño, hijo único de la pareja. La madre, Josefina, figura protectora y bienhechora a la que Octavio Paz siempre quiso; y el padre, también Octavio, personalidad borrascosa con la que tuvo una relación difícil, al grado que el poeta llegaría a decir que *nunca pudo hablar con él*. Sin duda, el abogado Paz, también revolucionario zapatista, periodista y político, fue figura de identificación ambivalente para el poeta.

Hemos conocido al abuelo Ireneo, literato, periodista y militar que luchó contra El Segundo Imperio, patriarca de la familia Paz, *prodigioso surtidor de historias y anécdotas*, el hombre al que más quiso el poeta, y que fue figura de identificación definitiva para él; una de las influencias más grandes y positivas de su vida.

Hemos atisbado a Amalia, la tía que nunca contrajo nupcias, *virgen somnílocua*, mujer excéntrica que fascinaba y aterraba al niño Octavio, quien lo introdujo al gusto por la literatura de Francia, le dio los rudimentos del francés y le contaba historias delirantes.

Hemos tenido noticia de la casona de Mixcoac, con la biblioteca que fue determinante para la formación del poeta; la biblioteca del abuelo, lugar enorme y silencioso, y, por supuesto, atestado de volúmenes, donde Paz leyó primero libros de aventuras, y

después a los clásicos de las literaturas española, francesa, inglesa y rusa; lugar donde se encontró, ya de joven, con Rousseau y con Nietzsche, entre muchos otros.

A través de los ojos del poeta hemos conocido al tranquilo poblado de Mixcoac y hemos sabido acerca de los juegos, llenos de alegría y bullicio a los que se entregaba el niño en compañía de sus primos.

Hemos conocido, en cierta manera, a las escuelas por las que pasó el niño y el joven, *El Zacatito*, su querido *Colegio Williams*, la Secundaria Tres de la Colonia Juárez; nos hemos anoticiado acerca de los principios educativos de estos planteles y de los deportes que practicó Octavio Paz.

El poeta nos ha dicho como, casi niño, y al amparo de la influencia de su abuelo y del culto a las letras que en la casa existía, surgió la vocación, hija del asombro y la fascinación, que se convirtió en atracción irrefrenable, revelación, y *finalmente en descubrimiento de su destino*.

Paz, así mismo, nos dijo el por qué, ante todo, quiso ser poeta y no un novelista, aunque intentara algunos cuentos; hemos rastreado también, algunas claves que podrían explicar la maestría de su obra ensayística.

Hemos recorrido con el joven Octavio Paz y sus amigos los pasillos del *Colegio de San Ildefonso*, y hemos sabido acerca de sus actividades educativas formales e informales; así mismo, nos hemos enterado de sus primeras participaciones políticas, y hemos conocido su encuentro con José Gorostiza, poeta al que mucho quiso y al que mucho le debió.

Con Paz, hemos viajado gran número de horas en el espacioso tranvía, buen amigo del joven, lugar rodante para el aprendizaje, sitio aromático para hacer la tarea y escuela inocente para la seducción.

Hemos sido testigos del interés de Octavio Paz por las revistas literarias y políticas, revistas que fueron determinantes para su formación, y, acaso hemos imaginado fundar junto con él *Barandal*. Al respecto, en este trabajo se ha presentado un análisis de los primerísimos trabajos de Paz.

Hemos sabido acerca de los *vagabundeos, culturales y bohemios*, que tuvieron influencia decisiva en la formación *paziana*; y hemos sabido algo al respecto de sus primeros amores y del primer amor hecho mujer.

Así, a lo largo de este trabajo hemos recorrido el entramado formativo fundante y la trama biográfica primera del poeta; *años tempranos que se revelaron cruciales para la creación de la obra paziana*. Al respecto, José Emilio Pacheco, en el artículo *¿Águila o sol?* dijo en relación a los trabajos de Paz, los que publicó de los 17 a los 30 años, *que en ellos se advierte a un joven poeta de gran talento que hace su normal aprendizaje entre otros jóvenes poetas de gran talento. En cambio el prosista está hecho desde la adolescencia*.

Octavio Paz resultó ser un *caso paradigmático* del cómo el talento, la genealogía, el ambiente familiar, la formación escolar y la *atmósfera sociopolítica* de una época se entramaron para que surgiese una figura cultural cimera; en este caso una de las figuras más relevantes de la literatura mexicana y universal.

Formación: un inicio, una vocación, un cenit, un acaso, un devenir, una búsqueda, un tránsito, una obra, biografía que significa, al final, encuentro con uno mismo.

Relevante, y novedosa en los tiempos que corren, es la conclusión: el proceso de enseñanza - aprendizaje, a la par que intenso, debe ser gozoso; como lo fue el aprendizaje de Octavio Paz. Por supuesto, tal conclusión es del dominio de todo aquél que haya practicado *el arte de la docencia*.

A la vida de Octavio Paz llegarían después extensos vagabundeos poéticos, literarios, políticos y diplomáticos que lo llevarían a recorrer buena parte del mundo, y que enriquecerían de manera enorme su formación y propiciarían el surgimiento de la obra cimera; sin embargo, *la obra paziana* de madurez le debe muchísimo a ese niño juguetón, a veces silencioso y ya fascinado por las palabras, y a ese joven apasionado, vehemente, que se enamorara al mismo tiempo de la poesía y de la libertad.

Al final de este recorrido biográfico y al final de este trabajo en el área de la investigación educativa, nos hemos hecho amigos, en efecto, de Octavio Paz Lozano; ya que, aunque figura polémica en los años de fama, ¿a quién no podría simpatizarle intensamente el joven poeta?

En el 2014, año del centenario del nacimiento del poeta, mientras meditaba el inicio de esta tesis, casi a la entrada de la sede sur del CINVESTAV, vi una mampara, que en homenaje, tenía un fragmento de uno de los más bellos poemas de Octavio Paz; el poema era *Como quien oye llover*, el cual extraigo de su libro *Árbol Adentro*, publicado en 1987:

Óyeme como quien oye llover,

ni atenta ni distraída,

pasos leves, llovizna,

agua que es aire, aire que es tiempo,

el día no acaba de irse,
la noche no llega todavía,
figuraciones de la niebla
al doblar la esquina,
figuraciones del tiempo
en el recodo de esta pausa,
óyeme como quien oye llover,
sin oírme, oyendo lo que digo
con los ojos abiertos hacia adentro,
dormida con los cinco sentidos despiertos,
llueve, pasos leves, rumor de sílabas,
aire y agua, palabras que no pesan:
lo que fuimos y somos,
los días y los años, este instante,
tiempo sin peso, pesadumbre enorme,
óyeme como quien oye llover,
relumbra el asfalto húmedo,
el vaho se levanta y camina,
la noche se abre y me mira,

eres tú y tu talle de vaho,
tú y tu cara de noche,
tú y tu pelo, lento relámpago,
cruzas la calle y entras en mi frente,
pasos de agua sobre mis párpados,
óyeme como quien oye llover,
el asfalto relumbra, tú cruzas la calle,
es la niebla errante de la noche,
es la noche dormida en tu cama,
es el oleaje de tu respiración,
tus dedos de agua mojan mi frente,
tus dedos de llama queman mis ojos,
tus dedos de aire abren los párpados del tiempo,
manar de aspiraciones y resurrecciones,
óyeme como quien oye llover,
pasan los años, regresan los instantes,
¿oyes tus pasos en el cuarto vecino?
no aquí ni allá: los oyes
en otro tiempo que es ahora mismo,

oye los pasos del tiempo

inventor de lugares sin peso ni sitio,

oye la lluvia correr por la terraza,

la noche ya es más noche en la arboleda,

en los follajes ha anidado el rayo,

vago jardín a la deriva

entra, tu sombra cubre esta página.”



VII BIBLIOGRAFÍA

Elena Poniatowska en su libro Octavio Paz. Las palabras del árbol (1998), nos presenta la siguiente ordenación de las obras del poeta, con el año original de edición:

POESÍA

Luna silvestre (1933) México, Fábula.

¡No pasarán! (1936) México, Simbad.

Raíz del hombre (1937) México, Simbad.

Bajo tu clara sombra y otros poemas sobre España (1937) Valencia, Ediciones Españolas.

Entre la piedra y la flor (1941) México, Nueva Voz.

A la orilla del mundo y Primer día, Bajo tu clara sombra, Raíz del hombre, Noche de resurrecciones (1942) México, Compañía Editora y Librería ARS.

Libertad bajo palabra (1949) México, Tezontle.

¿Águila o sol? (1951) México, Tezontle.

Semillas para un himno (1954), México, Tezontle.

Piedra de sol (1957) México, Tezontle.

La estación violenta (1958) México, FCE.

Libertad bajo palabra: obra poética 1935 – 1957 (1960) México, FCE.

Salamandra 1958 – 1961 (1962) México, Joaquín Mortiz.

Viento entero (1965) Delhi, The Claxton Press.

Blanco (1967) México, Joaquín Mortiz.

Discos visuales (1968) México, Ediciones Era.

Ladera Este 1962 – 1968 (1969) México, Joaquín Mortiz

La centena. Poemas 1935 – 1968 (1969) Barcelona, Barral Editores.

Topoemas (1971) México, Ediciones Era.

Vuelta (1971) México, Ediciones El Mendrugo.

Renga (1973), México, Joaquín Mortiz. (Poema colectivo en cuatro lenguas con Jacques Roubaud, Edoardo Sanguinetti y Charles Tomlinson).

Pasado en claro (1975) México, FCE.

Vuelta (1976) Barcelona, Seix Barral.

Air Born – Hijos del aire (1979) México, Taller Martín Pescador. (En colaboración con Charles Tomlinson).

Poemas 1935 – 1975 (1979) Barcelona, Seix Barral.

Carta de creencia (1987) México, Ediciones papeles privados.

Árbol Adentro (1987) Barcelona, Seix Barral.

PROSA

La obra en prosa de Octavio Paz, citada por Elena Poniatowska por año original de edición:

El Laberinto de la soledad (1950) México, Cuadernos Americanos.

El arco y la lira (1956) México, FCE.

Las peras del olmo (1957) México, UNAM.

Cuadrivio (1965) México, Joaquín Mortiz

Los signos en rotación (1965) Buenos Aires, Sur.

Puertas al campo (1966) México, UNAM.

Claude Lévi-Strauss o el nuevo festín de Esopo (1967) México, Joaquín Mortiz.

Corriente alterna (1967) México, Siglo XXI Editores.

Marcel Duchamp o el castillo de la pureza (1968) México, Era.

Conjunciones y disyunciones (1969) México, Joaquín Mortiz

México: la última década (1969) Austin, University of Texas.

Posdata (1970) México, Siglo XXI Editores.

Las cosas en su sitio: sobre la literatura española del siglo XX (1971) México, Finisterre. En colaboración con Juan Marichal).

Los signos en rotación y otros ensayos (1971) Madrid, Alianza Editorial. Prólogo y selección de Carlos Fuentes.

Traducción: literatura y literalidad (1971) Barcelona, Tusquets.

Apariencia desnuda: la obra de Marcel Duchamp (1973) México, Ediciones Era.

El signo y el garabato (1973) México, Joaquín Mortiz.

Solo a dos voces (1973) Barcelona, Editorial Lumen. En colaboración con Julián Ríos.

Teatro de signos – Transparencias (1974) Madrid, Editorial Fundamentos.

La búsqueda del comienzo. Escritos sobre el surrealismo (1974) Madrid, Editorial Fundamentos.

El mono gramático (1974) Barcelona, Seix Barral.

Los hijos del limo: del romanticismo a la vanguardia (1974) Barcelona, Seix Barral.

Xavier Villaurrutia en persona y en obra (1978) México, FCE.

El ogro filantrópico: historia y política de México 1971 – 1978 (1979), México, Joaquín Mortiz.

In Mediaciones (1979) México, Seix Barral.

México en la obra de Octavio Paz (1979) México, Promexa Editores. Edición y prólogo de Luis Mario Schneider.

El Laberinto de la soledad. Posdata. Vuelta a El Laberinto de la soledad (1981) México, FCE.

Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe (1982) México, FCE.

Tiempo nublado (1983) Barcelona, Seix Barral.

Sombras de obras: arte y literatura (1983) Barcelona, Seix Barral.

Hombres en su siglo y otros ensayos (1984) Barcelona, Seix Barral.

Pasión crítica: conversaciones con Octavio Paz (1985) Barcelona, Seix Barral. Prólogo y selección de Hugo J. Verani)

Primeras letras 1931 – 1943 (1988) México, Vuelta; Barcelona, Seix Barral. Selección e introducción de Enrico Mario Santí.

Poesía, mito, revolución (1989) México, Vuelta.

Pequeña crónica de grandes días (1990) México, FCE.

La otra voz: poesía y fin de siglo (1990) Barcelona, Seix Barral.

Itinerario (1993) México, FCE.

La llama doble: amor y erotismo (1993) Barcelona, Seix Barral.

Vislumbres de la India (1995) Barcelona, Seix Barral.

Así mismo, Octavio Paz escribió una obra de teatro, La hija de Rappaccini, que se publicó originalmente en Revista Mexicana de Literatura, vol. 2. Núm. 7, sep – oct. 1956.

OBRAS COMPLETAS DE OCTAVIO PAZ

Edición del autor, en ocho volúmenes, publicadas por Galaxia Gutemberg – Círculo de Lectores , Barcelona, entre 1999 y 2005.

I La casa de la presencia. Poesía e historia. (1999)

II Excursiones – Incursiones. Dominio extranjero. Fundación y disidencia. Dominio hispánico. (2000)

III Generaciones y semblanzas. Dominio mexicano. Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe. (2001)

IV Los privilegios de la vista. Arte moderno universal. Arte de México. (2001)

V El peregrino en su patria. Historia y política de México.

VI Ideas y costumbres. La letra y el cetro. Usos y símbolos (2003)

VII Obra poética 1935 – 1998 (2004)

VIII Miscelánea. Primeros escritos y entrevistas (2005)

Christopher Domínguez nos anuncia en “Octavio Paz en su siglo” que existen las obras (Oeuvres) de Octavio Paz traducidas al francés, publicadas por Pléiade – Gallimard en 2008, en edición preparada y anotada por Jean- Claude Masson.

Para la realización de esta tesis se han consultado las Obras completas, publicadas en quince tomos por el Fondo de Cultura Económica entre 1994 y 2004. Se han consultado, en especial, los tomos III, IV, V, VIII, XI, XII, XIII y XV.

I La casa de la presencia. Poesía e historia (1994)

II Excursiones – Incursiones. Dominio extranjero (1994)

III Fundación y disidencia. Dominio hispánico (1994)

IV Generaciones y semblanzas. Dominio mexicano (1994)

V Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe (1994)

VI Los privilegios de la vista I. Arte moderno universal (1994)

VII Los privilegios de la vista II. Arte de México (1994)

VIII El peregrino en su patria. Historia y política de México (1994)

IX Ideas y costumbres I. La letra y el cetro. (1995)

X Ideas y costumbres II. Usos y símbolos (1996)

XI Obra poética I. 1935 – 1970 (1997)

XII Obra poética II. 1969 – 1998 (2004)

XIII Miscelánea I. Primeros Escritos (1999)

XIV Miscelánea II. (2001)

XV Miscelánea III. Entrevistas (2003)

BIBLIOGRAFÍA Y HEMEROGRAFÍA CITADAS

Atrián Pineda, María Teresa (1998) *Civilización ilustrada. Los entramados de la modernidad*, México, UNAM.

Castañón, Adolfo (1986) *en: Hoguera que fue*, México, UAM – Xochimilco.

Ceballos Garibay, Héctor (1990) *Poder y democracia alternativa*, México, Premiá.

Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos (2014), México, Porrúa.

Díaz Mirón, Salvador (1995) *Antología poética*, México, UNAM.

De Teresa, Adriana (2009) *Octavio Paz 1931 – 1943: génesis de una poética romántica*, México, UNAM.

Domínguez, Michael (2014) *Octavio Paz en su siglo*, Aguilar, México.

Flores Magón, Ricardo (1993) *Antología, introducción y selección de Gonzalo Aguirre Beltrán*, México, UNAM

Ferry, Gilles. (1997) El trayecto de la formación los enseñantes entre la teoría y la práctica, Buenos Aires, Paidós.

Freud, Anna (1986) El yo y los mecanismos de defensa, México, Origen – Planeta.

Freud, Sigmund (2006) El malestar en la cultura, traducción de Ramón Reyes Ardid, Madrid, Alianza.

Fuentes Díaz, Vicente (1996) Los partidos políticos en México, México, Porrúa.

Gálvez, Felipe (1986) Hoguera que fue, México, UAM – Xochimilco.

Gallo, Rubén (2013) Freud en México. Historia de un delirio, México, FCE.

H. Cámara de Diputados 57 Legislatura (2014) Constitución del pueblo mexicano, México, Miguel Ángel Porrúa.

Huerta, Efraín (2014) Borrador para un testamento, La Jornada, 05 junio 2014.

Iduarte, Andrés (2014) en: Ylizaliturri, Diana, Los Barandales de San Ildefonso, Tierra adentro, núms. 189 – 190, marzo – abril, Conaculta.

Krauze, Enrique (1998) En: Octavio Paz. Las palabras del árbol, México, Plaza y Valdés.

Krauze, Enrique (2014) Octavio Paz. El poeta y la revolución, México, Random – House.

Lafaye, Jacques (2013) Octavio Paz en la deriva de la modernidad, México, FCE.

Locke, John (1995) Segundo tratado sobre el gobierno civil, Barcelona, Altaya.

Mermall, Thomas (1968) Octavio Paz. El Laberinto de la soledad y el (p) sicoanálisis de la historia, en: Cuadernos Americanos, vol. 156, enero – febrero.

Montenegro, Walter (1984) Introducción a las doctrinas político – económicas, México, FCE.

Morales Jiménez, Alberto (1957) La Constitución de 1857. Ensayo histórico – jurídico, volumen I, México, Instituto Nacional de la Juventud Mexicana.

Naval, Concepción (1992) Educación, retórica y poética. Tratado de la educación en Aristóteles, Pamplona, EUNSA.

Pacheco, José Emilio (2014) ¿Águila o sol?, en: Proceso, edición especial, núm. 44, México.

Paz Solórzano, Octavio (1986) ¿A qué hora nos fusilarán? En: Hoguera que fue, México, UAM Xochimilco.

Paz, Octavio (1979) Suma y sigue, conversación con Julio Scherer, en: El ogro filantrópico, México, Joaquín Mortiz.

Paz, Octavio (1979) Introducción a la poesía mexicana, en: México en la obra de Octavio Paz, selección y prólogo de Luis Mario Schneider, México, Promociones Editoriales Mexicanas.

Paz, Octavio (1983) Libertad bajo palabra, México, FCE.

Paz, Octavio (1985) en: Pasión crítica, México, Seix Barral.

Paz, Octavio (1986) Octavio Paz en la memoria de Octavio Paz, en: Hoguera que fue, México, UAM – Xochimilco.

Paz, Octavio (1987) Árbol Adentro, México, Seix Barral

Paz, Octavio (1990) *Primeras letras, Introducción y notas de Enrico Mario Santí*, Barcelona, Seix Barral.

Paz, Octavio (1993) *Vuelta a El Laberinto de la soledad*, México, FCE.

Paz, Octavio (2001a) *Nuestra lengua*, en: *Obras completas*, tomo 14, México, FCE.

Paz, Octavio (2001b) *Siluetas de Ireneo Paz*, en: *Obras completas*, tomo 14, México, FCE.

Paz, Octavio (2001c) *Los libros de texto en su contexto*, en: *Obras completas*, tomo 14, México, FCE.

Paz, Octavio (2001d) *Alba de libertad*, en: *Octavio Paz. Sueño en libertad: escritos políticos*, selección y prólogo de Yvon Grenier, México, Seix Barral.

Paz, Octavio (2003) *Itinerario*, México, FCE.

Paz, Octavio (2003) *Xavier Villaurrutia en persona y obra*, México, FCE.

Paz, Octavio (2004a) *Evocación de Mixcoac*, en: *Claridad errante. Poesía y prosa*, México, FCE.

Paz, Octavio (2004b) *Pasado en claro*, en: *Obras completas, obra poética II*, México, FCE.

Paz, Octavio (2006) *Tránsito y permanencia*, en: *Obras completas, volumen 4, Generaciones y semblanzas*, México, FCE.

Paz, Octavio (2008) *El Laberinto de la soledad*, edición de Enrico Mario Santí, Madrid, Cátedra.

Paz, Octavio (2010a) Nota a Elegía a un compañero muerto en el frente de Aragón, en: Obras completas, volumen 11, Obra poética 1935 – 1970, México, FCE.

Paz, Octavio (2010b) Canción Mexicana, en: Obras completas, volumen 11, México, FCE.

Paz, Octavio (2011) El llamado y el aprendizaje, en: Por las sendas de la memoria: prólogos a una obra, México, FCE.

Paz, Octavio (2012) Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe, México, FCE.

Paz, Octavio (2013a) Presencia y presente: Baudelaire crítico de arte, en: Obras completas, volumen 6, Los privilegios de la vista I. Arte moderno universal, México, FCE.

Paz, Octavio (2013b) Repaso en forma de preámbulo, prólogo a Obras completas, volumen 6, México, FCE.

Perales Contreras, Jaime (2013) Octavio Paz y su círculo intelectual, México, Coyoacán.

Piña Zentella, Marta (2002) Modelos geométricos en el ensayo de Octavio Paz, México, UNAM – Praxis.

Poniatowska, Elena (1998) Octavio Paz. Las palabras del árbol, México, Plaza y Valdés.

Quintanilla (1991) La formación de los intelectuales del Ateneo, en: Historias, núm. 26, 89 – 103.

Quintanilla, Susana (1999) El Ateneo de la Juventud. Itinerario de una generación intelectual, en: Encuentros de investigación educativa, núms. 95 – 98, México, DIE – Plaza y Valdés.

Quintanilla, Susana (2008) Nosotros, la juventud del Ateneo de México, México, Tusquets.

Quintanilla, Susana (2009) A salto de mata. Martín Luis Guzmán en la Revolución Mexicana, México, Tusquets.

Reyes, Alfonso (1998) Alfonso Reyes y Octavio Paz. Correspondencia 1939 – 1959, edición de Anthony Stanton, México, FCE.

Rico Moreno, Javier (2013) La historia y El Laberinto. Hacia una estética del devenir en Octavio Paz, México, UNAM.

Ruy Sánchez, Alberto (2013) Una introducción a Octavio Paz, México, FCE.

Santí, Enrico Mario (1990) Introducción a Octavio Paz. Primeras letras, Barcelona, Seix Barral.

Santí, Enrico Mario (2008) Prólogo a El Laberinto de la soledad, Madrid, Cátedra.

Sheridan, Guillermo (2004) Poeta con paisaje. Ensayos sobre la vida de Octavio Paz, México, Era.

Sheridan, Guillermo (2014) Carta de amor con faltas de lenguaje, en: El Universal, 13 de mayo 2014.

Solana, Rafael (2014) En: Los Barandales de San Ildefonso, Tierra adentro, núms. 189 190, marzo – abril, Conaculta.

Stanton, Anthony (2014) El Paz joven. Primeros ensayos y primer poema, en: Tierra adentro, núms. 189 – 190, marzo – abril, Conaculta.

Tajonar, Héctor. (2009) Octavio Paz. Crítico de arte, en: Materia y sentido. El arte mexicano en la mirada de Octavio Paz, México, Océano – Museo Nacional de Arte.

Ylizaliturri, Diana (2014) Los Barandales de San Ildefonso, en: Tierra adentro, núms. 189 – 190, marzo – abril, Conaculta.

BIBLIOGRAFÍA ADICIONAL CONSULTADA

Aristóteles (2003) Ética Nicomáquea. Ética Eudemia, traducción y notas de Julio Pallí Bonet, Madrid, Gredos.

Aristóteles (2008) Política, traducción y notas de Manuela García Valdés, Madrid, Gredos.

Anaya, José Vicente et. alia (2010) Versus: otras miradas a la obra de Octavio Paz, México, Ediciones de Medianoche.

Arriola, Juan Federico (2009) La filosofía política en el pensamiento de Octavio Paz, México, UNAM.

Brading, David (2002) Octavio Paz y la poética de la historia mexicana, México, FCE.

Brom, Juan (2007) Esbozo de historia de México, con la colaboración de Dolores Duval, México, Grijalbo.

Burgoa Orihuela, Ignacio (2009) Derecho Constitucional Mexicano, México, Porrúa.

Catañón, Adolfo, et. alia (1994) Octavio Paz en sus obras completas, México, Conaculta.

Civera Cerecedo, Alicia (2013) La escuela como opción de vida. La formación de maestros normalistas rurales en México 1921 – 1945, México, El Colegio Mexiquense.

Copleston, Frederick (1993) Historia de la Filosofía Occidental. Grecia y Roma, vol. 1, México, Ariel.

Domínguez, Michael (1998) Servidumbre y grandeza de la vida literaria, México, Joaquín Mortiz.

Fundación Octavio Paz. Anuario (1999), volumen 1, México.

Fundación Octavio Paz Anuario (2001), Memoria del Coloquio Internacional Por El Laberinto de la Soledad a 50 años de su publicación, volumen 3, México, Fundación Octavio Paz – FCE.

Enciso, Froylán (2008) Andar fronteras. El servicio diplomático de Octavio Paz en Francia (1946 – 1951), México, Siglo XXI.

Freud, Sigmund (1988) Moisés y la religión monoteísta, traducción de Ramón Rey Ardid, Buenos Aires, Proyectos Editoriales.

Fromm, Erich (1998) Marx y su concepto del hombre, México, FCE.

Fromm, Erich (1984) Sobre la desobediencia, Barcelona, Paidós.

Flores, Malva (2011) Viaje de vuelta. Estampas de una revista, México, FCE.

González, Juliana (1997) El malestar en la moral. Freud y la crisis de la ética, México, UNAM.

González Torres, Armando (2002) Las guerras culturales de Octavio Paz, México, Colibrí.

Hozven, Roberto (1994) Octavio Paz. Viajero del presente, México, El Colegio Nacional

Jiménez Cataño, Rafael (2008) Lo desconocido es entrañable. Arte y vida en Octavio Paz, México, Jus.

Landeros, Carlos (2007) Yo, Elena Garro, México, Lumen.

Lenin, Vladimir Ilich (1993) El Estado y la revolución, Barcelona, Planeta – Agostini.

Lozano, Álvaro (2012) Stalin. El tirano rojo, Madrid, Nowtilus.

Marin, Dollors (2015) Anarquismo. Una introducción, México, Ariel.

Marcuse, Herbert (1986) Eros y civilización, traducción de Juan García Ponce, México, Joaquín Mortiz.

Marcuse, Herbert (1993) El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada, Barcelona, Planeta – Agostini.

Marx, Karl (1992) Manifiesto del Partido Comunista, La cuestión judía y otros escritos, Introducción de José Manuel Bermudo, Barcelona, Planeta – Agostini.

Murillo González, Margarita (1987) Polaridad – Unidad. Caminos hacia Octavio Paz, México, UNAM

Monsiváis, Carlos (2000) Adonde yo soy tú somos nosotros. Octavio Paz: crónica de vida y obra, México, Hoja Casa Editorial.

Nietzsche (2001) Ecce Homo, Madrid, Alianza Editorial.

Nietzsche, Friedrich (1992) Así habló Zarathustra, traducción de Juan Carlos García Borrón, Barcelona.

Nettel, Guadalupe (2014) Octavio Paz. Las palabras en libertad, México, Taurus.

Paz, Octavio (1982) *El arco y la lira*, México, FCE.

Paz, Octavio (2007) *Octavio Paz en España*, Antología y prólogo de Danubio Torres Fierro.

Paz, Octavio (2014) *Itinerario crítico*, selección y prólogo de Armando González Torres, México, 2014.

Ramos, Samuel (2010) *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Espasa – Calpe.

Remedi Allione, Eduardo y S. Didou (2008) *De la pasión a la profesión: investigación científica y desarrollo en México*, México, Juan Pablos.

Revueltas, José (1986) *Dialéctica de la conciencia*, México, Era.

Rocabert, Juan Vives (2013) *La muerte y su pulsión. Una perspectiva freudiana*, México, Paidós.

Rodríguez Ledesma, Xavier (1996) *El pensamiento político de Octavio Paz*, México, UNAM – Plaza y Valdés.

Ruiz de la Cierva, María del Carmen (1995) *Octavio Paz. Cultura literaria y teoría crítica*, tesis doctoral, director de tesis Antonio García Berrio, Facultad de Filología, Universidad Complutense de Madrid.

Santí, Enrico Mario, et. alia (2009) *Luz espejeante. Octavio Paz ante la crítica*, México, UNAM – Era.

Stanton, Anthony et. alia (2009) *Octavio Paz. Entre poética y política*, México, El Colegio de México.

Vázquez Vallejo, Salvador (2006) *El pensamiento internacional de Octavio Paz*, México, BUAP – Miguel Ángel Porrúa.

Vizcaíno, Fernando (1993) *Biografía política de Octavio Paz o la razón ardiente*, Málaga, Algaraza.

Verani, Hugo J. (1997) *Bibliografía crítica de Octavio Paz (1931 – 1996)*, México, El Colegio Nacional

Xirau, Ramón (2013) *Erich Fromm y la naturaleza humana*, México, FCE.

Zabludovsky, Gina (1996) *La Escuela de Frankfurt y la Crítica de la modernidad. Una introducción al pensamiento de Max Horkheimer y Herbert Marcuse*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales – UNAM.

Zippelius, Reinhold (1989) *Teoría general del Estado. Ciencia de la política*, México, UNAM – Porrúa.

Créditos fotográficos:

Las fotografías de Ireneo Paz, Josefina Lozano, Octavio Paz Solórzano, Octavio Paz niño, Octavio Paz joven y Octavio Paz y Marie José, fueron extraídas del libro *Octavio Paz en su Siglo*, de Christopher Domínguez; la fotografía final, perfil de Octavio Paz es de Juan Miranda y fue tomada del libro *Octavio Paz. Entre la imagen y el nombre*, editado en 2010 por Conaculta.

ABSTRACT

Dentro del ámbito de la *investigación educativa*, el objeto de estudio de esta tesis es la categoría *formación*; específicamente la *formación* del poeta y ensayista, premio Nobel de Literatura 1990, *Octavio Paz Lozano* (1914 – 1998), desde la niñez y hasta la publicación de sus primeros trabajos literarios en la revista *Barandal*; la categoría *formación*, dentro del campo de la educación, es una categoría con fuerte densidad conceptual y en construcción; cruce de saberes que remite a la filosofía, la psicología, la historia e incluso la literatura; dicha categoría cobra significación y se devela al desplegarse a lo largo de indagaciones de carácter biográfico, educativo y de análisis literario.

